



La cultura
es de todos

Mincultura



ÁNGELA Y EL DIABLO

Elisa Mújica

Prólogo
Lina Alonso

Con catorce ilustraciones de
Lucy Tejada

Ministerio de Cultura
2021





Ángela y el diablo

© 2021, del texto: Elisa Mújica

© 2021, de la presente edición: Ministerio de Cultura

Calle 9 n.º 8-31, Bogotá, D. C., Colombia

www.mincultura.gov.co

Coordinación editorial: Pilar Quintana

Edición: María Antonia León

Transcripción: David Espinosa

Corrección: Gustavo Patiño Díaz

Comité asesor: Adriana Rosas Consuegra, Adriana Villegas Botero, Alejandra

Jaramillo, Álvaro Castillo Granada, Amalia de Pombo Espeche, Ángela

Inés Robledo, Camila Charry Noriega, Diana Patricia Restrepo Torres,

Felipe González, Gloria Susana Esquivel, Graciela Maglia, Lina Flórez,

Luz Mary Giraldo, Margarita Valencia, María Orlanda Aristizábal,

Paloma Pérez Sastre, Silvia Castrillón, Yijhan Rentería

Ilustraciones: Lucy Tejada (cortesía de Alejandro Valencia Tejada)

Diseño de la colección y diagramación: Tragaluz editores S. A. S.

Producción: Laguna Libros

Foto de portada: ca. 1956, archivo familiar, cortesía de Andrés Hernández

de Alba Daza

Impresión: Diverarte S. A. S.

Primera edición: Aguilar, Madrid, 1953

Segunda edición: Ministerio de Cultura, Bogotá, 2021

ISBN 978-958-753-439-9

ISBN Biblioteca de Escritoras Colombianas 978-958-753-424-5

Impreso en Colombia/*Printed in* Colombia

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Angélica María Mayolo Obregón

Ministra de Cultura

José Ignacio Argote López

Viceministro de Fomento Regional y Patrimonio

Adriana Patricia Padilla Leal

Viceministra de Creatividad y Economía Naranja

Claudia Jineth Álvarez

Secretaria general

Ángela Marcela Beltrán Pinzón

Directora de Artes (e)

Diana Patricia Restrepo Torres

Directora Biblioteca Nacional

María Orlanda Aristizábal

Coordinadora Grupo de Literatura

Vanesa Morales, Ángela Amarillo,
Daniela Mercado, Felipe Martínez,
Cristian Velásquez, Carlos Cómbita

Integrantes Grupo de Literatura



CONTENIDO

Presentación	11
Prólogo.	13
De esta edición.	27

Ángela y el diablo

La chimenea	33
Diez de abril	45
La viajera	55
El círculo	65
Ángela y el diablo.	77
Las violetas que encontró Lina	87
Las amigas	93
Cuento de niñas	107
El fantasma	115
Cuento de bandidos	123
Una cita en el banco del parque	133
El jorobado	143
Cuando nacen los niños	163
Una mañana a las siete	171



PRESENTACIÓN



Desde los tiempos de la Colonia, cuando se escribieron los primeros textos en lengua española en nuestro territorio, pasando por los albores de nuestra historia republicana y bien entrados en la modernidad, las escritoras han estado relegadas a un lugar marginal dentro de la tradición literaria de Colombia o se las ha excluido del todo por prejuicios que apenas en la historia reciente se han comenzado a derribar.

Como es de esperarse, los procesos de reconocimiento e inclusión de las mujeres en nuestra literatura han aumentado y seguirán haciéndolo en su importancia y complejidad. Colombia es cuna de estupendas escritoras, como bien podrán comprobarlo quienes lean esta Biblioteca de Escritoras Colombianas, conformada por dieciocho títulos de las autoras más relevantes del país desde la Colonia hasta las nacidas en la primera mitad del siglo XX.

Con esta colección, el Ministerio de Cultura busca rescatar y promover el trabajo de nuestras escritoras, en respuesta a las necesidades identificadas en un estudio que supuso el diálogo con un comité de especialistas conformado por escritoras, editoras, académicas, librerías y gestoras de lectura.

Si bien el común denominador de la Biblioteca de Escritoras Colombianas es el enfoque de género, su piedra de toque es la diversidad. Entre las dieciocho escritoras reunidas

en la colección hay mujeres que escribieron sus obras en condiciones y épocas diferentes, atendiendo a temas disímiles en distintos géneros literarios y con perspectivas estéticas y sociales ricas en contrastes. Las hay de la región Andina, de la costa Caribe, del archipiélago de San Andrés y Providencia, del nororiente, del suroccidente, del Pacífico y del Eje Cafetero; hay escritoras mestizas, negras, raizales e indígenas; privilegiadas y excluidas; amas de casa y profesionales; religiosas y laicas, y también en condición de discapacidad.

En el mundo de hoy, donde cada día se hace más obvia la urgencia de reconocer, reivindicar y respetar los derechos de la mujer, resultan fundamentales tareas como esta de rescatar libros de autoras sobresalientes que están descatalogados o que no han tenido el reconocimiento que merecen y ofrecérselos a los lectores en bellas y pulcras ediciones prologadas por especialistas.

Quiero agradecer a quienes hicieron posible esta Biblioteca de Escritoras Colombianas: a las escritoras, por supuesto, y también a las prologuistas, a los equipos de edición, corrección e impresión, así como a los herederos y familiares de las escritoras ya fallecidas, por su generosidad, y al equipo del Ministerio de Cultura. El entusiasmo y el compromiso que todos ellos aportaron a este proyecto auguran un porvenir próspero para las mujeres en la literatura colombiana.

ANGÉLICA MARÍA MAYOLO OBREGÓN

Ministra de Cultura

PRÓLOGO



AHÍ ESTABA ELISA

Yo tenía la teoría de que hay un método para olvidar a un escritor: llamar un concurso o premio literario con su nombre. La gente olvidará ese nombre porque la atención se volcará en los requisitos del concurso, las fechas de entrega, los nombres de los jurados y el valor del cheque. Eventualmente ese nombre volverá a salir de la boca de los jurados en el discurso de premiación, justificando que «en honor de tal» ese premio cuenta con prestigio. Luego caerán cascadas de otros nombres, y así el honor y el prestigio del autor quedarán como un ornamento más de la ceremonia. Algo parecido les pasa a las estatuas que, por querer volverlas importantes, ponen en lugares donde la caca de las palomas las va revistiendo de una lama color ciudad hasta que se funden con el paisaje. Eso pensé cuando escuché que había un premio de novela llamado «Elisa Mújica»: seguí de largo por el nombre de ella y pregunté quién había quedado de finalista.

Luego, la agudeza de la editora Adriana Martínez y un prólogo fulminante de la escritora Pilar Quintana tumbaron mi falta de curiosidad y la anterior teoría, cuando llegó a mis manos *Catalina*, la reedición que Adriana hizo de la

segunda novela de Elisa Mújica, cuya portada, que reproducía una pintura de Débora Arango, ya me auguraba una buena noche sumida en las 161 páginas del libro. De ahí pasé a la gresca por averiguar quién era la narradora que me había noqueado en el sillón de mi casa —y a quien ya no solo asociaba a un premio de novela—. Inútil preguntar otros títulos en librerías porque solo me respondían, si la conocían, por *Catalina*. Un librero, ay, si Elisa lo hubiera visto, me dijo con un tono pretencioso y correctivo que si no la estaba confundiendo con Emma Reyes. Mi carné de la biblioteca pública refundido tampoco ayudó en la búsqueda y de ahí me fui a internet, donde encontré fragmentos de sus cuentos en páginas cuyo diseño delataba su antigüedad y poca renovación. A pesar de esto, y ventanas después, el rastro comenzó a aclararse gracias a otras mujeres: un ensayo de Monserrat Ordóñez (1987), una tesis de grado de Lina Álvarez (2016), un artículo de Maruja Vieira (2016), otro ensayo de Mary G. Berg (2015) y las investigaciones de Sonia Truque (1988).

En esto ya hay una marca definitiva: otras mujeres me ayudaron a ver a Elisa, a hacerme a una idea de ella y a padecer esa impotencia ante la dificultad de encontrar una biografía crítica que le hiciera justicia a su obra. Somos las mujeres las que quitamos el polvo a los libros escritos por mujeres, las que ponemos los nombres de otras mujeres en la palestra de la academia, la edición, los debates o las conversaciones. Hoy celebro esta necesaria Biblioteca de Escritoras Colombianas y la edición de este magnífico libro de cuentos, una biblioteca cuya curaduría y trabajo de edición están hechas, como era de esperarse, por mujeres.

UN ESPACIO EN LA BIBLIOTECA

Leer a Elisa Mújica (1918-2003) es un favor que todo lector y toda lectora debería hacerse; abrirle un espacio entre sus autoras de culto es un imperativo o, tal vez, será apenas un acto reflejo después de pasar por las páginas de *Ángela y el diablo*. Esta antología de cuentos fue la primera publicada por la escritora, en 1953, bajo el sello Aguilar, y acompañada con las ilustraciones de Lucy Tejada, mientras ella residía en España. De ella sabemos que, antes de llegar a esa primera compilación, dejó su natal Bucaramanga para residir en Bogotá a los ocho años (Berg, 2015, p. 1), que la muerte de su padre la llevó a buscar trabajo desde muy joven para ayudar con los gastos de la casa y que desde ahí toda su vida estuvo marcada por una sucesión de labores que alternó con el trabajo literario: desde secretaria de un expresidente y de una embajada hasta primera mujer gerente de un banco, pasando por colaboradora en varios periódicos.

Para la época de publicación de este libro, Mújica se encontraba en Madrid descubriendo una forma del catolicismo de la mano de santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz y san Agustín; ella, quien había estado afiliada al Partido Comunista. Con los años consolidaría una robusta obra hecha de novelas, crónicas, libros para niños, cuentos y compilaciones, una obra tan vasta y sorprendente que vale la pena seguir explorando. Logró, incluso, un lugar inaugural en la Academia Colombiana de la Lengua: fue la primera mujer que alcanzó esta posición en el país.

Son catorce cuentos los que componen este libro. Cada uno es una pieza musical con tesituras distintas, con evocaciones graves, rostros y gestos de mujeres que llevan a cuestas tonalidades plomizas y parcas, sujetos que se mecen en

las líneas bajo un estilo preciso, cuya cadencia y calidad nunca decaen. La sencillez y la claridad de las palabras con las que están compuestos estos cuentos nos mantienen en confianza constante con sus protagonistas, nos acercan a ellos sin precauciones ni barreras y, si nos fijamos en el conjunto de los catorce, hay varios asuntos transversales que le otorgan una armonía a cada texto y que contienen una belleza imposible de relegar.

CONVERSACIONES CON UNA AMIGA EXTRAÑA

La autora tiende en sus narraciones puentes con el presente y, ante todo, con las mujeres porque comprendió, con entendimiento imperecedero, todo lo que implica ser mujer en un país como este, con sus punitivas tradiciones familiares, su historia patriarcal, sus convulsiones políticas, su lastre religioso —donde la culpa y el cuerpo estaban atados—, donde ciertas ideas eran, ¿o son?, tabú: la menstruación, el deseo de las mujeres, su independencia, la ausencia de virginidad prematrimonial, que el matrimonio no sea una prioridad para ellas... Para llegar a este diálogo con las mujeres, acomodó como una relojera las piezas precisas, y esas articulaciones, para mí, son tres: la imaginación, la poesía y la sinestesia, tres columnas que edifican el estilo de la bumanguesa.

La sinestesia viene de esa mezcla compacta de gestos, sonidos y colores que aparecen en los textos. La conmoción y la viveza que suscitan pueden alcanzar puntos en los que los personajes parecen salir de las páginas para sentarse al lado del lector y sostenerle el libro mientras le narran su historia, casi como si fueran visitantes recurrentes, como dándonos breves

instantáneas de lo que les pasó. Así nos encontramos con pasajes como: «Las gentes que rodeaban el cadáver haciendo círculo tenían la misma cara que se les veía el Viernes Santo. Era una mezcla de miedo, remordimiento y, también, deseo de más sangre. [...] la sangre que le salía de la cabeza le endurecía cada rizo del pelo, lo mismo que si se untara de miel» (Mújica, 2021, p. 128). O: «caía sobre el llano un silencio cargado de mil ruidos comprimidos» (p. 150), que después se mantiene en imágenes como: «Las cuchilladas que se daban los hombres, por celos o porque habían sido engañados, cortaban con un brillo metálico la regularidad de los días y permanecían durante mucho tiempo en la memoria de todos» (p. 152).

Estas precisiones sinestésicas se transmiten con una simpleza y honestidad apabullante, y casi, como lectores, sentimos lo que los personajes sienten, tocamos las hojas verdes que ellos tocan y empuñamos los estilógrafos con la dedicación con que lo hacen ellos. Cuentos así solo podrían recordarnos a los de Dorothy Parker, experta en hacernos reír con las desdichas de sus personajes y reconocernos en ellas. De esta decidida determinación de cada cuento por hacerse vívido, por ser palpable en la memoria, nacen también las descripciones de los personajes, cuyo temple queda resuelto en pocas puntadas: «Tenía el aire de las personas convencidas de que van a producir un cambio decisivo en nuestras vidas» (Mújica, 2021, p. 61). O: «Con la expansividad con que de repente resolvemos hablar de los temas que han sido para nosotros solos durante mucho tiempo, empezó a contarme su historia» (p. 96). También recibimos referencias muy puntuales de la forma de proceder de los personajes, cuyos movimientos parecen descritos para un cuadro: «Rápidamente abrió una gaveta y sacó papel de cartas y estilográfica. Le gustaba el color de esta, verde

jaspeado de negro, y la acarició levemente por una especie de gratitud que la unía a cada objeto» (p. 58).

Así vamos caminando sucesivamente por historias que oscilan entre la explosión de una bomba atómica, el día después del Bogotazo, una niña cuya amiga imaginaria es la madre Francisca Josefa, una joven que misteriosamente se va con una guerrilla, una colegiala que mantiene una fogosa correspondencia con un novio que no existe o una amante narcotizada por el deseo.

En estos cuadros sencillos y a la vez dolorosamente tiernos, Mújica se nos va acercando como una amiga a la que no hemos visto, pero que nos conoce tan bien que sabe por dónde llamar nuestra atención, y en este punto entra el dominio de su imaginación, un artefacto político, una herramienta mordaz que no necesita palabras pomposas o situaciones excepcionales para delatar ese ánimo afirmativo y crítico que contiene.

MUJERES ALUCINADAS

Con excepción de dos o tres cuentos, las protagonistas de sus historias son mujeres, mujeres con un poder que viene de su capacidad para imaginar y vivir en sus ficciones, como respuesta a la realidad que la iglesia, el ejército, el colegio o los hombres les imponen. Este gesto creativo es de una potencia devastadora, porque su liberación y desobediencia nacen de la ensoñación, materia prima de la libertad.

Dice Gaston Bachelard en *El aire y los sueños* que «una vida imaginaria —¡La vida verdadera!— se anima en torno a una imagen literaria pura» (2006, p. 86). La pureza narrativa de Mújica, si es que eso existe, está plagada de contradicciones. Sus mujeres son seres que alucinan eventos, amores y

hazañas, pero estas ficciones suceden con la naturalidad propia y honesta de los hechos humanos en los que, a menudo, las decisiones tomadas traicionan aquello que creen o defienden estas mujeres. En sus ficciones, Mújica retrata lo que todas las mujeres hemos tenido que hacer: imaginar para resistir en un mundo que se obstina en oprimirnos.

En esta línea, por ejemplo, encontramos cuentos como «La viajera», en el cual la protagonista llega a la ciudad en condición de foránea y mantiene correspondencia con sus hermanos que siguen en la ciudad natal. Ante las buenas noticias que de ellos le llegan por correspondencia, ella responde contándoles del esplendor de una ciudad de luz y mansiones con arañas de cristal, de un novio encantador cuyos padres aprueban su unión, de un trabajo ideal, de la moda y los cines, de una sucesión de eventos que solo inventa para mantener la idea de éxito que una mujer debía encarnar en la época, una felicidad acomodaticia que no alarme a su familia y que le permita a ella estar en tregua con la soledad que se le instala en una ciudad brumosa y así, entonces, dice: «¿Será mejor regresar a su tierra? [...] La verían llegar pobre, enflaquecida, sin porvenir y sin siquiera un vestido nuevo. ¿Qué les contestaría si le preguntan por sus éxitos, por Hugo? No. Eso no podría soportarlo. Seguirá donde está. Allí, por lo menos, le pertenece algo: el mundo que se ha creado» (Mújica, 2021, p. 63).

En «Cuento de niñas» la imaginación tiene también una carga simbólica vital. Entendemos que la pequeña protagonista es excluida de los juegos por ser pobre y, aparentemente, por ser hija de una prostituta. Ante esta violencia ejercida por sus mismas compañeras, la niña edifica su propia fábula para eliminar las barreras sociales que por fin le permitirían conjurar su felicidad en un simple juego, un juego de ronda

donde «cada niña tenía su puesto y ninguna pensaba en despreciar a las otras. Unidas por la cadena que tejían sus dedos, se olvidaban de sí para admirar el espectáculo que presentaba la pradera. La ronda giraba y no se interrumpía nunca. Entonces Nina, que seguía encerrada en el cuarto oscuro, se sintió feliz, muy feliz» (p. 114).

En el relato que da título al libro, la imaginación no solo es resistencia, sino también un vaso comunicante entre dos mujeres singulares: Ángela, una joven que entra de interna al mismo convento donde vivió la madre Francisca Josefa, y la misma madre Francisca Josefa, ¡quien transmutó su fe en escritura! «Ángela y el diablo» nos mete en un universo que desemboca en la unión entre mujeres por el lazo de la imaginación y el estigma de ese miedo sagrado o el miedo a lo desconocido que nos acecha y que algunos llaman «Dios». Aquí no hablamos de cualquier beata en un convento de tierra fría, sino del lazo entre dos mujeres que, con su escritura, elevaron a otro nivel el pensamiento de su tiempo, dos mujeres que luchan contra sus demonios propios: el del temor a una fe extática, el de la comunión creciente con el mundo que las observa o que tienen por descubrir y el del éxtasis por encontrar las palabras que encajonan con fidelidad su fervor. En estos trances el personaje llega incluso a revestir a la monja de poderes sobrenaturales: «¡Si la madre Francisca Josefa quisiera acudir en su ayuda! Ella podía hacer que temblara la tierra a la hora de la misa. Las monjas y las niñas saldrían huyendo de la capilla, incluso el sacerdote con el copón, y Ángela no cometería la profanación de comulgar y se salvaría» (p. 82).

Aunque es el cuento más difundido de la autora, mi preferido —les diría que inicien con este— es «Las amigas». En este relato nos encontramos con una situación problemática para muchos hombres y que no pierde vigencia. También es

protagonizado por dos mujeres cuya unión causa ampolla en uno de los narradores: «La fidelidad que se guardaban ambas amigas me exasperaba un poco. No sé por qué resulta ofensivo para un hombre que dos mujeres se unan» (p. 99). Tiembla el patriarcado con estas juntanzas, y Elisa lo sabía muy bien. Sabía que líneas como «había sido demasiado adicta a Liliana para no ceder» (p. 103) no pasarían inadvertidas en una sociedad que ataca y estigmatiza estas relaciones, precisamente porque incomodan al machismo parroquial, que se queda perplejo y sin dominio ante la potencia que encarnan. En esta amistad, el centro de la vida de las protagonistas es otra mujer, no el matrimonio, ni el qué dirán, no la sumisión o el recato, ni los hombres; el centro de ellas es esta devoción difícil de categorizar a los ojos de la norma social.

Cuenta una reseña de Álvaro Ortiz que la misma Elisa estuvo en esta situación: «Entrañable amistad sostuvo también Elisa con Carolina Cárdenas, al punto que la maledicencia bogotana no tuvo el menor reato de conciencia en insinuar que más que amistad lo que había entre ellas era un profundo enamoramiento» (2019). Pensar, entonces, en este cuento, sea real o no la anécdota citada, en el que la amistad entre mujeres forma un cuerpo esquivo a los hombres, se me antoja como otro gran triunfo emancipatorio de su escritura.

LA POESÍA DE LA COTIDIANIDAD

Cuando digo que la poesía es otro hechizo de Elisa Mújica para atraparnos en sus narraciones, no hago referencia al género ni a la forma. No es que nos asalten versos en algunos de sus párrafos o que sus mujeres salgan con lirismos impostados a la hora de moverse entre las calles de sus acontecimientos,

no. Cuando hablo de poesía, hablo de las situaciones diarias y vulgares —o populares— en las que instala a sus personajes: se me hace poética esta decisión figurativa de ponerlos en el plano de la más rampante mundanidad. Es la mutación de la vida prosaica al milagro instantáneo de lo que pasa día a día en sus detalles. Poesía también es, creo, esa visión luminosa en medio de la historia, con sus ruidos varios y sus versiones oficiales. Bien lo recuerda Carlo Ginzburg en su libro *El queso y los gusanos* cuando dice: «Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado de consignar únicamente las “gestas de los reyes”. Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron. “¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?”, pregunta el lector obrero de Brecht» (1997, p. 3).

Tanto es el afán heroico de muchos escritores por querer hablar de un suceso importante, que muchas veces dejan por fuera lo nimio y anónimo que rodea estos sucesos. En vez de ello se centran en llenar sus escritos con nombres grandes, fechas y análisis semánticos, mientras ignoran que lo que muchos y muchas tuvieron que callar también es historia, que esa intimidad de los no siempre protagonistas de los grandes hechos también es historia.

Al contrario de aquellos, Mújica pone su acento y sus palabras al servicio de esos otros, de los no protagonistas. En el cuento «Diez de abril» presenciamos esto. La autora nos instala en un momento tan preciso que podríamos pintarnos una viñeta en la cabeza con su narración. Unos soldados que recibieron la orden de acabar con los francotiradores que se escondieron en los edificios después del asesinato de Gaitán, la caminata de estos entre los escombros de una ciudad reducida a cenizas y muertos descompuestos entre el barro y la pregunta de ¿cómo lidiar con una turba de obreros que entraron

a la batalla el día anterior cuando descargaron su histórica y repetida humillación política? Entonces ella resuelve elevar a sus personajes por encima de la guerra: «La boca se le llenó de saliva amarga. Pensó en las flores del jardín que le gustaba regar y en los álbumes con las piezas de música que quería volver a oír. [...]. Sentía miedo, pero sabía que no podía hacer otra cosa sino permanecer allí» (Mújica, 2021, p. 49).

En ese aspecto la elección del lenguaje también está marcada por una filigrana sutil incluso a la hora de presentar una simple conversación: «[...] escogiendo cada palabra con el cuidado con que se hacen los movimientos cuando el cuerpo está enfermo» (p. 68), de mostrar ansiedad: «[...] corría por la acera más que caminaba, con la cabeza echada hacia atrás, llena de ideas que chocaban como pájaros ciegos» (p. 90) o de describir la espera: «A medida que transcurría el tiempo, parecía que la casa despertaba de su silencio de siglos» (p. 130). Esa poética de los tiempos de espera o los tiempos del rechazo también denota un trabajo de sumo cuidado con el lenguaje de las ensoñaciones, de esas poéticas que habitan los pensamientos de sus criaturas: «[...] su soledad se hallaba poblada de voces y de ruidos, con los que llegaba hasta él la vida de los otros» (p. 158). No quiero aturdirlos con exceso de citas, pero tampoco quiero olvidar estos retazos.

Allí donde la cotidianidad está en medio del horror de la guerra, en los intersticios del miedo y los pliegues del tiempo, ahí entra la narradora a plantearnos la pregunta ¿por qué no?, ¿por qué no poner a un soldado a leer a Li Bai antes de irse a la guerra?, ¿por qué no una mujer, enamorada del olor de los melones, empeñaría su sueldo diario con tal de comprar un par de estas frutas?, ¿por qué no pensamos en un niño que teme a su deseo de ir a la guerra mientras escucha la clase de las siete de la mañana?, ¿por qué no contar algo de lo

que pasaba por la cabeza de algunos habitantes antes de que cayera «como una flor gigantesca» la bomba de Hiroshima? Esa elasticidad de posibilidades es la mutación individual de los personajes ante la realidad de un suceso sin precedentes en sus vidas, y bajo esta poética del instante asistimos atónitos a la percepción que tienen estos de la historia.

SIN MÁS PREÁMBULO

Es tanta la actualidad con la que Elisa Mújica escribe, que ella estará en la vida de todas sus lectoras, incluso en la de aquellas que no la han leído. Sus preocupaciones, sus limitaciones y sus reflexiones siguen acusándonos como sucede con los problemas no resueltos: llamémoslos misoginia, guerra, soledad, amor no correspondido o desespero. Mientras existamos las mujeres que esperamos a que el amor nos mire, que la guerra no nos arrebathe el futuro, que la iglesia deje de entrometerse en nuestros planes y en nuestros cuerpos, mientras las tercas —las más fuertes de sus cuentos— se sigan enamorando de quien no deban, ahí existirá la palabra pertinente de la autora, a quien, de paso, me gusta pensar como omnipotente sobre las emociones humanas. En esta basta epidemia de deseos, miedos y euforias inconclusas, ahí, en el fondo terroso y mundano de nuestra condición humana, ahí estaba y estará Elisa.

LINA ALONSO CASTILLO*

.....

* Lina Alonso Castillo nació en 1994. Es escritora y periodista. Textos, reseñas e investigaciones suyas se han publicado en *El Malpensante*, *Vice*, *Arcadia*, *El Espectador*, *La Pulla*, *Razón Pública*, *Matera* y en el *Boletín* del Banco de la República.

REFERENCIAS

- ÁLVAREZ, L. (2016). *Destino, exclusión y condena en Catalina de Elisa Mújica. Nuevas representaciones en la novela femenina en Colombia* [Tesis de la maestría en Literatura, Universidad Pontificia Bolivariana]. Repositorio institucional. <https://bit.ly/2WVJXu8>
- BACHELARD, G. (2006). *El aire y los sueños*. Fondo de Cultura Económica.
- BERG, M. (2015). Elisa Mújica, 1918-2003. *Colombianistas.org* <https://bit.ly/3n6Yle8>
- GINZBURG, C. (1997). *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Muchnik Editores, S. A.
- ORDÓÑEZ, M. (1987). Elisa Mújica novelista: Del silencio a la historia por la palabra. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 13(26), 123-136.
- ORTIZ, A. (2019, mayo). Elisa Mújica: de Carlos Marx a Santa Teresa De Ávila. *Nova et Vetera*, 5(48). <https://www.urosario.edu.co/Revista-Nova-Et-Vetera/Omnia/Elisa-Mujica-de-Carlos-Marx-a-Santa-Teresa-De-Avil/>
- TRUQUE, S. (1988). *Elisa Mújica en sus escritos*. Editorial Fundación Santandereana para el Desarrollo Regional, FUSADER.
- VIEIRA, M. (2016). *Una colombiana excepcional. El homenaje a Elisa Mújica*. <https://bit.ly/2VkmOkJ>



DE ESTA EDICIÓN



Ángela y el diablo, de Elisa Mújica, fue publicado por primera vez en 1953, en Bogotá, por la editorial Aguilar, aunque para ese entonces la autora vivía en Madrid, donde trabajaba como corresponsal del periódico *El Tiempo*. Se trata de su primer libro de relatos. «En ellos se encuentra una visión, bien femenina, por cierto, del mundo circundante de la escritora, del pedazo de tierra en que le tocó nacer, que no aparece aislado de los demás, sino vinculado a todos por corrientes de dolor y de pasión», dice la nota del editor original.

En esta segunda edición introdujimos muy pocos cambios: ajustamos al uso actual la ortografía de algunas palabras, las comillas y las rayas. Por lo demás, los casi setenta años que cumple este libro no se notan. Sigue luciendo juvenil, como recién escrito.

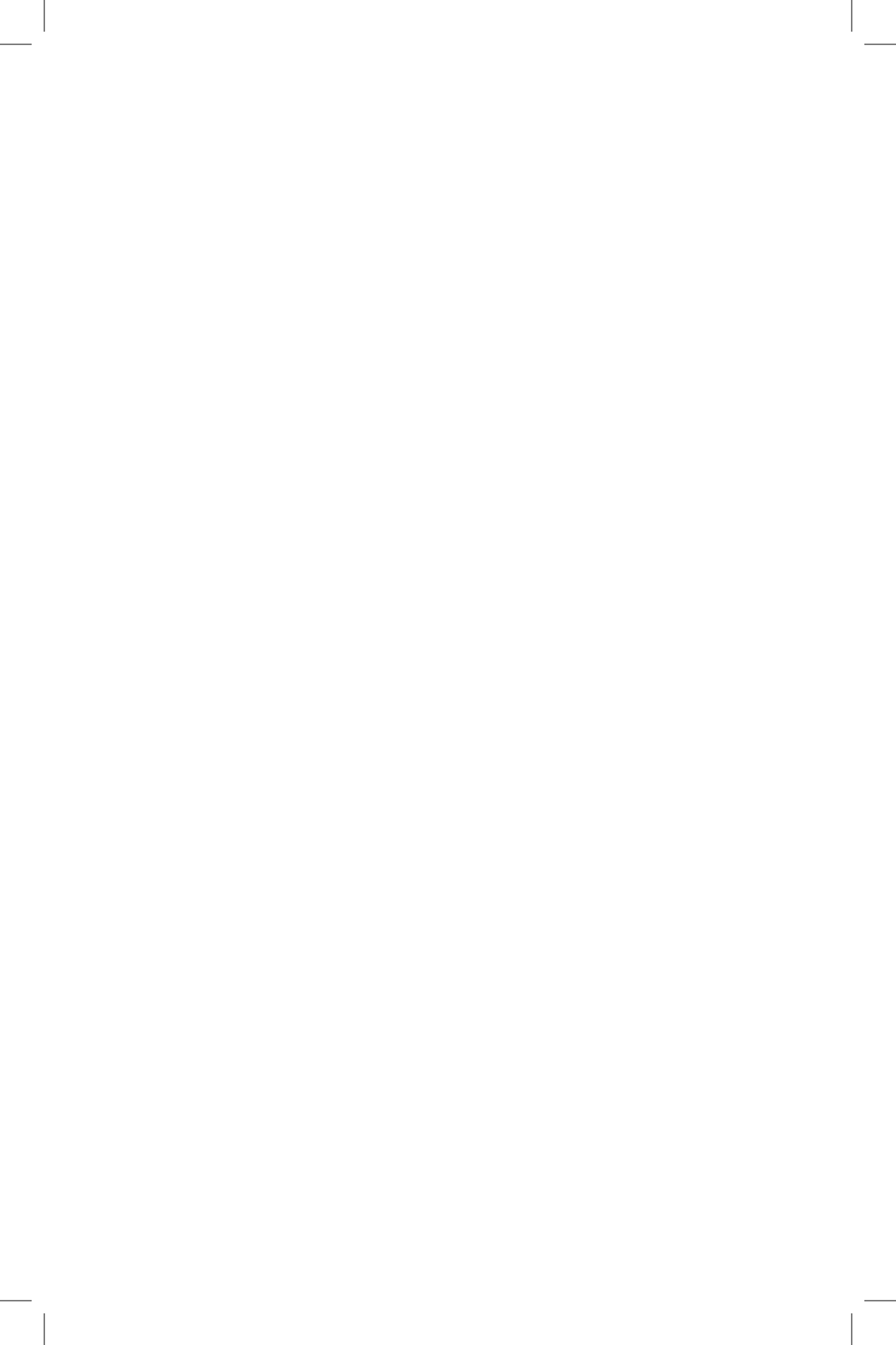
Agradecemos a Alejandro Valencia Tejada por ceder los derechos de las catorce ilustraciones originales de Lucy Tejada (Pereira, 1920-Cali, 2011), también presentes en la edición de 1953.

REFERENCIA

MÚJICA, E. (1953). *Ángela y el Diablo*. Aguilar.



ÁNGELA
Y EL DIABLO



*A Katherine Mansfield
en su cielo de Nueva Zelanda*





LA CHIMENEA



Desde hacía semanas María Flora había venido aplazando la tarea a la que ahora se dedicaba, por fin, junto a la chimenea de piedra. Ya había reunido los leños para levantar una pequeña pira y raspado el fósforo. La llamita le calentó los dedos y poco después empezó a chisporrotear la leña.

Ejecutaba morosamente cada movimiento, como si deseara retardar todo lo posible el momento de obrar. Pero al mismo tiempo sabía que debía apresurarse, pues pronto saldría de viaje para reunirse con su novio, y, antes, necesitaba destruir los paquetes de cartas que había sacado de una cajita: uno escrito en papel violeta y otro en papel gris, y cada pliego cubierto de letras, sin que quedara un espacio vacío.

Nunca había mirado juntas todas las cartas, y, al hacerlo ahora, le pareció increíble que se hubieran presentado intervalos, a veces largos, entre la llegada de una y otra, semanas enteras en que las había esperado con impaciencia. Extendidas sobre la alfombra, cerca de la chimenea, dentro de los sobres rectangulares, recordaban las piezas de un rompecabezas que al final terminó por armarse. Allí estaban las primeras, escritas con tinta negra sobre papel violeta, con letra pequeña y tímida al principio, que poco a poco se fue haciendo más confiada y más amplia. Cuando se las entregaban, generalmente María Flora se encontraba

sentada en el patio de su casa, rodeada de surcos de flores. Era la dueña virtual de una parte del jardín. El resto, donde se erguían las plantas más finas, las begonias dobles, las dalias y los anturios, pertenecía a doña Aurora, que lo cuidaba ella misma.

Su madre tenía razón al no dejarla tocar las plantas caras, pues María Flora no podía resistir el impulso de podarlas, trasplantarlas e idear injertos, dominada por el deseo de poseer unas macetas fantásticas e impaciente porque las plantas no florecían pronto. El resultado era que las echaba a perder, según le decía doña Aurora, con una mezcla de piedad por las plantas y de seguridad de que sus consejos resultarían inútiles. Pero, a pesar de que sabía que tenía razón, nunca era capaz de privar a su hija de hacer su gusto.

A María Flora le encantaba meter las manos en la tierra, por la que circulaban lombrices frías y gelatinosas, y romper las cepas de los lirios, en las que descubría palpitaciones húmedas. Por un momento se quedaba inmóvil, con el bulbo tembloroso entre las manos. Doña Aurora decía que permanecer al aire libre le convenía para su desarrollo, y la dejaba. Por las mañanas, cuando la veía salir con la podadera y la pala, le advertía:

—Fue una buena idea traerte al pueblo. Verás que aquí ocurrirá sin falta.

Hablaba de una manera general, sin precisar exactamente qué deseaba que ocurriera, pero María Flora comprendía que se trataba de un secreto, y la emocionaba compartirlo, aun de manera tan imperfecta, con su madre. Se daba cuenta de que a doña Aurora le producía una especie de vergüenza mencionarlo, y que por eso no podía hacerlo sino a medias palabras, pero le agradecía que de todos modos le demostrara confianza. Eso la ayudaba a sobrellevar las burlas de su

prima Isolina, quien vivía con ellas, y, aunque era más pequeña, poseía conocimientos sobre la vida que María Flora ignoraba. Recordaba que hacía poco su prima le había dicho:

—Ayer vi a las Antolínez y estoy segura de que ya se desarrollaron. No me lo dijeron porque no pude quedarme sola con ellas, pero la mamá no las dejó montar a caballo, ¿sabes?

Y mientras hablaba, miraba a su prima con ojos fríos y alegres.

El hecho de que el desarrollo de María Flora se hubiera retardado, no obstante contar con edad suficiente, era una falta que recaía sobre ella. Se trataba de algo necesario y terrible, y no tenerlo la colocaba en condiciones distintas e inferiores a las de otras muchachas, por lo que deseaba que se cumplieran los pronósticos de su madre y que verdaderamente el aire del campo le conviniera.

Su primo Stephen, hijo de una hermana mayor de doña Aurora, estudiaba arquitectura en la ciudad e iba algunas veces a visitarlas. Desde que eran pequeños los habían considerado novios, pero ahora se apoderaba de María Flora un miedo extraño cuando su primo llegaba, y procuraba evitarlo y sentarse lejos. Stephen se marchaba desconcertado, sin que a ella le fuera posible explicarle lo que pasaba.

De entonces eran las primeras cartas: «Querida prima: Estoy triste. El domingo usted no quiso conversar conmigo...». Aunque se tuteaban, Stephen consideraba más correcto tratarla de *usted* en las cartas. Era muy serio, con los ojos adormilados y el cuerpo demasiado largo. Le hablaba a María Flora con acento de superioridad, como si creyera que ella ignoraba muchas cosas. A veces la miraba fijamente y parecía que necesitara algo y que en secreto se lo pedía.

El día que María Flora sintió el cuerpo raro, fatigado aunque no había hecho ejercicio y adolorido aunque no podía precisar ningún dolor, adivinó que por fin había llegado lo que esperaba y se alegró en lugar de turbarse. Cuando doña Aurora la mandó acostar y después fue a acompañarla a la cama, llevándole una gran taza de agua de naranjo, humeante y olorosa, le gustó que su madre la cuidara y tuvo que disimular que se encontraba orgullosa. Le parecía que había ganado la estatura de doña Aurora y que en adelante existiría una complicidad entre ambas. Así ocurrió en realidad. Les bastaba una mirada para entenderse, y María Flora se sentía importante cuando su madre la llamaba aparte para recomendarle quietud.

Entonces sí comenzó a producirle efecto el aire del campo. En el vaivén de las llamas, frente a la chimenea, María Flora volvió a contemplar su rostro de esa época. El cutis se le puso limpio y tirante; el pelo, que antes era de un rubio cenizo, adquirió brillo. Le llegaba a la espalda, libre de pomadas y de los rizos artificiales de la peluquería. Los suéteres dejaron de caerle desgonzadamente sobre los hombros. Cada día era como si le naciera una fuerza nueva. A veces, sin importarle nada haber crecido tanto, trepaba a los árboles más altos y se espinaba las piernas, saturándose de las emanaciones de las hojas. Le parecía que el árbol era un ser vivo que ella dominaba, lo que la llenaba de seguridad y placer.

No sabía si era bonita, pero se sentía limpia y a gusto los domingos, cuando se ponía su jardinera escocesa, con la blusa de organdí y la medalla de la primera comunión, atada al cuello con una cinta negra. Stephen sí estaba persuadido de que ella lo era. Por fin se habían hecho novios de verdad. La visitaba todos los domingos y entre semana le escribía

cartas en las que ya la trataba de *tú*: «Anoche soñé contigo. Estábamos en una ciudad desconocida y nos rodeaban las llamas de los edificios incendiados. Yo no soltaba tu mano y no nos ocurría ningún mal. Cuento los días que me faltan para estar contigo y los divido en horas y minutos, y eso me alegra y entristece, porque me parece intolerable cada momento que vivo sin verte...».

Los instantes perfectos eran los que María Flora pasaba a solas, tendida sobre la yerba del jardín. La rodeaban las corolas blancas y azules de los lirios e imaginaba un Stephen un poco diferente del verdadero. Entonces oía que las palabras de las cartas se las repetía otro ser que no era su novio y que se parecía extrañamente a ella misma.

En las vacaciones de Navidad, Stephen fue a visitarla. Ayudada por Isolina, arregló el pesebre con caminos de arena dorada y una estrella de rayos de plata. Cuando llegó el momento de hacer la novena, todos se arrodillaron, aunque ninguno pensaba en rezar. Los ojos de María Flora parecían más grandes. Esperaba un acontecimiento esa noche.

Al fin terminó la novena y, mientras los demás se dirigían a la sala, Stephen la condujo al rincón donde se levantaba el pesebre, del que ya habían retirado las luces. Ella sentía que iba a conseguir una cosa que deseaba, no sabía qué. Stephen obraba automáticamente, como si se tratara de cumplir una orden. Le dio el primer beso en la boca, pero sus movimientos fueron tan apresurados que echó a rodar las ovejitas del rebaño... El ruido atrajo a Isolina, quien se quedó mirándolos interrogadoramente, mientras los dos, azorados, volvían a parar las ovejitas una a una...

¡Qué expresión de avidez tenía la cara de Isolina esa noche! Burlonas, las llamas de la chimenea la dibujaban de nuevo. María Flora nunca le había concedido importancia

a su prima. La consideraba una figura secundaria de su vida, y de repente Isolina quedó con los hilos en la mano. Porque fue ella la que se convirtió en la esposa de Stephen. ¿Cómo empezó a tejer la red que separó poco a poco a María Flora? Isolina siempre había sabido lo que deseaba y se dirigía a conseguirlo a través de todos los obstáculos. Esa era la ventaja que poseía sobre su prima. Stephen había sido para ella un buen marido, que llevaba a los niños al parque los domingos. Cuando María Flora lo encontraba, creía descubrir en sus ojos una expresión ansiosa. De su amor de adolescente no quedaban sino esas cartas.

* * *

¿Sería preciso deshacerse de las que le escribió Andrés? Se había alejado de él y, sin embargo, a María Flora le agradaba pensar que conservaba sus cartas. Los rasgos de la letra sobre el papel gris eran finos y seguros y se inclinaban hacia adelante, empujándose unos a otros. Así, excluyente, dominante, fue él. Y María Flora lo había amado a pesar de todo.

Cuando lo conoció, hacía varios años que doña Aurora había muerto. María Flora trabajaba como secretaria en la ciudad y su frescura campesina empezaba a ser reemplazada por el artificio de costumbres nuevas. Vestía bien, a fuerza de copiar en la calle y en el cine a las mujeres que le parecían elegantes. Un día, mientras almorzaba en el restaurante de un hotel, observó que un hombre la miraba y se inclinaba para trazar algo sobre una hoja de papel. Comprendió que dibujaba su rostro. ¿Sería que la juzgaba bonita? María Flora no volvió a ver al pintor, pero le quedó agradecida. Era uno de esos seres desconocidos que se presentan de repente en la vida y que, sin saberlo, dan mucho...

Ese mismo día, por la tarde, le presentaron a Andrés.

Ella había sido invitada a la casa de una amiga muy rica. El lujo de los salones y de los trajes de los que la rodeaban no la deslumbró. Aunque habitaba una casa vieja, con muebles adquiridos a plazos, sabía moverse silenciosamente entre los objetos bellos y caros. Sin embargo, despertaban en su corazón ansiedades reprimidas y extrañas. Al despedirse, Andrés se inclinó profundamente y le besó la mano. Entonces María Flora creyó encontrar algo que le pertenecía y que había perdido. Con ese solo gesto, él la transformó en una mujer distinta.

En adelante se encontraron muchas veces. A María Flora la halagaba que la gente la mirara cuando salían juntos, pero ella prefería mirarlo a él. Poseía una gran belleza varonil, y María Flora sentía piedad por su rostro, por su cabeza bien proporcionada, sus ojos de matiz metálico y el dibujo perfecto de su boca. Pensaba que un día a la luz de los ojos de Andrés estaría mustia, desmoronada la altivez del medallón, y quería ser buena con él para compensarlo de lo inevitable. La compasión que le inspiraba formaba parte del poder que Andrés ejercía sobre ella y que la inducía a aceptar cada tarde citas clandestinas en la casa de él.

Porque no podía negarle nada cuando la miraba sorprendido o descontento. Pero para complacerlo tenía que lanzar un reto a la sociedad y a las normas de conducta que le habían inculcado, y eso la endurecía por dentro. Amaba a Andrés y, sin embargo, lo juzgaba con acritud. Lo consideraba un niño, irresponsable y frívolo. Hasta cuando se mostraba mejor, no lo aceptaba sin escrúpulos y dudas. Pero seguía haciendo lo que él le pedía, segura de que se trataba de un sacrificio y de que no merecía la pena que lo hiciera.

Un día maduró el propósito de no volver a verlo. Por la noche, Andrés encontró una mujer desconfiada y resuelta y quedó sin argumentos y desarmado ante ella. Se marchó, mientras María Flora fortalecía su decisión de dejarlo y creía que esa noche había conseguido un gran triunfo y reconquistado su libertad. Al día siguiente obtuvo que el jefe de la oficina le otorgara vacaciones anticipadas, alegando que necesitaba un descanso.

Su proyecto consistía en pasar unas semanas en un pueblo perdido del oriente. Allí nada la intranquilizaría y poco a poco se iría recobrando. Parecía haber olvidado por completo que Andrés tenía la costumbre de viajar al mismo sitio todos los años por esa época. Cuando lo vio en el jardín del hotel, serio y pálido, en medio de los árboles cargados de ruidos, de hojas donde reverberaba el sol y de flores encendidas, pensó que era inútil tratar de persuadirse de que quería olvidarlo.

No podía luchar contra Andrés, cuando abrazarlo significaba la supresión de todo lo desagradable: el frío, la soledad, la estupidez de la gente, los remordimientos. Era un olvido lleno de paz, parecido al del sueño, pero sin perder la conciencia de la vitalidad y la juventud. Cuando estaban juntos iniciaba un juego con él. Aunque sabía que cada segundo los aproximaba a lo que ocurriría, prefería retardar el momento e inventaba temas de conversación con el fin de lograr distraerlo también.

—Prométeme que el domingo me llevarás a pasear —le decía—. Iremos juntos al pueblo donde viví hace años. Te mostraré la iglesia y verás los cuadros viejos que hay en la sacristía.

Por los ojos grises de Andrés pasaba un relámpago y después se oscurecían. Decía con voz cortada, impaciente:

—Ahora no hablemos de eso. Dime que me quieres. Dímelo.

¡Cómo se mostraba imperioso y tierno, suave y tenaz! María Flora se sentía asustada y feliz. Había hablado por el placer de oír esa respuesta. Después, cerraba los ojos e imaginaba que los dos iban hacia el mar por el camino que descendía de una colina. María Flora deseaba caminar despacio, deteniéndose a cada vuelta. En cambio, él... él tenía prisa. Quería llegar para hundirse rápidamente en el agua...

La conducía jadeante, a grandes pasos. Al regreso se repetía lo mismo. Ella estaba retrasada de nuevo, pero ahora lo que pretendía era quedarse abajo, en el mar. Andrés siempre se adelantaba y subía de un salto a la superficie. Ya había olvidado las palabras dulces y las miradas de niño. Entonces sí le interesaba el proyecto del paseo.

—¿Cuánto tiempo crees que nos llevará ir hasta allá? ¿A qué hora podemos salir?

María Flora se sentía ofendida. ¿Con quién había confundido a Andrés?

Algunas veces, en los viajes rápidos que efectuaba él, y otras, aun sin salir de la ciudad, se escribían. Habían descubierto que el amor necesitaba una medida que no le daban sino las palabras escritas. Muchas cosas que María Flora no se atrevía a decirle en persona, las escribía. Su amor adquiría una resonancia que no tenía antes, y que aún conservaba, intacta, en las cartas. La hechizaba de nuevo, a pesar suyo, como antes.

Andrés era como un niño. María Flora lo sabía y, sin embargo, había querido depender de él. Solo a él le daba poder para juzgarla y perdonarla. Y de pronto averiguó la razón que le impedía casarse: desde hacía mucho tiempo había en su vida otra mujer. Una con más derechos que ella.

* * *

No era verdad que quemaba las cartas por respeto a los convencionalismos, ni lo hacía con el pretexto de que no podía llevar en su equipaje más que lo indispensable para viajar al encuentro de su prometido. Era por lealtad a Octavio. Si las conservaba, Octavio no diría nada. Nunca le reprochaba nada; pero, estando a su lado, María Flora no quería la secreta vida que significaban las cartas. Sería una traición.

Ella no podía traicionar a Octavio, el hombre que la había esperado durante años, viéndola enamorarse de otros, siempre equivocada, siempre en busca de un desengaño. El amigo que cuando la vio decepcionada, le ofreció su nombre y posición, que había labrado a fuerza de constancia. Junto a Octavio ella encontraría por fin seguridad, porvenir...

Las llamas de la chimenea se avivaron y luego crecieron, regocijadas con la carga que esperaban en su avidez. Destruyeron la letra infantil de Stephen, los pliegos grises, las palabras que producían un hechizo. Ahora ella podría reunirse con Octavio, el único, quizá, que la había querido, y recomenzar junto a él una vida tranquila, feliz.

Pero en ese instante María Flora, inclinada sobre las cenizas, empezó a llorar desesperadamente, como si llorara su juventud.



DIEZ DE ABRIL



La calle se hallaba cubierta de escombros y era preciso caminar salvando los obstáculos. Antes se veían en ese sitio, a las ocho, vendedores de periódicos, empleados madrugadores y mujeres que iban a la iglesia. Algunos comercios abrían temprano y el humo que salía por la chimenea del hotel Regina tenía un aire familiar para los escasos transeúntes, que alzaban el cuello de su abrigo a causa del frío. Pero el edificio del hotel había sido quemado la víspera, y a nadie se le ocurría pensar en ir al trabajo o entrar a la iglesia.

De vez en cuando surgían grupos de hombres que corrían o atravesaban una bocacalle con los brazos en alto, cohibidos por la presencia de las tropas que conducía Alfredo. Tenían los ojos asustados y no se parecían a los que el día anterior avanzaban sin vacilación, como si contemplaran una visión interior. Alfredo se sabía superior a ellos y solo por el placer de comprobarlo ordenaba en cada bocacalle:

—¡Que nadie se mueva! Los que vayan a cruzar, ¡sigan de uno en uno y con los brazos en alto!

Los soldados apuntaban. Alfredo se había convertido en el amo. ¡Qué distinto fue la víspera! Entonces, y de una manera repentina, la gente adquirió una personalidad extraña, que la impulsaba a gritar en las calles, emborracharse y quemar. Alfredo creyó que lo perdería todo. Ahora consideraba

que los rebeldes le habían hecho una ofensa personal y deseaba castigarlos. Poseía una voz aún más fuerte que la de ellos, seca y cortante. Ordenó:

—¡Disparen!

No tenía que dar cuenta de sus actos. Lo único importante consistía en cumplir con la misión que le habían confiado al salir del cuartel. Debía liquidar a los francotiradores que se refugiaban todavía en las terrazas de algunos edificios y en las cúpulas de las iglesias retiradas. Si los atacaba sin contemplaciones, sería cuestión de horas conseguirlo, y entonces volvería la normalidad. Las gentes que permanecían encerradas en sus casas, pero experimentando una vaga solidaridad con los rebeldes, se enterarían de que estaban derrumbadas las esperanzas que no se atrevían a confesar. A estas las conocía bien Alfredo y el día anterior había tenido que apretar firmemente los labios para no decir nada, mientras las veía mover los botones de los aparatos de radio, encendida en sus ojos una llamita de ansiedad.

Los soldados dejaron la plaza de San Francisco y se dirigieron a la de Bolívar. Avanzaban chapoteando sobre el barro y sus pisadas producían un eco especial. Se habría podido decir que caminaban de modo diferente al de todos los demás días. Alfredo pensó que el himno nacional, tocado esa mañana por la banda del cuartel, también sonaba de una manera rara. Aunque se ocupaba, mientras marchaba, de preparar los detalles del ataque que iba a dirigir, a la vez que reconstruía mentalmente las líneas que habían tenido los edificios derrumbados, como si creyera que existían todavía en alguna parte y que allí durarían siempre.

Debía haber muchos muertos bajo los escombros. Salía de ellos un olor característico que impregnaba a los soldados y se les iba detrás lo mismo que un perro. Quizá habían

pisado los cadáveres. Saber que se hallaban tan cerca hacía que los soldados se sintieran extraños. Deseaban desembarazarse de la molestia, olvidando pronto lo que había pasado. Pero no era posible tal vez a causa del silencio. No se percibía el ruido familiar de la ciudad, al que los oídos se encontraban tan acostumbrados que no lo notaban siquiera. Las descargas lejanas solo servían para acentuar el silencio que las seguía.

Pocas manzanas hacia el sur vieron la iglesia donde se refugiaban los francotiradores. Parecía un castillo misterioso, sin el aspecto amable de otras veces. Resolvieron subir por una calle lateral para no dar el frente a los rebeldes y, al bajar de nuevo, Alfredo descubrió en las cercanías una casa con el portón abierto. Encima se leía «Supermadera» en un letrero verde. El zaguán daba a un patio de piso de tierra, en el que había sembrada una palmera y se amontonaban tablas sin cepillar. Era un sitio ideal para subir las ametralladoras al tejado, con la ayuda de las maderas.

Los soldados maniobraban en silencio. Parecía que alambrados invisibles los conectaban con Alfredo y que el cuerpo del hombre que en aquel momento comenzaba a caminar cautelosamente por encima de las tejas, o del que se agachaba para recoger las municiones, formaban parte del suyo. ¿Tendrían miedo? Sin duda, algunos caerían, y Alfredo podía ser uno de ellos. La boca se le llenó de saliva amarga. Pensó en las flores del jardín que le gustaba regar y en los álbumes con las piezas de música que quería volver a oír. Apenas recordaba su odio por los rebeldes. Sentía miedo, pero sabía que no podía hacer otra cosa sino permanecer allí, hablando en voz baja con los soldados y siguiendo los movimientos que hacían para levantar las tablas.

Contemplada desde el tejado, la importancia de la torre, erecta y blanca, resaltaba sobre el resto de las edificaciones.

No salía de ella el menor ruido. Probablemente los francotiradores se habrían echado a descansar, rendidos por la fatiga de la noche. Al despertar se preguntarían, un poco asombrados, por qué se encontraban en la torre. Nunca, cuando la habían visto desde abajo, soñaron con que un día la habitarían. Les pesaba su silencio y deseaban abandonarla rápidamente, ir a sus casas, extenderse en la cama, afeitarse y recomenzar la vida con las preocupaciones de antes. Pero no era posible. La trampa los había cogido.

La víspera, cuando empezaron a sonar las sirenas de las fábricas, todos abandonaron lo que tenían entre las manos. Nada, ni abrir el taller, ni pegar los ladrillos de la obra, ni conducir el taxi, tenía importancia. Lo único necesario era correr a reunirse con los otros para medir la fuerza que salía de todos juntos. Resultaba excitante ensayarla contra las puertas de los edificios y las vitrinas de los almacenes. Obraban como en sueños, sin sentir el cuerpo, y luego respiraban liberados de algo que se había formado con las humillaciones y amarguras soportadas por ellos durante su vida, y que los acompañaba a todas partes, sin que lo supieran.

Pero cuando llegó la noche y la multitud se dispersó, los que subieron a la torre quedaron solos. Durante el día no habían tenido tiempo de pensar, y fue allá arriba, en la oscuridad que los reflejos de los incendios volvían más profunda, donde surgió en la cabeza de cada uno el recuerdo de los gritos, los disparos y el vértigo de esa tarde. El momento que vivían, en la soledad de la torre, se mezclaba con el que acababa de pasar, y no sabían por qué. En medio de su fiebre, creían volver a contemplar la imagen de un hombre tendido en la tierra y empapado en su sangre... A la madrugada se les acabaron las botellas. Tampoco tenían balas. Entonces se dieron cuenta de que en el mundo no les quedaba

nada que hacer, excepto fumar, y esa seguridad los llenó de un alivio extraño.

La copa de la palmera se abría varios metros por encima de las cabezas de los soldados. Alfredo se dijo que era fácil que la alcanzara el tiroteo. Pertenecía a una clase que se aclimatava al frío, pero a él siempre le había sorprendido ver palmeras en una ciudad andina. Recordaba haber leído un artículo de un botánico muy afamado, en el que decía que se trataba de una variedad rara y muy apreciada, y se recomendaba proteger las pocas que existían aún. Sin embargo, no sería culpa de Alfredo si esta era destrozada. En la ciudad donde había nacido crecían muchas palmeras, y él podía mirarlas cada mañana, delgadas y brillantes, desde su ventana.

Debía ser la forzada inmovilidad en que se encontraba, agazapado sobre el tejado, la causa de que su imaginación buscara distraerse y lo impulsara a recordar su vida pasada. Sin quitar los ojos de la torre, seguía contemplando las palmeras, lo mismo que si viera a la vez dos grabados distintos en la página de un libro. Cerca de ellas se levantaba la casa, y allí estaba el padre... ¿Qué poder extraño y tremendo representaba para Alfredo? Cuando lo veía aproximarse se contraía, buscando hacerse más pequeño a fin de que la enorme fuerza pasara sin advertirlo. Pero en el momento menos pensado el padre caía sobre él. Peor que recibir los golpes era oír los gritos y ver la cara del hombre, con las niñas de los ojos girando, mientras Alfredo gritaba: «¡Perdón, perdón!». La madre lo miraba sin atreverse a defenderlo. No necesitaba sino interponer su cuerpo entre el del niño y el látigo, y el padre no habría podido tocarlo. Pero sabía que nunca sería capaz de hacerlo y permanecía en un rincón, como encadenada. Alfredo sentía que

en el corazón de la madre nació un sentimiento de hostilidad contra él, porque la obligaba a que su debilidad quedara al descubierto.

Todo había adquirido la nitidez de cuando va a suceder algo. Las hojas de la palmera se hallaban inmóviles. Alfredo miró con odio hacia la torre. Por la barandilla se había sumado el cañón de un fusil que apuntaba a la calle, y detrás se perfilaba la cabeza de un hombre.

Mientras había estado esperando le parecía que el tiempo se deslizaba con lentitud, pero, ahora, el momento de actuar llegaba demasiado pronto. Como si se encontrara a dos pasos, veía la cara del hombre asomado a la barandilla, con los cañones negriazulosos de la barba resaltando sobre la piel de pigmentación pálida. ¿Por qué ese hombre le hacía recordar a su padre? Cuando niño, creía que todo se hallaba impregnado de la presencia de este y temblaba al menor ruido. Entonces no sabía cómo defenderse.

De pronto lo bañó una oleada de odio terrible contra el hombre de la barandilla y le apuntó. Los soldados que esperaban la señal lo imitaron y se oyó el ruido de una granizada que empezaba. El cuerpo de Alfredo, de la cintura para abajo, se había vuelto de algodón. Danzaba en una nube gris y roja y se estremecía a cada disparo. Parecía que apretar el gatillo le producía un tormento atroz y que, a la vez, se hallara convencido de que de ello dependía su vida.

De la torre sacaron un pañuelo amarrado a un palo y lo agitaron, pero Alfredo no hizo caso. Aquella ametralladora, una vez que empezaba a funcionar, no se paraba, y a cada segundo lo obligaba a hacer con los dedos un movimiento seco y preciso. El cuerpo del hombre de la barba acababa de dar una voltereta. Sin caer al suelo, se había enredado en la barandilla. Seguía siendo un blanco, y Alfredo le disparaba.

Resultaba igual que destripar a los animalitos en el campo, hasta que se volvían una arenilla blanda.

La torre mostraba un enorme boquete. Adentro debían yacer los cuerpos de los demás francotiradores, de los que habían sacado la bandera. Los soldados tenían males-tar. Habría sido distinto si de la torre les contestaran en el tiroteo y si el capitán no lanzara gritos inarticulados e incomprensibles. Al fin, uno de los soldados se atrevió a aproximarsele y le arrebató la ametralladora. Después lo echó sobre sus hombros y lo bajó al patio. Allí, los demás soldados lo vieron tambalearse como un borracho y caer al pie de la palmera.





LA VIAJERA



Los domingos por la mañana Catalina salía a dar una caminata. Hacía poco que había llegado a la ciudad y no conocía casi a nadie, por lo que tenía que pasear sola. Además, de las personas se sentía lejos. Hablaban de sucesos en los que ella no había tomado parte e ignoraban los protagonizados por Catalina. No les podía decir simplemente: «Magdalena se casó la semana pasada», porque enseguida preguntaban: «¿cuál Magdalena?», «¿quién es esa Magdalena?». Y aunque les explicara que era una amiga suya que esperó durante diez años que su novio, un violinista de la sinfónica, se casara con ella, no se interesaban realmente porque nunca habían visto a Magdalena, ni compartido la sensación de angustia de aquellos diez años. Verdad que después de oír el relato se aproximaban a Catalina, como si les hubiera hecho una señal; pero resultaba demasiado lento y ambas partes carecían de la confianza de quienes han crecido juntos y no dudan en entregarse.

En cambio, las calles no ofrecían resistencia y se dejaban pisar por todos, cordiales. A Catalina le parecía que las había recorrido en otra ocasión. Allí sí encontraba los motivos que la identificaban con la gente: esa iglesia, por ejemplo, con su aire primitivo y su vieja espadaña, igual a la que había pintado algunas veces para adornar el pesebre de Navidad. Y los

monumentos públicos, en los que el mismo héroe la miraba desde lo alto de su bronce con ojos familiares.

En las afueras, las calles añoraban la yerba. Conservaban aún el olor a musgo y a tréboles que habían tenido y que circulaba por ellas como el vaho caliente de una panadería. Allí vivía Catalina en una casa de aspecto modesto, sobre la cual se veía un letrero que decía: «Pensión de familia». Al llegar, empujó la puerta y entró. Frente a ella se elevaba una escalera blanca, con manchas verdes de plantas en los rellenos; pero a estas les faltaba riego, y Catalina corrió a la cocina en busca de agua. Las plantas marchitas la hacían pensar que las mujeres de la casa se hallaban enfermas. Mientras echaba el agua notó que al viejo cactus le había salido un retoño y que parecía muy orgulloso. Cuando extendía las yemas de los dedos sobre sus hojas, creía oír un latido que salía de lo más profundo de ellas.

Al terminar la escalera, se encontraba su habitación. Luego seguían en fila por el pasillo las de los demás huéspedes. Catalina tenía que pasar sola ese domingo, a menos que por la tarde fuera al cine del barrio acompañada por doña Tulia, la patrona. Empezaba a acostumbrarse a su cara ordinaria y, además, por fuerza debía tolerarla. No podía estar siempre sola y, aunque fuera de vez en cuando, necesitaba contar con alguien que le demostrara su aprobación y le sonriera.

En su cuarto, se miró al espejo. El viento de la calle le había alborotado el pelo y unos mechones rubios revoloteaban sobre su frente y le daban aspecto añinado. Era pequeña y delgada, lo que llevaba a que le atribuyeran menor edad de la que tenía. Rápidamente abrió una gaveta y sacó papel de cartas y estilográfica. Le gustaba el color de esta, verde jaspeado de negro, y la acarició levemente por una especie de gratitud que la unía a cada objeto. Después de pensar un

momento, dejó que la pluma se deslizara por el papel como si no le costara ningún esfuerzo.

* * *

Guido y Yolanda, sentados en la sala de su casa, leían la carta que acababan de recibir. A su lado se encontraban sillas forradas en peluche amarillo con ramazones rojas; un piano colocado en una especie de proscenio, separado del resto de la habitación por un par de columnas de yeso; algunos cuadros y dos espejos antiguos y hermosos. Los cuadros representaban castillos y a una mujer despeinada y estupefacta, abrazada a una cruz en lo alto de un promontorio. Nadie perseguía su imagen en los espejos ni averiguaba qué había llevado a la mujer a subirse al promontorio, y sobre todo aquello flotaba el aire de cansancio y tristeza de lo que pertenece a otra época.

Desde la partida de Catalina, Yolanda y Guido vivían solos en la casa, cuya propiedad se salvó milagrosamente de los pleitos en que se enredó la herencia del padre. Catalina aprovechó una oportunidad que se le presentó para realizar su sueño de viajar y tratar de conseguir algún dinero con qué vivir y ayudar a sus hermanos. Lo último no lo conseguía. En cambio, ¡se mostraba tan feliz en sus cartas! Yolanda sostenía en la mano la última que acababa de recibir, mientras Guido se inclinaba sobre el hombro de ella para leerla. Ambos se parecían a Catalina, pero eran más morenos, más duros. La carta decía:

«Hermanos queridos:

»Después de la fiesta de anoche no pude levantarme temprano. Pero eso no importa. Es domingo y les escribo desde la cama. La fiesta resultó espléndida y justificó

los preparativos que había hecho mi novio para presentarme a su familia y a sus amigos. Cuando entré en la casa, que desde la calle resplandecía llena de invitados, de luces y de flores, me pareció ir al encuentro de algo misterioso y bello. Hugo me esperaba en la puerta y me llevó al salón. Empezamos a bailar con los acordes de la orquesta, instalada en un rincón tapizado de plantas, de modo que no se sabía de dónde llegaba la música. El baile y la alegría nos aturdían, mientras que en los salones las arañas brillaban, solemnes. Los criados circulaban por el comedor, impecables, transportando la comida que había sido colocada en las fuentes como si se tratara únicamente de que cumpliera un fin decorativo. Solo el cine nos da idea de lo que son esas fiestas, es decir, me la daba, pues ahora ya he asistido a una. Hugo y yo bailamos todas las piezas. ¡No pueden figurarse cómo es de bueno y de gentil! Es el tipo de hombre con que yo había soñado. A su lado me siento mejor y capaz de hacer lo que sea necesario para alcanzar nuestra felicidad. Su familia se mostró encantadora conmigo. Hablamos mucho de ustedes y algún día estoy segura de que podremos reunirnos. Ya ven que tenía razón al aceptar el empleo que me ofrecieron en este país, aunque al principio nos pareciera ridículo el sueldo. Pero mi suerte estaba aquí. A los pocos días de llegar conocí a Hugo, que me ha colmado de atenciones y cariño. Apenas me deja tiempo para escribirles. En este momento me acaba de llamar por teléfono para recordarme que debo salir a pasear con él y asistir al concierto de la noche. Tengo que empezar a vestirme, por lo que me despido. Hasta pronto. Besos para los dos,

»CATALINA».

* * *

Un sentido especial, parecido al olfato de un perro, se había desarrollado en Catalina para avisarle cuánto tiempo esperaba la patrona el pago de las mensualidades atrasadas. Aquella mañana oteó el peligro y huyó de puntillas. Pasó largo rato escondida en un portal cercano a la casa, preguntándose si la gruesa señora saldría pronto y le dejaría el campo libre. A lo lejos llamaban a misa las campanas de una iglesia, y cada sonido buscaba su pecho para repetirle que era extranjera. Su situación se había hecho terrible desde que la despidieron del último empleo y hasta ahora no le servía de nada la excelente recomendación que le entregó el embajador. Cuando la presentaba, todos le echaban una ojeada distraída, demasiado absorbidos por sus propios problemas para interesarse en los de una extraña.

Hacía mucho frío y resolvió regresar a la casa. Allí la esperaba una carta de Bogotá. La escritura del sobre recordaba la de Catalina, pero las rayas de las *t* se marcaban más cortas y firmes y los finales de las palabras no se extendían al capricho, como en la suya. ¿Qué le diría Yolanda? Cada vez que cogía un sobre se dejaba llevar por la idea de que dentro venía oculto lo maravilloso. Leyó:

«Catalina querida:

»Decididamente ha llegado para nosotros una época de buena suerte. La vida está compuesta de segundos buenos y horas malas, ¿no es cierto? Por eso debemos gozar lo más posible con los primeros. Pero basta de preámbulos. Estoy robándote la noticia. Ayer vino a visitarnos el tío Daniel. Tenía el aire de las personas convencidas de que van a producir un cambio decisivo

en nuestras vidas, lo que las lleva a obrar con ausencia absoluta de naturalidad. Cuando Guido y yo aparecimos en la sala, se puso solemnemente de pie y nos dijo: “No conviene que dos jóvenes vivan solos. En mi casa hay de todo. No falta sino juventud, y ustedes la pondrán”. Después agregó: “Ya he hablado con María Rosa, y ella los espera con los brazos abiertos”. También nos dijo que desde hacía mucho había pensado pedirnoslo, que Guido podrá estudiar lo que quiera y que yo ingresaré a la academia de *ballet*. Claro que es entendido que cuando tú regreses tendrás tu sitio allí. Estamos empacando nuestras cosas para marcharnos, felices de dejar esta casa tan vieja. El tío Daniel ha hecho pintar mi habitación de lila, mi color preferido, y esta mañana la tía María Rosa nos mandó regalos. Ambos son muy buenos y les estamos enormemente agradecidos. A su lado Guido se convertirá en un hombre de provecho. Me imagino tu alegría al leer esta carta. Se parecerá a la nuestra con las tuyas. Recuerdos a Hugo, tu novio. ¿Cuándo me mandas su fotografía? Te besa,

»YOLANDA«.

* * *

El cuarto sin calefacción está helado. A Catalina le parece que el frío no se halla fuera, sino dentro de su cuerpo. La noticia que le da Yolanda es magnífica para el porvenir de sus hermanos, pero ella no ha tenido parte y casi no la cuentan para nada. Lo que ha sucedido le parece igual a contemplar el desenlace feliz de una comedia en el teatro. La alegría no puede compartirse con los personajes de la escena. ¿Será mejor regresar a su tierra? Ahora se convertiría también en una

extranjera allá, junto a los hermanos con intereses distintos a los suyos. La verían llegar pobre, enflaquecida, sin provenir y sin siquiera un vestido nuevo. ¿Qué les contestaría si le preguntaran por sus éxitos, por Hugo? No. Eso no podría soportarlo. Seguirá dónde está. Allí, por lo menos, le pertenece algo: el mundo que se ha creado. Si se va, no lo recuperará nunca.

Con los dedos agarrotados por el frío, escribe:

«Yolanda mía:

»¡Qué feliz me has hecho con tu carta! Debes corresponder con tu cariño a la bondad de tío Daniel y tía María Rosa. Parece que hay que esperar demasiado para encontrar la dicha y, sin embargo, cuando llega nos asombra. Quisiera ir a verlos, aunque fuera por unos días, pero Hugo se opone al viaje. Dice que me necesita a su lado. Por eso me quedo. Además, mi situación económica es muy buena y mis jefes me aprecian. Hasta me han dado vacaciones por unos días y las aprovecho para salir con mi novio. Esta mañana estuve con él en el gran parque de su casa, abandonado y semisalvaje. Pero me gusta así y no con los árboles y las yerbas recortados y compuestos, lo mismo que si acabaran de pasar por la peluquería. Lejos de la casa (el parque es enorme) encontramos un sendero bordeado de sauces que se desmelenaban al viento y me hicieron pensar en las pelucas de inmensas mujeres verdes. Me creía en el parque del palacio descrito en *El cumpleaños de la infanta*, que leímos el último diciembre, ¿recuerdas? Sobre todo cuando llegamos al pie de una figura deliciosa, de piedra, que representaba a una ninfa, pero medio desportillada y con sombras de musgo. Parecía otro árbol...».





EL CÍRCULO



La cantinera cogió la botella y vertió el líquido de color verde almendra en las copas pequeñas, talladas en un vidrio muy grueso. Moisés Barba y el otro hombre, recostados contra el mostrador, se dispusieron a tomarlo. Hacía fresco dentro de la tienda, pero si se dirigía la vista a la plaza, de la que parecía que el sol había tomado posesión indefinida, todo el calor que debía sentirse allí se entraba de una bocanada hasta la pieza. A Moisés le dolía un pie, pues una piedrecilla se había introducido dentro de la alpargata, colocándose en medio de dos dedos. Habría deseado inclinarse a desatar el calzado y librarse de la molestia, pero no se atrevía. Al entrar a la tienda a comprar un paquete de cigarrillos se había encontrado con el inspector, quien lo invitó a beber una copa. Mientras le hablaba, brilló en el claroscuro de la tienda la doble hilera sin mácula de sus dientes. Moisés no pudo rehusar. Cómo hacerlo si el inspector era... Juan Lobo.

Un instinto le advirtió que debía fingir serenidad y hablar despreocupadamente con el inspector. Pensaba que era indispensable ganar tiempo, no sabía exactamente por qué. Pero al escuchar su propia voz descubrió en ella notas extrañas, que le dieron la sensación de que hablaba un desconocido, cuando dijo:

—Claro que no es prudente que los campesinos usen dinamita pa pescar. El otro día se lo advertí a Tirso y a Napo. Ellos son mis compas, ¿sabe usted? Me contestaron que dende hacía tiempo venían empleando el explosivo por estos laos...

—No hay disculpa que valga —dijo Juan Lobo—. A los campesinos que esconden la dinamita hay que hacerles lo mismo del otro día, ¿te acordás? No vamos a dejarles el explosivo, sobre todo sabiendo pa qué lo quieren...

Entonces, ¿también él sentía miedo?, se preguntó Moisés. ¿Sería esa la causa de lo que ocurría? ¿La causa de lo que había visto hacía ocho días, cuando lo llamaron a declarar en la inspección? Mientras contestaba maquinalmente a Lobo y los vasos verdes perdían de un golpe su color, creyó encontrarse de nuevo en el despacho del inspector. Lo sacudió un espasmo e intentó disimularlo apurando rápidamente el vaso.

La inspección funcionaba en el mismo cuarto donde dormía Lobo. Moisés recordaba muy bien la habitación, con la cama a un lado y en el otro el escritorio, cubierto de papeles, un fuate y una pistola. De una viga que cruzaba el techo colgaba un lazo. En ese cuarto de paredes encaladas y piso de ladrillo, donde se encerraba el calor como en un horno, allí ocurrió todo.

Ahora el inspector, que conversaba con Matilde Isabela, la cantinera, parecía inofensivo bajo el marco de botellas, cajas de jabón y ramos de velas que decoraban las estanterías de la tienda. En cambio, el día de la tortura, fue distinto. Moisés recordaba cómo había contestado las preguntas de Lobo, escogiendo cada palabra con el cuidado con que se hacen los movimientos cuando el cuerpo está enfermo. Pero al mirar a los hombres que se hallaban amarrados en un rincón de

la pieza, lo inundaba una corriente de comprensión para con ellos, y la necesidad de disimularla le hacía daño.

Entre los presos se encontraba Ambrosio Itá, un médico indio. Señalándolo, el inspector ordenó a sus hombres:

—¡Veinte azotes por cada taco de dinamita que le encontremos!

El cuerpo del tegua, desmirriado y amarillo, se balanceó en el aire, colgado de la soga. Moisés lo había visto, unos días antes, dando de beber zumo de flores de saúco a un enfermo para que le bajara la fiebre. Ambrosio conocía las virtudes de las yerbas y afirmaba que el jarabe de totumo era bueno para aliviar el maltrato producido por los golpes. Ahora se le presentaba una excelente ocasión para comprobarlo en sí mismo.

En un instante los azotes cumplieron la función de ponerle las espaldas exactas a las del Señor de la columna de la iglesia, ante el cual Moisés, de niño, se arrodillaba a rezar, pero sin poder apartar los ojos de las llagas. La atmósfera del cuarto se había vuelto densa y extraña. Los hombres de Lobo hacían circular una botella de aguardiente y parecían experimentar un acceso de voluptuosidad, en medio de los quejidos, el humo de los cigarrillos, las maldiciones y el chasquido de los latigazos. Lobo se acercó al reo y apagó la colilla de su cigarrillo contra los párpados de este.

Moisés sentía descompuesto el estómago y una molestia rara en el pecho. El cuerpo herido parecía una flor monstruosa. Cuando por fin Lobo le permitió salir, se quedó un minuto inmóvil, estupefacto. Luego se acercó a la puerta y en la calle empezó a correr. Lo bañaban olas de sudor, unas veces frías y otras ardientes. Solo volvió a ser el mismo cuando se encontró entre las paredes de su casa, y un inmenso sentimiento de solidaridad lo unió con ellas.

—¿Te servís otra copa?

Era el inspector en persona el que le hablaba, casi echándole el aliento a la cara. «Tiene miedo de que los pescadores reúnan por fin el explosivo», pensó Moisés. El pie seguía molestándole y se había puesto caliente como una plancha. No podía agacharse para desatar el calzado, pues sabía que Lobo lo vigilaba y desenfundaría el revólver apenas lo viera hacer un movimiento que le inspirara sospechas. Era preciso esperar.

Otras escenas de su vida continuaban llenándole la imaginación. La gente aseguraba que eso ocurría cuando uno iba a morir o ¿sería el trago tal vez? A cada copa más borracho, el inspector no reparaba en las ausencias mentales de su interlocutor, quien a ratos lo escuchaba y a ratos dejaba de oírlo, impulsado por una fuerza irresistible. Ahora recapitulaba su infancia de mulatito pobre, con los pies descalzos como todos los niños de Boca de Honda. Asistía a la escuela el primer mes de cada año, porque la negra Clara, su madre, no abandonaba el proyecto de que su mulatito se «istrujera». Al cabo de ese tiempo de estudios tenía que salir de la escuela para ayudar a la madre en su trabajo y reunir entre los dos con qué comprar plátanos, arroz y, algunas veces, pescado, mazorcas y panela.

Cuando Moisés se convirtió en un hombre, siguió comiendo plátanos, pero además se emborrachaba con aguardiente en las noches de los sábados. ¡Caramba! ¡Cómo pasaba la semana deseando que llegara el sábado! Hacia las seis de la tarde, cuando aún había luz, empezaban a echar cohetes en la plaza del pueblo, y los pescadores amarraban las barcas a la orilla del río y se dirigían a sus chozas. Iban caminando de prisa, con el pelo revuelto y la nariz húmeda, como los caballos que regresan al establo, pensando en

la comida que les espera. El olfato se les tornaba más fino, y si se abría la puerta de alguna choza de los alrededores, percibían los olores que salían de las piedras del fogón. Apenas terminaban de comer corrían a bailar porros a la plaza y bebían hasta el amanecer. Algunos habían ganado en la semana rollos de billetes y los gastaban esa noche, sin dejar nada para el mercado del día siguiente.

Así había sido la vida en Boca de Honda, con sus días de locura y otros de pena, «pero no como era ahora», se dijo Moisés con tanta amargura que dio un manotón en el mostrador, haciendo tambalear las copas. Los campesinos sufrían por el verano excesivo, por el invierno interminable, por las enfermedades para las cuales resultaron impotentes las yerbas perfumadas que cogía en el monte el tegua Itá. Pero desde la llegada de Lobo existió un peligro nuevo. Fue el alcalde quien dio la noticia a Moisés, una mañana, en la plaza del pueblo.

—¿Se acuerda de Juan Lobo? —le preguntó.

—¿El hijo de Juana Lobo?

—Sí. El patizambo que huyó para Gamarra. Dicen que allá llevó mala vida y que por unas cuchilladas y por robo lo metieron en la cárcel de Pamplona...

—¿Dónde está ahora?

—Es el nuevo inspector de Boca de Honda, y llegará dentro de unos días...

Cuando la noticia corrió por el pueblo, la gente tuvo el presentimiento de que ocurriría algo malo, aunque Moisés vio que cada uno buscaba engañar su miedo fingiendo confianza en la autoridad. Solo al ver que Lobo descendía de un camión, en medio de hombres con fusiles, todos comprendieron que había cambiado la vida del pueblo. Ni las caras de las personas, ni la plaza, ni siquiera la misa mayor, volvieron

a ser las de antes. Los hombres amanecían muertos en el monte. La gente hablaba pasito, como si en cada casa hubiera un enfermo, y el alcalde permanecía encerrado en su despacho y únicamente salía de noche, para que nadie lo viera.

Por eso cada campesino tenía que llevar un arma colgada del cinturón u oculta bajo las ropas. La de Moisés era una daga pequeña y flexible, casi como una prolongación de la mano. Claro que había que ponerle cuidado a esa arma. Una daga no es como el machete, pesado y que parece que piensa bien cada golpe antes de darlo. La daga es ligera y casi se mueve sola, pero Moisés no podía dejar de cargarla. Necesitaba tocar el mango para pensar que lo acompañaba...

—¿De modo que Tirso y Napoleón esconden la dinamita?

La pregunta salió de los labios de Lobo y se enfrentó a Moisés. Desde hacía rato, el inspector y la cantinera habían dejado de conversar y lo observaban. A fin de salvar a sus compañeros, a Moisés se le ocurrió decir:

—Don Rodrigo. Él tiene.

—¿Don Rodrigo? —repitió el inspector, asombrado.

Inmediatamente agregó con volubilidad:

—Estás hablando por hablar y pa que no coja a esos perros. Don Rodrigo es mi amigo y respeta a la autoridad. Mis caballos están en su finca de pastos, la que tiene arriba, en la loma grande, ¿no lo sabías?

Encaraba, sudoroso, a Moisés. Después apuró su copa, mientras cambiaba una mirada con la cantinera. Moisés había nombrado a don Rodrigo para hacer olvidar la situación de sus compadres y pensando que a aquel su dinero lo favorecería. Además, de lo que acababa de decir corría la voz por el pueblo. Pero ahora comprendía que había pronunciado un nombre prohibido, que don Rodrigo tenía intereses comunes con el inspector y... tal vez con Matilde Isabela.

Reconocía que estaba perdido; sin embargo, a medida que se daba cuenta, su miedo desaparecía. Escogió despacio las palabras de su respuesta, saboreando cada una:

—Don Rodrigo fue a Barranquilla hace unos días y compró dinamita. No la trajo en camión, sino por lancha, forrándola bien en papel encerado pa que no se pasara la humidá. Él no la usa pa pescar, como los pobres. Quizá planea algo.

Se trataba de una versión que podía comprometerlo después, pero quizá ahora asustara a los dos con lo que sabía. Era visible el efecto que les producía en sus palabras.

El inspector no contestó, pero arrojó la copa sobre el mostrador con tanta violencia que estuvo a punto de romperla. Matilde Isabela se movía de un lado a otro, nerviosa, como si se sintiera atacada. ¡Por Dios! ¡Qué atractiva se conservaba ella aún! En este momento, gracias al sol que le daba en la cara, Moisés veía bien su piel blanca, suave y transparente, que la distinguía de las rudas mulatas y negras del puerto. La gordura no le había hecho perder lo provocativo de las formas, torneadas golosamente en su cuerpo bajito. El pelo negro, rizado y brillante recordaba el de una muñeca, y los ojos eran verdes, del color del líquido que servía. ¡Esa mujer había hecho la gloria de los negros en las noches de diciembre, cuando iba a bailar porros a la plaza! ¿Acaso él mismo, Moisés, no la había deseado? Pero fue en otra época, cuando era más joven. Después Matilde Isabela empezó a subir, a subir, hasta llegar a mirarlos a todos con desdén. Se ponía chapas de colorete en las mejillas y pedía cortes de seda y zapatos de tacón alto a Barranquilla. En la tienda demostraba la tranquilidad del que ha sabido conquistar una meta. Moisés había sido un necio al olvidar lo que contaban en el pueblo sobre ella. Afirmaban que era la amante de don Rodrigo y que él

había hecho que le adjudicaran el estanco para favorecerla. Comprendió de súbito que era cierto.

—¿Y esa puñalita que llevás? ¿No sabés que está prohibido cargar armas?

La voz del inspector había recobrado la agresividad del día de la tortura. Era indispensable para Moisés buscar rápidamente una disculpa que le permitiera conservar el arma. Llevó su mano a la cintura, en un ademán que podía significar lo mismo su propósito de entregar la daga que de defenderla. Lobo vociferó:

—¡Manzanillo, hij..., entregá el arma pa no tenerte que aporrear primero y matar después!

No le quedaba sino una probabilidad de salvarse. Si no huía ahora, después sería tarde. Empezó a correr por la calle, con todos sus sentidos y potencias en tensión, y al mismo tiempo de un modo automático, sometido física y espiritualmente a un esfuerzo tan excesivo que, de haber podido hacerlo, se habría dejado caer extenuado en el suelo. A sus espaldas resonaba la voz de Lobo.

—¡Pa que veás que sí es cierto!

Una detonación acompañó instantáneamente el aviso. Moisés siguió corriendo. Con el movimiento, la piedrecilla se había incrustado entre los dedos del pie y el dolor que le causaba asentarlos lo bañaba en sudor. ¡Si esa piedra no se le hubiera metido en la alpargata por la mañana! Cada imagen que empezaba a formarse en su cerebro se rompía en pedazos de vidrio que lo pinchaban por dentro. Había dado la vuelta a la manzana y pasó de nuevo frente al estanco. Más de una cuadra lo separaba de Lobo. Sin caer en cuenta de lo que hacía, y como si su único deseo fuera encontrar un sitio donde descansar un instante y zafarse las alpargatas, apartó bruscamente a Matilde Isabela, que había salido a la puerta, y entró a la

tienda. «Es una buena jugada, después de todo», pensó. Lobo no sospecharía que había ido a esconderse precisamente allí.

El cuarto donde se hallaba el mostrador tenía una abertura lateral, cubierta por una cortina de encaje blanco. Esa cortina reemplazaba la puerta entre la tienda y el dormitorio de Matilde Isabela, que no tenía otra salida. Moisés lo sabía, aun cuando no había entrado a la alcoba sino una noche. Entonces la mujer todavía no manejaba en propiedad el estanco, y él pudo mirar desde arriba las aguas verdes de sus ojos, hasta que la obligó a cerrarlos. Ahora, sin pronunciar una palabra, corrió la cortina y penetró en la pieza, dejándose caer pesadamente en la cama.

Lo que ahora fuera a ocurrir dependía de la cantinera. Al verlo entrar, había dejado escapar un pequeño grito gutural, mezcla de espanto, sorpresa y placer. Así debían ser los sonidos que emitían los hombres, antes del descubrimiento de la palabra, para significar varias impresiones a la vez. Lo inhumano del grito heló la sangre del fugitivo. Pero después Matilde Isabela permaneció silenciosa, sin quejarse por la invasión a su alcoba, y volvió a ocupar su sitio detrás del mostrador. Moisés no se atrevió a hablarle para implorar su complicidad. Lobo podía estar ya demasiado cerca. Pero ella debía recordar su intimidad de otro tiempo. Tenía que ser compasiva. Era mujer... Moisés sabía que había llegado el momento decisivo y todo su cuerpo acechaba el peligro, aunque al mismo tiempo lo invadía una gran sensación de descanso. Se sentó sobre el baúl de Matilde Isabela, se quitó las alpargatas y estiró los pies.

La voz de Lobo llegó desde la puerta de entrada:

—¿Viste pasar a ese negro, Matilde Isabela?

Ningún sonido de parte de la mujer. ¿Sería que vacilaba?, ¿que hacía alguna señal? Moisés se preparaba, cogiendo la daga.

—¿Cómo averiguaría lo de don Rodrigo? —volvió a preguntar Lobo—. Hay que avisarle. ¿Lo ves esta noche?

—Sí —contestó orgullosamente la mujer—. Todas las noches él viene aquí.

Moisés se hallaba parado en el rincón próximo a la puerta, con la daga en la mano. Miraba el lavabo de Matilde Isabela, sobre el que se encontraba una repisa con un espejo, una caja de polvos y un peine. El letrero de la caja decía: «Polvos de tocador Anthea», con las letras dibujadas en una cinta que sostenían dos angelillos y que daba la vuelta a la caja. Parecía que los sentidos de Moisés necesitaban una distracción, pues sus ojos releían el letrero y su olfato reconocía en el cuarto un perfume de mujer: el perfume de Matilde Isabela, el mismo de aquella noche... Vio que la cortina se levantaba para dejar al descubierto el cañón de un revólver, al tiempo que Lobo gritaba:

—¡Te llegó la hora, manzanillo hij...!

Mientras forcejeaban, Moisés sintió que una carne viva, pegajosa de sudor, se desgonzaba en sus brazos, al tiempo que a él también le temblaban las piernas y se deslizaban hacia el suelo. Matilde Isabela lanzaba gritos pidiendo socorro. Cuando la gente entró estaban muertos ambos: Lobo, de una herida de arma blanca, y Moisés, de un disparo en el corazón.



ÁNGELA Y EL DIABLO



Al amanecer, el automóvil salió de Belén de Cerinza con dirección a Tunja. A Ángela el nombre de Belén la había hecho recordar las Navidades que acababa de pasar, cuando creía que no tenía que hacer en el mundo más que jugar con las otras niñas. Ahora se hallaba envuelta en una manta, en un rincón del coche, y contemplaba por la ventanilla el paisaje. Este era siempre igual y siempre cambiante. A veces Ángela se volvía hacia su madre, sentada a un lado para buscar la tibieza que salía de ella. La agradaba la somnolencia que producía el movimiento del coche y deseaba que el viaje no terminara, para no verse obligada a afrontar la llegada al colegio y la separación de su madre.

Las familias de Boyacá y Santander que poseían medios económicos acostumbraban enviar a sus hijas a terminar su educación al colegio de las monjas de Tunja, y aunque la familia de Ángela no era rica, los padres habían hecho sacrificios a fin de que su hija no careciera de un requisito que le aseguraría un buen matrimonio. En el clima de Tunja, las niñas que llegaban de tierra caliente empezaban a engordar y perdían el color amarillo y el aire lánguido. La madre de Ángela imaginaba a su hija con las manos enrojecidas por el frío, vigorosa y libre de la anemia que había allá abajo, y eso la consolaba de tener que dejarla lejos de ella.

Cuando se detuvo por fin el auto frente a la puerta claveada del colegio, Ángela creyó que caía en el vacío, sin encontrar nada que la sostuviera. Para ella todo era distinto a lo que había conocido hasta entonces. En su ciudad, el campo estaba lleno de naranjos, gloxíneas y bellas de noche. En cambio, allí no veía sino eucaliptos y cipreses. Le eran extrañas las caras, y hasta el aire, desapacible y helado. El sueño era lo único que le quedaba para refugiarse, y se durmió. Pero a la mañana siguiente tomó nota del lugar dentro de la fila en que se encontraba su cama; de las caras de las niñas vecinas; de los tiestos de geranios que había en el patio y que rompían con una mancha viva la monotonía de las paredes grises y de las miradas amables que, desde sus altares de la capilla, le enviaban los santos. Cuando llegó a familiarizarse con eso, se sintió de nuevo amparada y tranquila, y quedó curada de su nostalgia.

En el colegio, fuera de la madre Irene, de la madre Pilar y de la madre Teresa, que se hallaban constantemente con las niñas, existía otra monja que las acompañaba también. Allí había vivido hacía muchos años la madre Francisca Josefa, que era una santa. Las niñas pasaban de puntillas frente a la celda que había ocupado, con la esperanza y el temor de descubrir algo insólito. Cuando llegaba la hora de la clase de costura, que tenía lugar en un salón grande y oscuro, la madre Irene hablaba de la monja, mientras las cabezas de sus discípulas caían blandamente sobre los bastidores.

—Aquí, en este mismo sitio donde estamos sentadas nosotras —decía—, era en otro tiempo el refectorio del convento y la santa madre entraba a las horas de las comidas y bendecía el pan. Un día, el cristo que está en ese cuadro se movió, desclavó la mano derecha y la bendijo. Fue un milagro.

Las caras de la monja y de las niñas resplandecían de placer. Pero luego la madre Irene suspiraba y decía:

—La Iglesia no la ha podido canonizar porque sus restos se extraviaron. Las monjas de ese tiempo los echaron en un saco de cuero para distinguirlos de los demás. Y el saco no aparece...

La decepción quedaba flotando como un fantasma en el cuarto oscuro y entre las cabezas de las niñas. Después la madre Irene se levantaba y se mezclaba con ellas, en el desorden de los bastidores, los hilos y las lanas. Desaparecían las diferencias entre la maestra y las discípulas y no quedaban sino mujeres, unidas por una tarea común. El corazón de todas se encogía con una angustia —que les gustaba— cuando la monja recomendaba:

—No desperdicien el hilo, niñas, porque el diablo está cerca y recoge cada hebra que tiran. Cuando reúna muchas, fabricará una gran bola, que les mostrará en el infierno. El diablo siempre se encuentra alerta y a la santa madre la perseguía cada noche. La sacaba de su celda y la arrojaba escaleras abajo, haciendo un ruido tan grande que las otras monjas despertaban asustadas y tenían que ir a levantarla...

Por la noche, después de comer y de rezar el rosario, cuando las niñas subían al dormitorio y pasaban frente a la celda de la santa, oían otras pisadas, blandas y aéreas, que resonaban al lado de las suyas. A veces las escuchaban hasta llegar al camarín que conducía a la capilla, en el que había una gran cruz de hierro montada sobre una piedra. Esta se hallaba gastada por el roce de las rodillas de la madre Francisca, y a Ángela le daba susto mirarla, lo mismo que si hubiera sorprendido a alguien realizando un acto secreto.

Una noche Ángela soñó que el diablo entraba en el cuarto de costura a contar las hebras caídas y que las guardaba

en el saco de cuero donde reposaban los huesos de la madre. Despertó, pero comprendió que el diablo seguía allí, paseándose entre las camas de las internas. Tenía la cara larga y arrugada, parecida a la de la madre Irene. En cambio, la madre Pilar era bonita y joven. A ella, Ángela le habría querido contar los motivos por los que algunos días tenía que abstenerse de comulgar. A consecuencia del cambio de clima, se había desarrollado a las pocas semanas de llegar al colegio. Si comulgaba en ese estado, seguramente pecaría. Otras niñas lo aseguraban, diciendo que se trataba de un sacrilegio.

Debía llamar a la madre Pilar y darle cualquier disculpa para no hacerlo. Una vela encendida y el sonido de la voz ahuyentaban a Lucifer. Ángela corrió hasta la cama de la monja y le dijo:

—Madrecita..., tengo mucha sed. Déjeme beber un vaso de agua.

Como si la monja hubiera estado despierta y esperándola, le contestó en seguida:

—Hija: es el demonio quien te ha inspirado el deseo de beber. Si caes en esa tentación no podrás volver a comulgar, porque ha pasado la medianoche. De modo que no tomarás agua. Ten paciencia y procura dormir.

Ángela volvió a su cama. Necesitaba buscar otro medio para no comulgar al día siguiente, ya que este le había fallado. ¡Si la madre Francisca Josefa quisiera acudir en su ayuda! Ella podía hacer que temblara la tierra a la hora de la misa. Las monjas y las niñas saldrían huyendo de la capilla, incluso el sacerdote con el copón, y Ángela no cometería la profanación de comulgar y se salvaría.

Claro que también podía confesarse. El sacerdote la perdonaría, pero ella debería decir en qué consistía su pecado, debería decirlo... Cuando llegó por fin la mañana y se

levantó, le dolía la cabeza y sentía los labios secos. Sabía que si comulgaba, en adelante nada sería como antes. Ningún juego resultaría completamente divertido y tampoco seguiría con interés las explicaciones de la maestra en la clase. La confesión era el medio previsto para que los fieles volvieran al buen camino. Algunas veces, cuando la madre Francisca entraba al confesionario, veía adentro una luz intensa y el semblante de Nuestro Señor, con la cabeza coronada de espinas.

—*Ego te absolvo*¹...

En la capilla, la atmósfera era tibia y agradable. Cada niña ocupaba su puesto en la fila de bancas y, adelante, parecían una nube oscura las tocas negras de las religiosas. Ángela se dio cuenta de que formaba parte de un todo grande y poderoso que la protegía, siempre que no quebrantara sus leyes. Comulgar esa mañana sería una desobediencia. No quería cometerla, pero... se hallaba obligada a hacerlo. La madre Pilar no le quitaba los ojos de encima y le indicaba por señas que se acercara a la mesa. Sin duda, consideraba un triunfo personal sobre el demonio no haberla dejado beber agua. Ángela comprendió que no podía esperar. Subió la escalinata del altar y las luces de los cirios crecieron, incendiaron el tabernáculo en una sola llama. En sus oídos una voz repetía: «Quien comulga sacrílegamente, come y bebe su condenación».

Al regresar a su sitio, con las manos juntas, contempló, rígidas y burlonas, las caras de las niñas que rezaban a su lado. Ella no tenía nada que hacer allí, pues había salido de la comunidad. Ya no contaba con su fuerza y su calor, y debía

.....
¹ Yo te absuelvo.

defenderse de los ataques que esta le hiciera. Era una extraña y se encontraba sola.

¿Y quién le aseguraba que, cuando fuera a pasar al lado del confesonario donde el padre Luis entraba, una vez terminada la misa, no levantaría la cortina de seda morada, para señalar a la que había cometido un pecado tan grande y se hallaba endemoniada? Ya se había formado la fila de niñas y empezaba a avanzar lentamente para salir de la capilla. Estaba frente al confesonario. Ángela lanzó un grito y cayó al suelo desmayada.

Despertó en la enfermería. La madre Pilar le sostenía cariñosamente la cabeza y le pasaba por la frente un pañuelo empapado en alcohol. Las manos de la monja eran suaves y tibias, y su contacto calmaba a Ángela. Le inspiraba deseos de dormir...

Como apenas había pegado los ojos la noche anterior, quedó sumida rápidamente en un sueño profundo. Debió durar todo el día, pues cuando despertó se encontró sola. La enfermería estaba oscura. Por la puerta entornada, escasamente alcanzaba a distinguir el corredor silencioso. La escalera que conducía a la celda de la madre Francisca se desprendía de las sombras, blanca y solemne, como si por ella fuera a subir una procesión.

Esa escalera atraía a Ángela. Era la misma por donde llegaban los espíritus infernales que perseguían a la madre. La misma por la que su cuerpo martirizado rodaba cada noche. Tiritando de frío, se acercó. Deseaba rezar ante la cruz de hierro del camarín, para obtener el perdón de su pecado, y empezó a subir las gradas. A su lado, muy cerca, en las tinieblas, alguien avanzaba también. Si Ángela se detenía, él hacía lo mismo. No podía devolverse porque tenía la seguridad de que un cuerpo se interpondría para impedirle el

paso. Su salvación dependía de llegar hasta la cruz. Necesitaba correr...

Había llegado al rellano de la escalera. Desde ahí Ángela veía la celda de la monja y el pasillo que comunicaba con el camarín. Pero de la celda acababa de salir una figura negra, con los ojos verdes, brillantes en la oscuridad. Ángela distinguió muy bien los ojos...

El estruendo de un cuerpo que caía por las escaleras despertó a las monjas, lo mismo que les había ocurrido a sus antepasados, en el tiempo de la madre Francisca.





LAS VIOLETAS QUE
ENCONTRÓ LINA



Cuando bajó del autobús y empezó a caminar por la calle que conducía a la terminal de la línea sur, Lina recordó que en otra época ese era el camino que seguía diariamente para ir de su casa a la Ciudad Universitaria. Luego se mudó a un barrio situado en el extremo opuesto y nunca había vuelto a ir por allí... hasta esa tarde. Mientras caminaba, le parecía que de cada sitio por donde pasaba salía a buscarla una imagen de sí misma que había olvidado hacía mucho.

Se dirigía a hablar con la patrona de la casa donde se hospedaba antiguamente, para cumplir un encargo que una amiga le había recomendado. Antes de llegar, vio la tienda donde efectuaba en otra época sus compras de té, azúcar y mermelada, y se imaginó entrando al local, con un vestido color *beige*, bordado en lana muy gruesa. Era un traje que le caía muy bien, por lo cual lo usaba con frecuencia en la época en que estudiaba.

El recuerdo del traje la llenó de nostalgia y ternura por la persona que pensaba haber sido, y se dijo: «A la hora en que llegaba a la casa de regreso de la universidad, corría a preparar el té y las tostadas. Es curioso, pero podría jurar que las tostadas tenían un sabor especial, que después no he vuelto a encontrar. También mis compañeros y yo nos creíamos mejores que los demás. Mirábamos la vida con un complejo

de superioridad, seguros de que siempre sabríamos dominarla...».

Le habría gustado entrar a la tienda y charlar con la dueña y también con el zapatero que tenía su negocio situado junto a esta. Ninguno de ellos le interesaba antes, pero ahora habían adquirido valor a sus ojos. Guardaban un poco del pasado de Lina y tenían el poder de recrearlo cuando hablaban.

En la acera de enfrente ya no existía la casa vieja, con ventanas de barrotes y macetas de geranios. La habían demolido para levantar en su lugar un gran edificio, pero Lina se sintió defraudada al mirarlo. Antes, de una de las ventanas colgaba una jaula con un turpial, que rompía a cantar cada mañana, cuando ella asomaba a la esquina para dirigirse a la clase. Ese canto le daba fuerzas para soportar el frío, los empujones de los transeúntes y el aspecto del cielo, siempre gris y nublado. La desaparición del pájaro de la casona le dolía, como si la hubieran despojado de algo suyo. En cambio, de otras cosas no se consideraba dueña. El año anterior le habían robado sus aguamarinas, y cuando lo supo, se encogió de hombros y no volvió a pensar en las piedras.

Pero si la calle había cambiado, Lina tampoco era la misma. En el tiempo en que vivía allí, el pelo liso y rubio le caía a los dos lados de la cara, encuadrándosela. Envuelta en un abrigo a cuadros verdes y cafés, corría por la acera más que caminaba, con la cabeza echada hacia atrás, llena de ideas que chocaban como pájaros ciegos. La expectativa y la esperanza con que se iniciaba en la vida transmitían a su silueta delgada un aire anhelante. ¿Qué tenía en común con la que se perfilaba ahora contra el fondo de la vía? Sus manos caídas, laxas, sostenían el bolso sin gracia y como si fuera un peso excesivo. Las canas asomaban entre los mechones

que dejaba al descubierto el sombrero, parecidas a pajas en un fondo de yerba. Había engordado, no mucho, desde luego, pero lo suficiente como para que los escaparates de las tiendas y en los vidrios de los automóviles, el reflejo de su silueta ya no constituyera un espectáculo agradable. Hacía mucho que no le preguntaban en los almacenes:

—Señorita: ¿desea que le mandemos este paquete a su casa?

En lugar de eso le daban el tratamiento de señora, cortés, pero indiferente, y no hacían indagación alguna sobre el sitio de su domicilio.

«El tiempo ha corrido y me he quedado con las manos vacías», opinó Lina casi en voz alta. «Naturalmente, mi error consiste en haber venido por esta calle. Soy una estúpida», añadió.

En el reloj de la iglesia vecina acababan de sonar las seis de la tarde. Agonizante, la claridad del día se acentuó un momento antes de desaparecer. Algunos detalles de la arquitectura de las casas se destacaron, mientras otros permanecieron en la sombra. Era el mismo juego de luz que Lina había visto sobre los edificios hacía mucho, un día al pasar por la calle.

Ya no está sola. Junto a ella hay una figura alta que se inclina y le oprime ligeramente el brazo. Es un hombre de aspecto deportivo y alegre. Los ojos son grises, de una tonalidad que a veces se aclara y cambia de color, como si la mirada tuviera algo de inquietante y fugaz. Pero más que todo Lina admira sus manos, fuertes y seguras, sombreadas por un vello oscuro y dispuestas siempre a levantarse para mandar. Son tan diferentes de las suyas que la emociona verlas cuando descansan sobre su seno, implorantes y tímidas. Entonces le parece que se aniñan y cree que se le entregan, indefensas y a su merced.

Cuando él le pide algo, Lina accede casi sin pensar, orgullosa de poder corresponder a lo que su amigo le da sin darse cuenta. Hasta entonces ella no era sino un ser débil y flotante en la vida, pero ahora el hombre le transmite un poco de su fuerza y la libera de las cargas que tenía que soportar como mujer. La satisfacción de caminar junto a alguien más libre y puro que ella, la sumerge en una especie de dulzura sedante como la de un baño tibio. Quiere tener a toda costa la seguridad de no perderlo. Por eso desea casarse. Así podrá estar indefinidamente con él y continuar el diálogo que han iniciado sobre las cosas y sobre el mundo. Será el modo de realizar su ideal de mujer moderna, que pertenece a su época y anhela encontrar un compañero, no un amo.

Al acercarse el autobús al que él va a subir, se detiene un instante a mirarla. Luego sube de un salto al vehículo. ¿Quién iba a imaginar que un aparato tan vulgar se lo llevaría para siempre? Porque aunque le dijo que la ausencia solo duraría unas semanas, cuando regresó todo era distinto. Ya había tenido lugar la entrevista de ella con una condiscípula de la universidad, quien la llamó aparte al salir de clase y en gran secreto y llorando le contó aquello. Y después...

El final no importa y Lina no quiere evocarlo. Prefiere que la envuelva la oscuridad que ahora la rodea por fin en la calle. Lo maravilloso para ella es haber recobrado el instante que vivió un día. Tiene un perfume de violetas y nadie podrá arrebatárselo nunca.

Y Lina apresuró el paso para alcanzar a cumplir su encargo.



LAS AMIGAS



La falta de visibilidad que había en el aeropuerto impidió que el avión saliera a la hora fijada en el itinerario, pero como se creía que de un momento a otro mejorarían las condiciones atmosféricas, los pasajeros esperábamos, sentados en el bar. Mientras yo bebía una limonada, recordaba los días que acababa de pasar en la ciudad que iba a dejar y en la que había vivido en otra ocasión, hacía cinco años. En ella había encontrado, a mi regreso, intactos los sitios y los árboles, envueltos en la misma atmósfera dorada y azul que yo tanto amaba. Pero, en cambio, el tiempo había dispersado como un aire a mis amigos. No tenía más remedio que esperar, sola, que llegara la hora de subir al avión, cuando un hombre todavía joven se acercó a mi mesa. Se llamaba Carlos y lo había visto algunas veces durante mi anterior permanencia en la ciudad. Era un escritor sin trascendencia, pero muy agradable y, a la vez que a escribir, se dedicaba a dirigir una fábrica heredada de su padre. Me agradaba volver a verlo, para que me llevara un eco de la época pasada, que en esos días yo había intentado inútilmente revivir.

Carlos debía tomar el mismo avión que yo para trasladarse a la frontera y, como lo había calculado, sus primeras palabras fueron para evocar a nuestros amigos y amigas comunes. Sin embargo, mientras hablábamos noté que algo

lo distraía y que, a pesar suyo, su mirada no se apartaba de mi cuello.

Casualmente, esa mañana, al arreglar mi equipaje, había encontrado un viejo collar, regalo de una amiga. Estaba hecho con corales y granates y lo remataba una pequeña cruz de esas piedras. La forma era muy extraña, y yo no había visto ninguno que se le pareciera. Por ser tan raro lo usaba pocas veces, pero ese día decidí ponérmelo. Iba bien con mi traje sastre negro, de cuello cerrado y sin adornos, y me hacía recordar a la amiga que me lo había regalado precisamente en esa ciudad. A Carlos, indudablemente, le llamaba la atención, por lo que le pregunté:

—¿Recuerda haber visto antes este collar? Era de Dora Ester, y ella se lo ponía casi todos los días.

—Yo mismo entregué el modelo al joyero que se lo hizo —me contestó.

Imaginé que veía de nuevo a mi amiga, con sus trenzas claras enmarcándole la cara y su sonrisa que parecía preguntar algo. Estaba segura de que Carlos pensaba también en ella. Yo sabía que los nombres de los dos habían sonado juntos durante mucho tiempo, pero ignoraba lo que hubiera ocurrido entre ambos. Delante de mí, Dora Ester solo hablaba de vez en cuando de él, y aunque yo comprendía que ocultaba un secreto, nunca le pregunté nada, pues mi regla de conducta ha sido la de no forzar las confidencias de mis amigas. Algún día, por un camino u otro, me llega el momento de conocer la verdad.

Al contrario de lo que ocurría a Dora Ester, Carlos demostraba la necesidad de pronunciar constantemente el nombre de ella. Allí mismo, en el bar, con la expansividad con que de repente resolvemos hablar de los temas que han sido para nosotros solos durante mucho tiempo, empezó a contarme su historia.

—Dora Ester —me dijo— era de familia muy pobre y trabajaba como secretaria en la empresa de mi padre, que dirigía entonces uno de mis tíos. Yo acababa de llegar de Europa, y mi madre, viuda y celosa, proyectaba retenerme para siempre a su lado por medio de mi matrimonio con alguna muchacha de la alta sociedad, amiga suya.

»Pero desde que conocí a Dora Ester me enamoré de ella. A pesar de su pobreza, había sido mimada de niña y halagada por su belleza e inteligencia, y cuando empezó a darse cuenta de las dificultades de su vida, aunque reaccionó en un principio de una manera adolorida e impulsiva, luego se dedicó a cultivar una gran dosis de voluntad. Estaba resuelta a vencer los obstáculos e imponerse, lo que parecía increíble por su apariencia frágil. Yo creía ser el único que adivinaba su secreto, y eso me emocionaba. Ver su lucha aumentaba mi confianza en mí mismo y creía que, con la ayuda de mi dinero, los dos seríamos capaces de conseguir lo que nos propusiéramos en la vida. Mi madre, al enterarse de mi amor, se opuso violentamente. La de Dora Ester, en cambio, veía en mí la posibilidad de que su hija realizara ese “buen matrimonio” con que las mujeres nunca se cansan de soñar, y no me prohibía nada, ni siquiera entrar a la alcoba de Dora. Allí encontré una tarde, sobre la mesita de noche, un retrato que me intrigó. Era el de una mujer bellísima, pero que tenía, sin embargo, una especie de ambigüedad que la alejaba, como si estuviera loca o fuera a morir muy pronto...».

—¿Era Liliana? —pregunté a Carlos.

Él, mirando desde muy lejos mi cara y las mesas llenas de gente que nos rodeaba en el bar del aeropuerto, me contestó:

—Sí: Liliana. Cuando Dora Ester observó que había descubierto el retrato, me dijo «es mi mejor amiga, una mujer superior a nuestro medio, que no la comprende. Ahora

se encuentra en un balneario, acompañando a una de sus tías. Pero pronto estará de regreso y lo primero que haré será presentártela.

»En adelante hablamos muchas veces de Liliana. Supe que, siendo muy joven, se enamoró de un hombre casado, lo que provocó un escándalo tremendo en la pequeña ciudad. La familia y los amigos de él lo animaron a emprender un viaje para que la aventura se olvidara, pero desde entonces Liliana era objeto de comentarios y sus antiguas amigas la evitaban. Su situación se hallaba a punto de cambiar, sin embargo, gracias a un nuevo noviazgo con el heredero de una gran fortuna, quien le propuso matrimonio, decidido a pasar por encima de los prejuicios. Ella aceptó. Más que enamorada, parecía resuelta a utilizar el matrimonio como instrumento para imponerse a los que la habían repudiado. Nadie sabía si aún quería al otro, pero se daban cuenta de que cumpliría lo que tenía resuelto.

»Desde los tiempos de colegio era amiga de Dora Ester, y muchas tardes detenía su lujoso automóvil a la puerta de la casa de mi novia, que ni en los peores momentos había dejado de defenderla. Al oírla hablar con tanto entusiasmo de Liliana, yo le decía, para fastidiarla, “vas a hacer que me enamore de ella”. “Imposible”, me contestaba, “¿no ves que es mi mejor amiga?”.

»Por esos días mi madre decidió tomar una cura de aguas en el balneario y me pidió que la acompañara. No podía negarme, y comuniqué la noticia a Dora Ester, con el temor de causarle una contrariedad; pero ella me dijo casi con alegría: “en el balneario conocerás a Liliana. La encontrarás fácilmente, pues en esta época hay muy poca gente y, además, yo le escribiré para que te busque y me tenga informada de si me eres fiel”.

»Hablabla con tanta convicción de las funciones de vigilancia que desempeñaría su amiga, que cuando la conocí por fin —el mismo día que llegué al balneario— no pude librarme de ese impulso instintivo de defensa que sentimos ante un posible delator. Liliana, con la piel quemada por el sol y el vestido claro, parecía más joven que en el retrato, y a veces se borraba de sus facciones la expresión de reserva y recobraban su confianza infantil. Quizá por efecto de la carta de Dora Ester o porque se aburría en el balneario, esperando el regreso de Sergio, su novio, quien se había visto obligado a prolongar un viaje a los Estados Unidos más tiempo del que creyó en un principio, conmigo se mostró amable y comunicativa desde el primer momento. A los pocos días regresé con mi madre a la ciudad. Seguía sinceramente enamorado de Dora Ester, pero llevaba una inquietud que no tenía antes...

»Mi novia me dijo riendo, apenas me vio: “lo sé todo. Fuiste un buen muchacho y estuviste únicamente con Liliana. Es decir, bueno a medias, porque el viernes y el domingo pasaste la noche en el casino...”.

»La fidelidad que se guardaban ambas amigas me exasperaba un poco. No sé por qué, resulta ofensivo para un hombre que dos mujeres se unan. Pero mis amores continuaron en la misma forma apasionada, a pesar de que mi madre se volvía cada vez más incomprensiva. Esto era lo único que me detenía para casarme, y suponía que Dora Ester se daba cuenta de mi conflicto y de mi lealtad hacia ella.

»Unos días después de mi regreso me dijo que iría a pasar las vacaciones a una hacienda cercana y que no se lo había contado a nadie, a excepción de mí, para tener la seguridad de estar sola cuando yo la visitara. El plan me pareció encantador. Ella marchó y yo me preparaba a seguirla, cuando

me encontré con uno de mis amigos, Roberto H. Éramos de la misma edad, pero él parecía mayor. En nuestra ciudad se hablaba mucho de sus historias con mujeres y de sus escándalos...».

En aquel momento, Carlos y yo vimos que nos habíamos quedado solos en el bar. El *steward*² de la compañía de aviación se acercó corriendo a avisarnos que el avión iba a partir, y mi compañero y yo nos dirigimos a la pista. En el avión buscamos puestos contiguos y Carlos continuó su relato:

—A pesar de los antecedentes de Roberto, a Dora Ester le gustaba conversar con él y mostrarse amable. Roberto me había dicho que me envidiaba por mi suerte con ella, pues la imaginaba fácil de conquistar, por su pobreza. Yo, francamente, no entendía la actitud de Dora con él, y se la reprochaba, aunque no podía hacerle ningún cargo grave. El día que nos encontramos, Roberto me dijo: «Te interesará saber que he pasado una temporada deliciosa. Vengo de la hacienda de ***, adonde fui invitado por tu amiguita Dora Ester. Aprovechamos muy bien el tiempo, pues estaba sola...».

»Debí haberle pegado a ese canalla. Y averiguar la verdad antes de romper con mi novia. Pero en el fondo yo pensaba que había comprado a Dora Ester con mi dinero y la consideraba inferior. Por eso no se me ocurrió darle oportunidad de que se defendiera. Creí lo que me dijo Roberto y no deseé sino humillarla. Sabía exactamente cómo la heriría más. Liliana se encontraba aún en el balneario, acompañando a su vieja tía enferma. Al día siguiente estaba a su lado.

»No le conté nada de lo que había sucedido y procuré convencerla de que era su recuerdo el que me hacía volver.

.....
² Auxiliar de vuelo.

Luego, ella confesó que había presentido mi regreso desde que me vio partir la primera vez. Pero decidió que nuestros amores tendrían un plazo fijo: el de la duración del tratamiento de su tía en el balneario. No quería romper su compromiso matrimonial, tan decisivo para su porvenir, y yo no me opuse a esa condición porque, a pesar de mi furor, tenía la esperanza, que no me atrevía a confesarme, de que algún día volvería a ser tan feliz como antes con Dora Ester.

»A pesar de las precauciones que tomamos para que no se descubriera nuestro secreto, Liliana y yo estábamos tan obsesionados por nuestra lucha, que a veces nos descuidábamos. Y el balneario ya no se hallaba tan solo. Volvía a animarse la temporada... Nada nos importó, hasta que llegó el día en que la tía de Liliana resolvió regresar, lo que coincidió con la llamada urgente que mi madre me hacía. Entonces nos despedimos sin escenas, poniendo cada uno el mayor orgullo en que el otro ignorara lo que verdaderamente sentía.

»Pero yo era muy distinto al que había partido. Entraba en una etapa rara de mi vida, en la que parecía que soportaba sobre mi cabeza vientos contradictorios y que, a pesar de eso, me conservaba firme, lo que me daba la impresión de medir mis fuerzas y me agradaba. A los dos días de mi regreso, fui a la oficina de mi tío, donde tenía la seguridad de encontrar a Dora.

»Se había enterado de todo, pero no me pidió explicaciones. Al verla seria y pálida, volví a pensar que la amaba. De la actitud absurda de aparentar que nunca había tenido nada conmigo, extraía un placer que la ponía en tensión. Solo una vez, al encontrarme por casualidad a la salida de un teatro, me miró con los ojos antiguos e iba a tenderme irreflexivamente las manos, cuando recordó y no me dejó que

le hablara. Quizá habríamos terminado por acercarnos de nuevo, pues carecía de una prueba segura de lo ocurrido, y a mí me atormentaban los celos de una manera distinta que al principio, si unos días después no me hubiera llamado por teléfono Liliana. “Carlos”, me dijo, “ha sucedido algo terrible. Tengo que hablarte inmediatamente”.

»Fui a verla y la encontré enferma, con fiebre. Tenía de nuevo la mirada brillante del retrato, que la apartaba de los demás, como les ocurre a los niños cuando juegan, embebidos en su mundo impenetrable. Se hallaba peinada con cuidado y la rodeaban flores y cuadros, pues poseía el instinto de escoger en cada ocasión el marco que realzaba su belleza. Sospeché que su llamada era una tentativa para que reanudáramos nuestros amores, pero me dijo “mira lo que has hecho, Carlos. Sergio me ha escrito para romper nuestro compromiso a causa de la carta que tú le escribiste...”. “¿Qué carta?”, la interrumpí: “Yo no he escrito ninguna. Expílicate mejor”. “Alguien escribió a mi novio contándole lo que pasó entre los dos. ¿Quién iba a ser sino tú?”. “No he sido yo, Liliana. Te lo juro. ¿Qué motivo te he dado para que me juzgues tan bajo? Y, además”, agregué, tal vez para vengarme de que mi esperanza sobre el motivo de su llamada fallara, “no habría tenido ningún interés. Otra persona debió ser la que lo hizo, alguno que quiera vengarse de ambos...”.

»Sin darme cuenta, acababa de señalar una pista a Liliana. “¿Dora Ester, entonces?”, me preguntó. Yo estaba estupefacto. Ella agregó “tienes razón, Carlos. Te creo. Nadie, nadie pudo hacerlo sino ella. Le hablaré”. Repentinamente mi presencia había dejado de interesarla. Comprendí que sobraba y me marché.

»Algún tiempo después de esta conversación con Liliana, y ya sabiendo que en una ocasión había estado recluida

en un sanatorio para enfermos mentales, lo que cambiaba mi actitud hacia ella, me contó qué había sucedido aquel día. Apenas salí yo, llamó por teléfono a Dora Ester. “Ven, querida. Te necesito”, le dijo en el tono mimoso e imperativo con que le hablaba en otro tiempo. “Nada quiero saber de ti”, le contestó Dora Ester.

»Pero había sido demasiado adicta a Liliana para no ceder. ¿Y quién sabe si una mujer, aunque llegue a odiar a otra, no se explica demasiado los motivos por los que ha obrado su rival? Acudió a la cita que le había dado su antigua amiga y le dijo: “haré lo que me pidas, pero antes debes contestarme con sinceridad una pregunta. Quiero saber qué ocurrió entre Carlos y tú en el balneario”.

»Liliana no quería hablar. Sin embargo, se hallaba a merced de Dora Ester. Y quizá, de todas maneras, no experimentó mucha contrariedad al relatarle mi traición, por los encantos de ella. Cuando llegó a las condiciones de nuestro pacto, Dora Ester la interrumpió: “basta, Liliana. Ya es suficiente. Ahora dime qué necesitas de mí”.

»Parecía tranquila. Liliana le contó que su novio había recibido una carta y le preguntó si ella era la autora. “No, Liliana”, le contestó Dora Ester mirándola a los ojos. “Pensé hacerlo, pero no lo hice”.

»Liliana se quedó perpleja mientras su amiga se marchaba. Al día siguiente Dora Ester renunció al empleo que desempeñaba en la empresa de mi tío y se fue a un pueblo de las montañas. Pocos meses más tarde supe que se había casado con Roberto, el mismo que la visitó en la hacienda. Yo nunca la volví a ver».

El control del que Carlos daba muestras al comenzar el relato, hacía tiempo que había desaparecido. Mientras hablaba, su cara brillaba como si recibiera el reflejo de una luz,

pero cuando calló, quedó apagada, envejecida. En ese momento el avión volaba por un paisaje de tierras parceladas, cada franja de verdes, ocres o sienas distintos. Era un terreno sombrío y tierno a la vez, que recordaba a Van Gogh. Las alas del aparato vibraban, golpeando el viento con una avidez que hacía temblar su plateada contextura, y luego se elevaban en un nuevo desafío. Me pareció que volábamos sobre una pequeña hoja brillante y que hasta allá subían a perseguirnos, y nos acorralaban, el frío y la incomprensión de la tierra. Sobre mi pecho, el collar de granates me oprimía. Al fin dije, como si hablara sola:

—Poco después del matrimonio de Dora Ester, su marido la abandonó. Ella había regresado a la ciudad y esperaba un hijo. Debía trabajar duramente para sostenerse, pues Roberto no le daba dinero. Fue entonces cuando Liliana, que acababa de salir por segunda vez del manicomio y que se consideraba responsable de la desgracia de su amiga y la ayudaba en lo que podía, me la presentó una tarde. Dora Ester y yo simpatizamos y nos hicimos buenas amigas, pero nunca me habló de su pasado. De la frescura y el deseo de triunfar que había tenido, no le quedaba sino una sorpresa asustada. Un día me regaló este collar. Yo no quería aceptarlo, y le sugerí que obtendría algún dinero si lo vendía. La sola idea la ofendió. Dígame, Carlos: y la carta que recibió Sergio, el novio de Liliana, ¿no se supo quién la escribió?

—La única persona en la que no pensamos —me contestó—. El hombre que fue el primer amor de Liliana. Nunca había dejado de interesarse por ella, y cuando regresó al país y oyó sonar nombres de enamorados junto al suyo, se llenó de celos y se vengó.

Carlos permaneció callado un momento. Luego agregó:

—Un negocio me obligó a viajar a los Estados Unidos. Me encontraba allí, aproximadamente un año después del matrimonio de Dora Ester, cuando un presentimiento me hizo apresurar el regreso. Me parecía que algún ser querido me necesitaba o estaba enfermo, y temí que se tratara de mi madre. Cuando llegué la encontré bien, y, sin embargo, mi aprensión no desapareció. La noche de mi llegada me acosté muy temprano, pero no pude dormir. Yo no sabía que, coincidiendo con mi regreso, Dora Ester había sido internada en una clínica, situada precisamente en la misma manzana de mi casa. En esa clínica estuvo antes, en la época de nuestros primeros amores, para que le practicaran una sencilla operación de apendicitis, y entonces yo la visitaba diariamente. Le llevaba frutas, que partía en trocitos antes de poner en su boca. Pero desde entonces había pasado mucho tiempo. Esa mañana, cuando me levanté resuelto a consultar al especialista sobre el estado de mis nervios, encontré un aviso en la primera página del diario. Decía «Dora Ester de H*** entregó su alma al Señor».

»Aunque ella y yo nos habíamos separado y aunque todo estaba concluido, sin duda una parte de los dos seguía unida. Por eso, si yo me encontraba vivo, era absurdo pensar que ella no lo estuviera. Sin embargo, había muerto, y mi corazón, que presentía la desgracia, me obligó a regresar. Automáticamente me vestí de luto y me dirigí a la clínica, pero no tuve el valor de verla. Roberto se hallaba allí. Como no quería que llegara el momento de quedar cara a cara con él, después de un momento, hui.

»Ahora, ya lo ve usted. Soy un hombre que viaja, que se divierte y se interesa por los negocios y por el mundo literario. La mayoría de las veces no consigo reconstruir completamente la época de mi vida que le acabo de contar. Me

llegan retazos, y entonces casi me sorprende haber sido yo el protagonista. Pero hay momentos en que me basta oír el nombre de Dora Ester, para que se abra una puerta que me lleva al que fui antes y me parece que vuelvo a vivir de verdad. ¿Cuándo se abrirá de nuevo esa puerta? No lo sé, pero solo me queda la esperanza de que ocurra otra vez».

Las últimas palabras las dijo muy bajo. Yo no lo miraba porque sentía vergüenza de que aquella historia lo hubiera llevado a mostrármeme como era realmente, lo que rompía las convenciones con que estábamos acostumbrados a hablar y nos colocaba en una posición incómoda. Por fortuna, las luces del tablero del avión anunciaron que habíamos llegado a la frontera, y un momento después nos separamos.



CUENTO
DE NIÑAS



Cuando el grupo de niñas apareció en la puerta del colegio, la calle se llenó de color y vida, como si le hubieran regado flores. Nina marchaba en medio de sus condiscípulas Dora y Clara, y unos pasos más adelante caminaba Inesita. De pronto esta se detuvo y dijo con voz clara y cortante:

—Dora y Clarita: las invito a jugar a mi casa de muñecas.

Nina vio que sus amigas se adelantaban hasta que sus cabezas morenas quedaron cada una a un lado de la rubia de Inés. Con el contraste lanzaron chispas los bucles dorados que caían por la espalda de Inesita, cubriendo el irreprochable cuello blanco y parte del uniforme azul. Nina ignoraba por qué no la invitaba también a ella. A veces creía descubrir la razón de que sus compañeras de colegio la despreciaran, pero las ideas no se fijaban en su cabeza. Pasaban por ella como un torbellino, y su memoria se apresuraba a hundirlas en lo profundo de un pozo, de donde nadie sabía si las extraería luego.

Tenía la costumbre de apelar a distintos recursos a fin de que sus condiscípulas no pasaran a su lado como si no la vieran. Uno de ellos consistía en llevar bombones al colegio, que distribuía a la hora del recreo y que tomaba de las cajas que su mamá mantenía abiertas encima del tocador. Al ver los chocolates, envueltos en los incitantes trajes

dorados y plateados, hasta las muchachas grandes del sexto curso interrumpían sus interminables charlas y rodeaban a Nina, que adivinaba su avidez y disfrutaba un momento de su triunfo. Pero luego todas volvían a sus juegos, desdeñando aún más a la pequeña.

Las otras niñas relataban en el colegio lo que veían hacer a sus madres en la casa, y Nina permanecía callada. Su madre salía por las tardes, antes de que ella regresara del colegio, y no se levantaba temprano por las mañanas. No se vestían juntas, ni la acariciaba mientras le ponía las medias. Tampoco preguntaba qué notas obtenía Nina. El último mes le habían correspondido buenas calificaciones y se hallaba orgullosa de llevarlas a casa. Al imaginarse las felicitaciones que recibiría, experimentaba una inquietud terrible pero deliciosa, y la impaciencia la obligaba a correr. Al entrar en las habitaciones y encontrarlas vacías comprendió cómo desde un principio se había agazapado el miedo en medio de su felicidad. Esa noche no quiso jugar con las muñecas ni charlar con ellas, como hacía otras veces cuando estaba sola, y descubrió que en adelante el temor de que no se cumpliera lo que deseaba la acompañaría siempre, sin que pudiera evitarlo.

Cuando calculó que Dora y Clara habían regresado de la casa de Inesita, resolvió ir a visitarlas. Le encantaba conversar con ellas, como si a cada instante estuviera haciendo descubrimientos de la vida que debía comunicarles. Esa tarde, las tres se dedicaron a comentar la última conferencia que les había dictado la maestra en el colegio. Versaba sobre el tema del pudor, y la señorita Dominga recomendó a sus alumnas no usar descotes exagerados cuando fueran mayores. Luego les contó una historia muy bonita, en la que figuraba un gran rey que hizo desfilar a sus esclavas delante

de él y escogió como esposa a la que se mostraba más recatada. La convicción que demostraba la señorita Dominga al hablar se asemejaba a la que empleaba para explicar la regla de dividir, y las niñas la oían como si recibieran un apoyo. De haberse atrevido, Nina habría pedido a la profesora que contara muchas historias en la clase.

Las vocecitas de las niñas se mezclaban con sus risas y recordaban el gorjeo de una bandada de pájaros. De pronto se escuchó ruido de pasos y entró Inés al cuarto de juegos.

Con el pelo rubio y la piel blanca y fina, parecía hecha de una materia diferente a la de sus amigas, más rara y fría. Miraba a las personas mayores con una luz quebradiza en los ojos, como si pensara que era tan fuerte como ellas. Al ver a Nina, su cara se endureció. Dejó de ser la de una niña y se transformó en la de una mujer. Clarita propuso:

—¡Jugamos al ángel y al diablo?

—Sí, eso es —contestaron Dora y Nina.

Cada una debía escoger el nombre de una fruta, para que lo adivinaran san Miguel Dorado o el diablo con sus tenazas negras. Cuando ganaba el ángel, sobre el corro soplaba como un aire del cielo y el juego parecía mejor. Pero Inesita y Clara tardaban en iniciarlo, dedicadas a conversar en un rincón. Por fin exclamó Clara, dirigiéndose a Nina:

—Inesita dice que no juega contigo porque tu mamá hace mala vida y tú eres una «china»³.

Nina sabía que algún día rompería el jarrón grande de vidrio, con un barco pintado, que su mamá había llevado hacía poco a la casa y que apreciaba tanto. Mientras más se preocupaba por evitarlo, más sabía que se aproximaba el

.....
³ En Colombia, niña o muchacha. Algunas veces se usa con un matiz despectivo. (Nota de la autora).

momento de que ocurriera. Un día, el jarrón se haría trizas entre sus manos y ella sentiría lo mismo que ahora. Clara la miraba, confusa y arrepentida de sus palabras, e Inés sonreía provocadoramente para ocultar su turbación. Pero ya era tarde. Nina no tenía más remedio que huir: correr a esconderse en un sitio donde nadie la viera. Mientras iba por la calle en dirección a su casa, le parecía que la gente le gritaba: «¡China! ¡China!».

No se detuvo sino hasta llegar al cuarto pequeño, situado en el extremo del corredor que conducía al solar. Allí guardaba sus dos muñecos: Pepito, un bebé grande y sonrosado, de celuloide, al que le faltaba una pierna, y Judith, una muñeca negra de trapo. Sin saber por qué, Nina quería más a Pepito. Se dedicó a prepararle comida en una tacita de lata, mientras pensaba en lo mucho que le agradecería irse con sus muñecos, muy lejos, tal vez a la gran ciudad.

En las láminas de los libros había visto que la ciudad tenía inmensos palacios, arcadas de mármol y calles interminables y sombrías. Si se marchaba y no volvía al colegio, todos lamentarían haberla hecho desgraciada. Nina imaginaba sus reproches, pero no le importaban porque se hallaba en otra parte, en la gran ciudad.

De repente, creyó que caminaba junto con los dos muñecos por una avenida que sombreaban árboles altos y frondosos. No sabía a dónde dirigirse, pero al cruzar una esquina, vio a un negro que le hacía señas. Al observar la sonrisa blanca que le iluminaba la cara, Nina comprendió que no le causaría el menor daño. Entonces el negro le dijo que se hallaba encargado de conducirla al palacio del rey, para que presenciara el desfile de las esclavas.

En el sitio donde se encontraba aparecieron, dibujadas en el aire, las escalinatas del palacio. Nina tomó en sus

brazos a los muñecos y subió valientemente por ellas. Enseguida llegó a un salón espacioso, sostenido por columnas delgadas, de capiteles floridos. Mujeres envueltas en túnicas se hallaban pintadas en las paredes y del cielo raso colgaban cristales de colores, que eran mil lámparas. El trono estaba en medio del salón, y allí se sentaba el rey, con la señora Dominga a su derecha. Cuando ambos vieron entrar a Nina, dieron una señal y el desfile empezó.

Se abrieron las puertas del fondo y salieron una por una las esclavas. Llevaban instrumentos de música de raras formas en las manos, y sus trajes consistían en velos de colores cambiantes, imposibles de definir. Su marcha se parecía a una danza silenciosa. El rey, que tenía la mirada profunda y penetrante de los jueces del pueblo pintados en el libro *Historia sagrada*, bajó de su trono para escoger a la esclava más púdica. Entonces una de ellas, que era muy hermosa, elevó su manto flotante para cubrirse los senos desnudos, y el rey la eligió. Las trompetas del palacio sonaron y la señorita Dominga hizo signos de aprobación con la cabeza. Solamente Inesita, que había aparecido detrás de una columna, gesticulaba como si estuviera enojada.

Después de la fiesta de bodas, Nina salió a dar un paseo por el campo, siempre en compañía de Judith y Pepito. Estos se habían convertido en seres vivos y hablaban, pero, desgraciadamente, Pepito seguía cojo. El campo se hallaba cubierto de flores: margaritas blancas y amarillas, amapolas rojas y miosotis azules. Allí llegaron todas las amigas de Nina. La negra Judith insinuó que jugaran al ángel y al diablo, eligiendo esta vez nombres de flores. Dora, Inés y Clara aceptaron sin discutir y tomaron de la mano a Nina para formar una ronda.

En ella, cada niña tenía su puesto y ninguna pensaba en despreciar a las otras. Unidas por la cadena que tejían sus

Ángela y el diablo

dedos, se olvidaban de sí para admirar el espectáculo que presentaba la pradera. La ronda giraba y no se interrumpía nunca. Entonces Nina, que seguía encerrada en el cuarto oscuro, se sintió feliz, muy feliz.





EL FANTASMA



Todos debían hallarse dormidos en la casa, menos María Fernanda, que velaba, aunque se había acostado temprano con la intención de descansar un poco antes de que él llegara. Cuando él iba a visitarla tenía la costumbre de hacerlo al filo de la medianoche. Antes de ese momento ella habría podido, pues, dormir una o dos horas. Pero no había pegado los ojos a causa de su inquietud. Siempre le ocurría igual. Deseaba que él entrara, saltara rápidamente por la ventana que ella le acababa de abrir y se arrojara en sus brazos; pero, al mismo tiempo, nada en el mundo era más temible que eso.

Cuando él se hallaba en la habitación, el aspecto de las cosas cambiaba. Parecía que su presencia encendía una gran luz y que ella veía claramente lo que debía hacer. Luego se marchaba y ella quedaba ofuscada, débil y entontecida, como una persona que ha sido encandilada. En la habitación permanecían los muebles que conocía tan bien: la lámpara con sus tres brazos, las sillas desordenadas, los pomos del tocador y los libros de la biblioteca, sobre la cual se encontraba un busto en mármol de Dante, que miraba desolado bajo su corona de laurel. Pero antes estaba él allí y cada cosa parecía vivir porque la miraba.

Si María Fernanda quería volver atrás la imaginación para recordar cómo ese hombre, al que conocía desde mucho

tiempo antes y con el que no la había unido durante años más que una tranquila amistad, empezó a introducirse de noche en su casa, convirtiéndose en su amante, tenía que reconocer que ella misma era la culpable. Un día, cuando se hallaba con él y otros amigos, dijo en voz alta que aquella ventana de su habitación se encontraba casi a nivel del piso y que era muy fácil penetrar el jardín del chalet por la puerta de la verja, que no ofrecía resistencia a un simple empujón. Su voz sonaba inocente y sin doble intención, pero María Fernanda estaba segura de que él comprendía lo que insinuaba. Que lo hiciera, formaba parte de un pacto que nunca habían celebrado, pero que existía entre los dos y los convertía en aliados, pendiente cada uno de los movimientos del otro para armonizarse con ellos y presentar un frente común. Esa tarde él no le contestó nada, pero, a la noche, ella lo esperó por la primera vez. Cuando iban a dar las doce oyó en el vidrio de la ventana tres toques breves, rápidos, imperiosos. Y enseguida se levantó y abrió.

¿Por qué obraba en esa forma, ella, que era una hija de familia, de buenas costumbres? En su caso le inculcaron nociones muy claras sobre la virtud. Nunca había visto ningún mal ejemplo. Si su padre o su hermano le preguntaran el motivo que la inducía a abrir la ventana por la noche, María Fernanda seguramente tendría que permanecer muda y mordiéndose los labios. Tres meses antes le habían propuesto matrimonio. Se trataba de un hombre joven y de buena posición económica, quien le habló de marchar con él a vivir a otro país, donde había uvas y jardines que unas veces se hallaban cubiertos de hojas y pintados de colores, y otras, desnudos y con las ramas quemadas, porque era un país de estaciones. Allí vivirían sin lujo, que María Fernanda no deseaba porque lo consideraba incómodo, pero con orden y

limpieza, y ella, al levantarse cada mañana, encontraría una mano que estrecharía la suya para comunicarle calor durante el resto del día. Pero María Fernanda sabía que si se casaba con él, lo vería siempre dando vueltas ávidas en torno suyo, porque necesitaba de la aprobación de otro para sentirse fuerte. Cuando iba de visita y se quedaban solos, se producían largos silencios. Ningún tema de conversación surgía espontáneamente entre ambos. María Fernanda debía escoger cada uno escrupulosamente en el fondo de su cabeza y aderezarlo con cuidado antes de exponerlo. Luego languidecía porque resultaba insípido. Cuando él le preguntó de nuevo si sería su esposa, ella le contestó que no se casaría nunca.

En cambio, con el amigo que se deslizaba dentro de su habitación como un fantasma, ¡cuánto le gustaba conversar! ¡Cuánto hablarían ambos si no fuera por el miedo de que los escucharan! Al revés de lo que sucedía con el otro, junto a este era ella la que tenía miedo, y necesitaba que él lo disipara con el sonido de su voz. La carga del miedo la oprimía constantemente. Temía perderlo, y por eso, delante de él frenaba sus deseos y nunca podía mostrarse exactamente como era. Para librarse, había llegado hasta querer que él no volviera a verla. Sin embargo, cuando lo decía con más vehemencia, se hallaba segura de que acudiría sin falta a la cita. Si tardaba, se arrojaba sobre la cama y se sentía desgraciada.

La lucha entre su miedo y su deseo terminaba por darle al último la victoria completa. Todo lo hacía para él, para el momento en que se hallaban juntos. Cuando se iba y ella se miraba al espejo, se alegraba del cuidado que había puesto en arreglarse, conservando una apariencia de desaliño. ¿Qué importaba que se tratara de un amor sin porvenir, que perdiera el tiempo, que después ni ella misma entendiera por

qué lo había hecho? Antes de que empezara todo, ya sabían los dos que ocurriría. En esos días no eran más que amigos de veras, pero, cuando estaban juntos, sentían el juego de sus manos que pugnaban solas por acercarse. Desde entonces no hicieron sino esperar que ese momento llegara.

Hacía mucho que el reloj de la iglesia había dado las doce y no se escuchaba el menor ruido en el jardín. Nunca había tardado tanto tiempo. Si no llegaba en ese momento, no iría. De la casa de María Fernanda a la de él existía un largo trecho que le llevaba bastante tiempo recorrer. Por eso escogieron las doce como la hora más conveniente para sus citas. Después se hacía demasiado tarde.

Debía habersele presentado algún inconveniente. La culpa no sería de él y así se lo explicaría al otro día. ¿O sería su incumplimiento el primer síntoma de que empezaba a cansarse de ella? Siempre era lo mismo. Las mujeres debían estar preparadas para que eso ocurriera. Pero ¿si le hubiera pasado algo realmente, si hubiera sufrido un accidente? María Fernanda imaginó lo que sucedería si él muriera. De repente la vida perdería su razón y giraría en vueltas locas. Antes que eso deseaba morir ella. Entonces él, cuando estuviera con un libro en la mano, cerraría los ojos y la recordaría. Creería que la vería de nuevo y reconocería que era gentil. Aunque después se enamorara de otras, su universo interior empezaría a poblarse de sombras y se daría cuenta de que se hacía viejo.

Tenía, decididamente, una imaginación absurda. Por pensar en lo que le ocurriría a él cuando envejeciera, no había dormido ni se daba cuenta de que era la una. Quizá la una y media, porque acababa de sonar solamente una campanada, que lo mismo podría ser de la hora que de la media. ¡Cuánto sentía que no hubiera ido a visitarla esa

noche! A veces, cuando la abrazaba, le parecía que subía a una litera brillante. Se imaginaba que volvía a ser una niña pequeña. Oía golpear en la puerta de la pensión de familia barata donde vivía entonces, y un mensajero le entregaba una gran caja de la que salía una muñeca. Los bracitos de pasta se tendían hacia ella. Era una muñeca muy cara, con traje de fiesta y pelo dorado y suave, que se hallaba exhibida en un escaparate grande como un salón, donde todos los objetos parecían hechos exclusivamente para sentir el roce de manos blancas y cuidadas. Cuando María Fernanda se hizo mujer, no le fue posible olvidar a la muñeca que no pudo ser suya, y le quedó una carga de tristeza en los ojos, que se hacía más visible cuando parpadeaba y casi los ocultaba la sombra de sus largas pestañas. Había cumplido quince años y la empezaban a invitar a reuniones con muchachos y muchachas de su edad. Pero ella no tenía nunca el traje que soñaba, de encaje color de coral. En cambio, llevaba uno verde, de falda estrecha y pasado de moda, y se escondía detrás de sus amigas, deseando que ninguno la viera para invitarla a bailar.

Todo lo que le había hecho falta en la vida a María Fernanda, como la muñeca y el vestido de encaje, creía que él se lo daba cuando la abrazaba. Era solo durante un momento. Pero era por ese momento por el que ella le abría la ventana.

¡Si al menos no pensara más y se durmiera! Había sido una idiota al sacar esa mañana de su pieza el frasco con las gotas narcóticas y pasarlo al botiquín del cuarto de baño. Ahora no quería ir a buscarlo para no correr el riesgo de despertar a toda la casa. Se hallaba segura de que no pegaría los ojos en el resto de la noche. Se levantaría por la mañana pálida, demacrada, con grandes ojeras. Cuando se encontrara con él, la miraría compasivamente. Estaba persuadido

de que ella lo esperaba siempre. Habría deseado hacer cualquier cosa para demostrarle que no era así.

Pero ¿no se oía un ruido que venía de la ventana? Sí. No podía haber duda de que acababa de escuchar en ese mismo segundo los tres golpecitos de costumbre. Habían sido unos golpes suaves, casi imperceptibles, y, no obstante, nítidos, enérgicos, precisos. Parecía que se quedaban resonando en el aire. María Fernanda saltó de la cama y se puso la bata. Se movía rápidamente y, mientras se acercaba a la ventana, imaginó al hombre que la esperaba del otro lado, impaciente, como siempre que ella tardaba. Corrió suavemente la falda y abrió el postigo. La noche la esperaba allí, llena de ruidos como una selva, pero él permanecía mudo, no la saludaba siquiera. María Fernanda pensó que no hablaba por precaución. De todos modos, era un exceso. Podía decirle dos palabras en voz baja.

Lo asombroso consistía en que tampoco hacía ningún movimiento para entrar. María Fernanda percibía únicamente su respiración anhelante y cálida, que caía sobre ella mientras se inclinaba para abrir por completo las hojas de la ventana.

De repente creyó que la noche se había inmovilizado para mirarla en la ventana, y tuvo miedo. Le pareció que su amigo escapaba, que escapaba para siempre, y extendió las manos a fin de retenerlo. Pero no había nadie en la ventana. Las manos de María Fernanda solo tocaron el viento.



CUENTO DE
BANDIDOS



El corredor enladrillado conducía a un patio de piso de tierra, sembrado de duraznos, naranjos, un aguacate, veraneras y azucenas rosadas. Cuando el sol salía bañaba todo eso y a una muchacha, Verónica, vestida con la falda negra de las campesinas y blusa de olán, blanca y descotada. Verónica miraba cada mañana el cerro que sobresalía frente a la casa, cayéndole casi encima. Era una masa oscura, cortada a pico y amenazante, que el sol de la mañana no lograba penetrar ni dorar. El pueblo lo sentía presente a cada hora, como una mirada. En cambio, el cerro más pequeño y de inclinación suave que se hallaba al oeste, parecía azul y rosado a esa hora. Verónica pensaba en lo que ocurriría detrás del monte Negro, donde se encontraban los hombres que habían salido del pueblo, armados y con las miradas dirigidas al suelo, sin que ella ni ninguna otra mujer pudiera seguirlos. Hacía varias semanas que habían partido. Desde entonces se encontraban semiabandonados los campos, y las muchachas, despeinadas y con los ojos medio dormidos, pues nada les interesaba. Verónica creía que detrás de los cerros todo debía ser distinto a como era en el pueblo. Allí acababa lo que conocía y comenzaba otra cosa. O, quizá, sería lo mismo.

Desde la puerta de la casa veía la calle que subía empinada, de modo que las casas a lado y lado parecían estar

siempre en marcha, como ovejas que escalan un monte. En otro tiempo, a esa hora pasaban por la calle un hombre y una mula, y el hombre le decía a Verónica «buenos días». Luego amarraba la mula al clavo que sobresalía de la pared de enfrente, decorada con buganvillas rojimoradas. El objeto de hacerlo consistía en que deseaba que el animal permaneciera atado, mientras él entraba a la tienda vecina a beber su trago de aguardiente para comenzar el día. Luego principiaban a bajar del lado del cerro del oeste las campesinas que iban a oír misa. Llevaban sombreros de jipa y se envolvían en anchos pañolones negros con tejidos de macramé. Pero ya no venían el hombre ni la mula, y tampoco bajaban las campesinas.

Verónica empezó a limpiar el polvo acumulado en los muebles de la sala, en las patas de bronce dorado de los portarretratos que se hallaban sobre las consolas y en las caperuzas de vidrio de las lámparas. Parecía que aquellos objetos habían permanecido siempre en los mismos sitios y que de allí no se moverían nunca. El reloj daba con parsimonia las horas desde su caja de madera, pero Verónica no tenía la sensación de que el tiempo corriera. Se imaginaba hallarse dentro de un círculo. Cuando pasaran muchos días, todo volvería a comenzar, y otra Verónica, parecida a ella y con una blusa exacta de olán, sacudiría el polvo de las mesas y se intrigaría con la pregunta de lo que ocurría detrás de los cerros y entre la caja de madera del reloj. ¿Sería cierto lo que afirmaba la gente, sobre que los hombres que se refugiaban en los cerros proyectaban bajar a saquear y arrasarse el pueblo una de esas noches? Era imposible. El pueblo tenía que seguir igual a como lo habían conocido todos.

Desde el patio llegaban hasta ella las voces de su madrina Celia y de Luisa, la vecina.

—Será bueno avisar a Cándida para que nos ayude a meter el maíz en los depósitos de la casa grande —dijo Luisa.

—No —contestó Celia—. Dejémoslo donde ha dicho Belencita. Ella está bien con los mandones del pueblo y no le pasará nada al grano.

—Pero ¿y si esta noche sí bajan los bandidos del monte?

—¡Que Dios y María Santísima nos protejan! —contestó Celia.

Cada familia poseía un pedazo de tierra donde sembrar, pero ahora a las mujeres les tocaba entenderse solas con el ajetreo del campo, como hacía Celia. Cuando ocurrió el primer crimen, en la cima del monte Negro, unos hombres hablaron con otros y después quedaron pálidos y vibrantes, como si estuvieran borrachos. Entonces resolvieron vengar el crimen y subieron al monte, pero no habían podido regresar porque en el pueblo los esperaban a ellos. Vagaban en cuadrillas por las montañas, siempre formando un anillo alrededor de la población. Otros hombres salían silenciosamente de sus casas en las madrugadas y marchaban a agregarse a la partida. Se temía que cualquier día cayeran juntos monte abajo. Nadie pronunciaba sus nombres sin sentir frío por dentro, como cuando se hace algo prohibido, pues ya no eran los mismos campesinos que salieron del pueblo. Perseguidos como fieras, con la barba crecida y los ojos iluminados por la fiebre, habían aprendido a robar y matar.

En las calles y en las cantinas, apenas se reunían los que vivían en el pueblo con los que llegaban del campo, los unos decían palabras que los otros consideraban ofensivas. A veces, en respuesta, un tiro silbaba por los aires. Un día fue muerto Jorge, el hijo único de Celia, que ella pensaba casar con Verónica. Cuando le avisaron que lo acababan de encontrar estirado sobre las piedras de la calle, Celia fue al

sitio del crimen, caminando tan despacio y silenciosamente que parecía que no pisaba el suelo. Las gentes que rodeaban el cadáver haciendo círculo, tenían la misma cara que se les veía el Viernes Santo. Era una mezcla de miedo, remordimiento y, también, deseo de más sangre. Bajo los sombreros de jipa o los pañolones de lana, los ojos negros se les habían agrandado. Les daban vueltas en las cuencas o se les quedaban quietos, como si se hubieran dormido.

Celia cerró los ojos de Jorge, le cruzó las manos sobre el pecho y le hizo una gran señal de la cruz. Luego lo dejó allí para que lo cargaran. Al muchacho, la sangre que le salía de la cabeza le endurecía cada rizo del pelo, lo mismo que si se untara de miel.

Cuando Verónica abrazó, llorando, a su madrina, recordaba que Celia le había dicho:

—¡Bendito sea Dios, porque no me mataron a Jorge en el monte Negro! Así no me pasará lo mismo que a las otras, que no saben dónde están enterrados sus hijos, y podré ir al cementerio a rezar.

Verónica terminó perezosamente de sacudir el polvo de las consolas. Luego oyó que llamaban a la puerta y corrió a abrir. Era el alcalde del pueblo, quien preguntó por Celia.

Como los demás, el alcalde poseía su terreno en los alrededores. En otra época visitaba frecuentemente a Celia, y después de conversar con ella a medias palabras sobre la cosecha de maíz o la cría de las ovejas, los dos permanecían callados largo tiempo, cargados y trémulos por los misterios del campo. Sentados en la sala, miraban los retratos del abuelo y de la abuela de ambos, pues eran primos, pintados en lienzos oscuros con marcos de madera. La sala siempre se hallaba en penumbra; en el patio picoteaban las gallinas y el reloj daba las horas sin objeto,

porque ninguno pensaba en levantarse. Después de un rato, el alcalde preguntaba:

—Dígame, prima: ¿es cierto que piensa casar a su ahijada con Jorge?

Hoy era otra cosa, aunque el alcalde y Celia se hallaban sentados en la sala, como antes. A ambos les parecía que allí había una persona más que daba vueltas por el cuarto. Debía ser el muerto. Los muertos no poseían nada, pero tampoco se marchaban de los sitios que conocieron en vida. Desde que era niña, Celia sabía que los espíritus de los hombres que caían hacia delante y con sangre en los ojos, se quedaban durante mucho tiempo vagando por la Tierra.

—Prima —dijo resueltamente el alcalde—, si es verdad que los bandidos bajan esta noche del monte, hay que defender el pueblo. Dígame si es cierto que vendrán.

—Yo no sé —contestó Celia—. No salgo de la casa sino para ir al cementerio.

—Pero mi sobrina Belén vio ayer a Verónica subir por los lados del monte Negro. Ella debe saber. Pregúntele.

Celia no respondió. Permaneció callada, sin que nadie supiera qué pensaba. El alcalde aprovechó el silencio para decir:

—Usted sabe que yo no tuve nada que ver en la muerte de Jorge. Yo quería al muchacho. Fue una desgracia. No me guarde rencor.

La vieja trenzaba y destrenzaba los flecos de la silla. Por fin dijo:

—Antes, Verónica salía a pasear por el alto de la cruz con su novio, que era Jorge.

Se veía que las palabras le dolían, pero que consideraba una especie de homenaje al muerto pronunciarlas. Al cabo de un instante continuó:

—Ahora la pobre anda sola por las laderas del monte, para distraerse. Pero no va lejos y no se encuentra con nadie.

La cara del alcalde se había puesto oscura. Dijo con voz cambiada y triste, como si tuviera que ofender a pesar suyo:

—Si no quiere contestar lo que le pregunto y esta noche vienen los bandidos, que estaban en complicidad con Jorge, lo sé muy bien, entonces, ¿será peor para todos nosotros!

No agregó nada más. Se puso en pie y caminó rápidamente a lo largo del corredor, hacia la puerta. Cuando Celia quedó sola, se dio cuenta de que había estado esperando desde hacía mucho tiempo que sucediera una cosa y que esta acababa de pasar.

—¿Qué ocurrirá esta noche, Dios mío? —dijo a Verónica, que había escuchado la conversación detrás de la puerta—. El alcalde tiene miedo —añadió—, y nosotras no somos sino dos mujeres solas.

La estaba mirando a los ojos y recordó lo que le había contado su primo. Entonces, ¿era cierto que su ahijada había olvidado a Jorge y se citaba por las tardes con uno de los hombres escondidos allá arriba? Verónica acababa de bajar vivamente la cabeza y se había puesto a podar una planta, como si deseara que la vieja se desentendiera de ella.

A medida que transcurría el tiempo, parecía que la casa despertaba de su silencio de siglos y se preparaba para un cambio. Poco a poco los objetos perdían su nitidez, como si fueran a esfumarse. El reloj se veía solemne y con la conciencia de desempeñar un papel decisivo, cuando sus manecillas señalaran una hora que llegaría pronto. Los ruidos de cuanto se movía en el campo crecían en el atardecer y hacían soñar con el mar. Cuando oscureció por completo, Celia dijo:

—Esta noche hay que trancar bien la puerta.

Desde la cama, Verónica vio la sombra de su madrina oscilar por la pared del corredor, haciéndose unas veces enorme y otras enana. Iba camino al patio, con un vaso lleno de agua en la mano. Siempre que la vieja se marchaba a depositar el vaso en el sitio donde empezaban las gradas que bajaban al patio, Verónica se encogía en la cama, porque la asustaba estirarse. Celia regresó a la alcoba, murmurando con una voz que no parecía la de ella:

—Si el alma de Jorge viene esta noche al jardín, encontrará el agua y la beberá. Después podrá descansar en paz.

Reinó en la casa un silencio tan grande, que el ruido producido por el más pequeño movimiento crecía, hasta cobrar una repercusión asombrosa. Verónica sentía frío en la cama, igual al que le circulaba por el cuerpo cuando tenía que ponerse el par de zapatos nuevos, que le apretaban. En una bocanada entró en la habitación el perfume de los azahares del patio, tan dulce que dolía, y la gran hoja de una begonia osciló suavemente. Pero Verónica no la vio.

Celia se había quedado dormida.

Entonces se oyó el ruido de pasos por el corredor.

* * *

A la mañana siguiente el patio resplandeció otra vez con la luz del sol. Celia encontró derramado sobre las gradas el vaso de agua. Había rastros de pisadas en la tierra y el tallo de una azucena se hallaba tronchado.

No existían otras huellas de que gente extraña hubiera entrado a la casa por la noche, pero Celia no lo dudaba. Cada cosa presentaba un aspecto nuevo, como después de que ha ocurrido algo o ha llovido. Verónica no se encontraba

en la cama. Por las laderas del monte repercutía su nombre al llamarla «¡Verónica!».

Había huido con los bandoleros que llegaron del monte para llevársela. Solo por eso ellos querían bajar al pueblo. La vieja estaba segura, como si los hubiera visto la noche anterior entrar a la casa por el camino que empezaba al borde del patio. Sabía que su ahijada aceptaba el peligro a cambio de compartirlo con el hombre que amaba. Ahora se encontraría con él, muy lejos y a la vez muy cerca, en el monte, frente a frente.

Cuando levantó los ojos para mirar el monte Negro, Celia se dio cuenta de que aquella mañana había cambiado de aspecto. Brillaba, dorado por el sol, como no recordaba que nadie del pueblo lo hubiera visto jamás.



UNA CITA EN EL
BANCO DEL PARQUE



A María Guerrero Palacio

Cuando me encargué de dirigir la sección media del Instituto Politécnico, las otras maestras, mis colegas, se apresuraron a informarme sobre los antecedentes de las niñas que yo debía cuidar en adelante. La mayoría de los datos que me dieron eran de esperar, dados el clima ardiente que soportábamos y la edad de mis discípulas. Algunas niñas se mostraban anhelantes y nerviosas, como si aguardaran la llegada de algo o de alguien. A otras, el crecimiento y la falta de buena alimentación las habían debilitado y era de temer que se hallaran en estado pretuberculoso. Decidí prestar atención preferente a estas, aunque, fuera de las visitas reglamentarias del médico oficial, poco podía hacer para mejorar las condiciones antihigiénicas de sus casas y el nivel de sus comidas. Pensaba que yo no sería para ellas la ayuda que se habían imaginado, y me ruborizaba de antemano la idea de devolverles tan poco a cambio de los esfuerzos que hacían para progresar en sus estudios, cuando la más joven de las profesoras me distrajo de mis pensamientos con la siguiente historia:

—Como tú sabes, yo estuve encargada, hace algunos meses, del curso que ahora te toca dirigir a ti. Una de mis alumnas, llamada Lucía, de alrededor de catorce años, pálida y delgada, como la mayoría de nuestras niñas a esa edad, me preocupaba porque había crecido demasiado y temía que

estuviera volviéndose tuberculosa. Lucía se distinguía entre todas las alumnas como una de las más inteligentes y capaces, y aunque las maestras en realidad nunca sabemos nada del alma de las niñas que se mueven todo el día delante de nuestros ojos, yo creía a Lucía igual a las demás, con los intereses y las puerilidades propias de sus años. Pero un día una de sus compañeras me entregó un paquete de cartas.

»Habían sido encontradas en el suelo, al pie del pupitre que ocupaba Lucía. No cabía duda de que eran escritas por ella, pues se trataba de su misma letra. La conocía muy bien, y ni siquiera necesité compararla con la de sus cuadernos de deberes. Las cartas se hallaban escritas en un papel especial, grueso y de color azul. Eran cartas de amor, tan apasionadas como pueden serlo las de una mujer que ha vivido mucho. Nunca las he destruido. Aquí están».

Mi colega sacó de una cajita unas cartas, efectivamente escritas en papel azul. Enseguida me leyó estos trozos:

«Estaba segura de que ayer te habías acordado de mí. Lo sabía desde antes de que nos viéramos en el parque y me lo dijeras. Siempre que me recuerdas, una voz se despierta dentro de mí en cualquier parte donde me encuentre. Entonces te me acercas y es como si estuviéramos sentados en nuestro banco. Yo te pienso cuando ocurre algo que quiero contarte, cuando leo versos. Nada vale la pena si lo vivo yo sola. A veces, cuando estoy pensando en ti, de repente olvido las palabras y no veo sino una nube roja. Entonces no quiero sino estar en tus brazos y que me abrigues y me beses».

Una de las cartas debió ser escrita después de una disputa:

«Estoy triste. Tú te habías puesto nervioso ayer. Te ocurría algo y yo no supe entenderlo. Si pudiera repetirse ese momento, entendería. Si quieres, nunca más volveremos a torturarnos con nuestras estúpidas discusiones. Solamente por decírtelo me siento mejor y contenta. Mañana en el parque verás tú mismo lo que he cambiado. Te repetiré que eres lo más importante para mí, tan importante como respirar. No lo olvidaré nunca más».

Enseguida venía otra, escrita después de que los novios se habían reconciliado:

«Me encuentro serena y casi feliz. Es muy dulce un acuerdo contigo, y sé que preservaremos el que ahora hemos hecho. Ayer pudimos por fin conversar de verdad. ¡Hacía tanto tiempo que no lo conseguíamos! Fue como si volviera a saber que tú existes y que yo existo también».

Había una larga carta, que correspondía a una ausencia prolongada:

«Desde lejos vivo contigo, amor mío, y te hablo de lo que sucede y de lo que pienso. Tú eres el único que entiende cada palabra mía en el sentido en que yo la digo. Hace mucho tiempo, sin embargo, que no me escribes. ¿Por qué? Yo imagino una carta para ti cada mañana, cuando despierto, y otra por la noche, cuando releo las que tú me escribías antes. Me gustan hasta los sobres en que pusiste mi nombre. Cuando oigo que alguno de nuestros amigos habla de ti, creo que eres tú mismo que llegas a contarme un secreto. Pero mi cuerpo

no entiende tu ausencia y te busca en todas partes. Debe ser una cosa maravillosa verte, estar contigo, tocarte una mano. Imagino que ahora tendré rivales...».

Al terminar de leer, la otra profesora me dijo:

—Supuse, como era natural, que Lucía había copiado esas cartas de alguna novela. No era un ejercicio recomendable para una niña, pues no haría sino inflamarle la imaginación; pero, en realidad, tampoco se trataba de una falta demasiado grave. Resolví llamarla al terminar la lección, para aconsejarla y prohibirle que en adelante lo repitiera. Pensé también en hablar con la madre, aunque generalmente las madres demuestran tal falta de criterio en casos como este que su intervención resulta contraproducente.

»Cuando le señalé el paquete de cartas, Lucía enrojeció, pero luego me dijo desafiante: “Son mías y usted no tiene el derecho de leerlas”. “¿Quieres decir que verdaderamente tú las has escrito y que te encuentras con un hombre, por las tardes, en un banco del parque?”. “Sí”, me contestó con la misma expresión envalentonada y hasta creo que con un matiz de alegría en la voz.

»Me quedé tan sorprendida que no supe qué decirle. Como maestra, debía aconsejarla; pero no encontré palabras que emplear ante una pasión tan desbordada y precoz. Aquellas cartas no tenían nada de la inocencia con que las niñas por primera vez hablan del amor. Lucía debía haber pasado por experiencias inconcebibles en una niña de catorce años. Mi deber consistía en dar aviso a los padres, alejarla de la compañía de las demás niñas, expulsarla del colegio...

»Pero, más que indignarme, me entristecía el caso de mi alumna. Había sido muy buena e interesada en las clases.

Algún hombre sin moral debía estar aprovechándose de ella... Temblé, pensando en lo que se hallaba al borde de que le ocurriera, y esa misma tarde la llamé y le dije: “Prométeme que no volverás al parque, Lucía. ¿Es que has olvidado tu deber y no te das cuenta de las consecuencias que puede tener para ti lo que haces? Si ese hombre no se casa contigo, ¿qué otro querrá casarse después? Veo que debo hablarte como a una mujer. Te expones hasta a tener un hijo...”. “No me diga eso”, me contestó con cara de fierecilla acorralada. “Bien”, le dije. “Llamaré a tus padres y a la directora del colegio. No puedes continuar aquí”.

»Pasé una tarde de preocupación en que no pude pensar sino en Lucía. Me turbaba, sobre todo, la idea de que una de mis alumnas, sentada, como todas, enfrente de mí y dedicada en aquel momento a copiar el dictado, tuviera pensamientos tan ajenos a las palabras sencillas y candorosas que escribía. Si ella era así, ¿cómo serían las demás? Cuando sonó la campana para salir del colegio, me fui detrás de Lucía, sin que se diera cuenta.

»Inmediatamente tomó el camino hacia el parque. Demostraba prisa y caminaba muy rápido, de modo que me costaba trabajo seguirla. Al llegar, avanzó por un sendero que parecía conocer muy bien y se sentó en un banco, medio oculta entre los árboles. Era un sitio encantador y a propósito realmente para que se encontraran dos enamorados. Resultaba raro que en nuestra ciudad, tan comercial y ruidosa, existiera un parque como ese, abandonado y convertido por el mismo descuido en un sitio precioso, donde crecían mezclados cien árboles de tierra caliente, desde los pomarrosos hasta las moreras, exóticas y de grandes hojas. Los bichos salían despreocupados a las ramas a tomar el sol. Yo me deslicé muy despacio detrás de Lucía y logré colocarme en un lugar estratégico. Pensaba asistir desde allí a la llegada del

hombre que ella esperaba y que la había seducido, y formarme por su cara una idea de él antes de hablarle. Porque eso era lo que había decidido hacer.

»Pero corría el tiempo y el hombre no se presentaba. Lucía continuaba esperando en el banco, tranquila, pacífica y sin dar la menor señal de impaciencia. Al cabo de un rato sacó de su maleta de colegiala una hoja del papel que yo conocía ya, azul y fuerte, y empezó a escribir.

»Llevábamos más de una hora en el parque. Principiaba a refrescar la temperatura y oscurecía ya. Entonces, Lucía dobló la hoja de papel que había escrito, la guardó en su maleta y se levantó. También la seguí. Esta vez se dirigió a su casa.

»Durante una semana la seguí todas las tardes al parque. Jamás se encontraba con nadie. En ese tiempo realicé averiguaciones discretas en el barrio donde vivía y con las personas de su familia. Todos coincidieron en decirme que nunca la habían visto acompañada por ningún hombre y que su conducta era irreprochable. Como empezaban a abultar en su maleta las nuevas cartas que había escrito, un día me acerqué a ella en el colegio y le dije: “He esperado hasta ahora que vuelvas en ti. Pero si no me aseguras que desde hoy no irás al parque a entrevistarte con ese hombre, no podré seguir siendo bondadosa contigo. Eso crea una especie de complicidad entre ambas, y mi conciencia me acusa. Te expulsarán inmediatamente del colegio”.

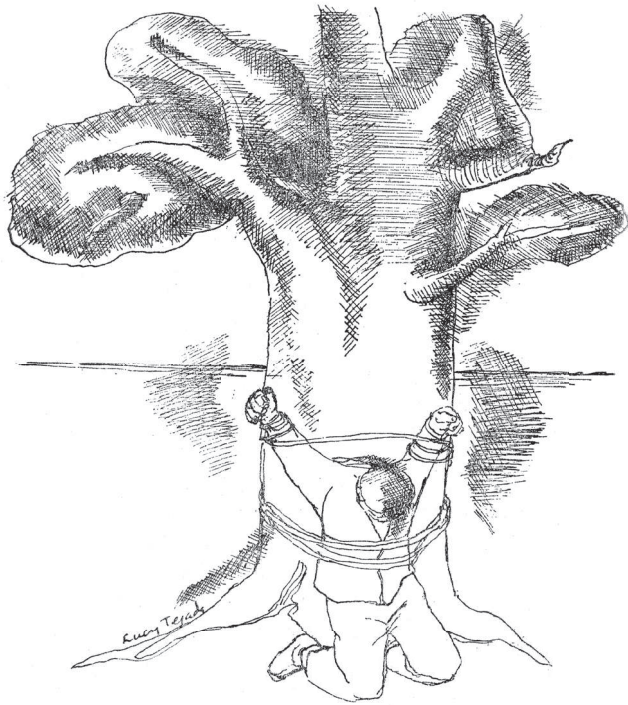
»Se echó a llorar delante de mí sin contestarme una palabra, pero a la hora de la salida tomó de nuevo, ostensiblemente, el camino del parque.

»Allí, mientras caían los últimos rayos del sol sobre su carita pálida, escribía las cartas que no recibía nadie».





EL JOROBADO



A las cuatro de la tarde el llano parecía un mar verde y amarillo, y la brisa formaba olas que venían de muy lejos y agitaban los tallos. Se escuchaban ruidos, entrecortados y cautelosos, como si alguien caminara entre los maizales. Las bocanadas de aire que envolvían a los peones los hacían sentirse liberados de algo que los había oprimido mientras trabajaban durante el día. Imaginaban que flotaban en el viento o viajaban por el mar y conocían países exóticos, donde la vida era dulce.

En medio de la vega, y rodeado de tierra verde por todos lados, el hato de don Fernando parecía una isla, y así se llamaba. Tenía una casa grande de dos pisos, construida en adobe, adonde entraban por la tarde los peones a beber café y charlar con María, la cocinera y la única entre todos que conocía al patrón y hablaba con él. Los peones le preguntaban:

—¿Es cierto que don Fernando tiene la cara cubierta de llagas, que no se le cierran por más que se baña con agua de verdolaga por las noches?

O también:

—¿No será que sufre de una enfermedad contagiosa y se esconde para que no averigüemos la verdad?

Pero María les contestaba:

—No sean malpensados. Don Fernando es un hombre sano, como nosotros. Lo único que le pasa es que se desgració desde que era chiquito.

Los peones no se atrevían a contradecirla. María representaba para ellos un poder que se encontraba por encima y que no convenía desafiar. No era solamente la persona de confianza del patrón. También se hallaba en relación con los espíritus sobrenaturales del llano, quienes la asistían para curar a los enfermos y descubrir en dónde se encontraban las reses extraviadas. Ella poseía huesos de bufeo para las mujeres que daban a luz, hojas de gualanday para aliviar los dolores y amuletos y fórmulas mágicas. Podía recitar las oraciones milagrosas que sacaban los gusanos al ganado, y leer, sin fijar la vista en el papel, las cartas de amor que recibían las muchachas. Pero, a pesar de su sabiduría y de su poder, «la Médica», como la llamaban los peones, no era egoísta ni codiciosa, y nunca aceptaba retribuciones por los servicios que prestaba. Cuando preparaba algún brebaje y se inclinaba, gorda y pesada, sobre las piedras del fogón, mirando con ojillos maliciosos las ollas de las que se escapaba el vapor oloroso de las hierbas, parecía la imagen de alguna tosca divinidad india que hubiera bajado a la Tierra para aliviar a los peones.

Sin embargo, muchos no se hallaban a gusto en La Isla y buscaban trabajo en otros hatos. Alegaban que era de mal agüero trabajar con un patrón como don Fernando y sentían un encogimiento en el corazón cuando lo veían, desde lejos, atravesar en la noche los corredores de la casa envuelto en una capa española y oían que afuera cantaba el currucú. Entonces, los temores imprecisos que cada uno había guardado toda la vida dentro de sí, tomaban cuerpo en la figura encorvada y en el canto fatídico del pájaro. El miedo era más fuerte que ellos y los empujaba a marcharse a otra parte.

En cambio, en la época del viejo don Fernando sobraban las ofertas de brazos en La Isla y no se alcanzaba a aprovecharlas a todas, aunque el viejo se encontraba al frente de la finca y trabajaba el día entero al rayo del sol. Él sabía encerrar el ganado y amansar los potros. Por la noche, se reunía con los demás hombres en la gran cocina de la casa y los días de fiesta andaba de parranda. No faltaron muchachas de los ranchos vecinos que se pusieron pálidas y suspirantes, al saber la noticia de que él iba a casarse en Sogamoso.

La esposa, que nunca fue a La Isla, murió al cabo de un año de matrimonio, cuando nació el primer hijo. Entonces don Fernando regresó a la fundación, llevando al niño, y poco después apareció la Médica a su lado. Pero el padre jamás volvió a ser el de antes, y el niño permaneció encerrado en las habitaciones interiores de la casa, siempre al cuidado de María.

Un día, cuando ya habían pasado siete años, la Médica anunció que don Fernando, su hijo y ella partirían para Sogamoso a consultar a un especialista sobre la salud del niño. La ausencia de los tres se prolongó algún tiempo, y a su regreso trajeron con ellos dos novedades: una fue una niña de brazos, muy blanca y con los ojos garzos, a quien María llamaba su ahijada; la otra, un maestro que don Fernando contrató para que se encargara de instruir a su hijo, ya que el llano no daba otra educación que la que se recibía al enfrentarse directamente con él, y el niño nunca sería capaz de lograrlo. Pero, de resto, nada cambió en la vida de los habitantes de La Isla.

Los médicos de Sogamoso no habían podido hacer nada por el chico. Las piernas no se le desarrollaron bien y, en cambio, cada día lo agobiaba más la joroba. Era un organismo inútil, y los ojos del niño parecían preguntarse,

asustados, qué le pasaba. Hasta las hermanas de su madre, cuando lo vieron en Sogamoso, volvieron la cabeza a otro lado. El chico debió adivinar el efecto que producía, porque se estrechó contra María y, más tarde, se negó a abandonar la habitación que le habían preparado. A la mañana siguiente tenía fiebre y no pudo levantarse. Desde su cama, a través de la ventana entreabierta, oía a sus primos que jugaban en el patio. Uno de ellos dijo:

—¡Pobre tío Fernando! Está siempre triste porque su hijo es un monstruo.

—Mamá dice que no quiere salir para que no lo veamos —contestó otra voz infantil.

—Pero la ventana de su cuarto está abierta —dijo entonces alguien, que debía ser una niña, porque después de esperar un momento le respondió el que había hablado primero:

—Para subir hace falta una escalera, prima Bel.

—El hombre que vino ayer a arreglar las canales dejó una en el solar —contestó Bel, quien sin duda tomaba nota de cuanto veía.

Al cabo de un rato, el jorobado sintió el ruido de un objeto pesado al ser arrastrado. Su garganta se paralizó como en los sueños cuando hay un peligro y la víctima siente que es inútil gritar. Pero don Fernando entró en ese momento por casualidad a la habitación. Había visto en el patio a los chicos con la escalera, y cuando miró a su hijo tuvo lástima de él. Entonces decidió regresar lo más pronto que pudo a La Isla.

Allí la salud del jorobado se restableció, pero en adelante evitó por propia iniciativa que los extraños lo vieran. Parecía que el viaje le había dado la respuesta a muchas preguntas que antes flotaban vagamente en su cabeza. Ahora conocía el motivo de que su padre y María no lo sacaran a pasear con

ellos y lo dejaran encerrado en la casa, para que nadie lo viera. Lo que sentía era preferible a la ignorancia de antes. Su desgracia les daba importancia a sus propios ojos. Pasaba el tiempo leyendo los libros que le prestaba el maestro o charlando con María. Ella le hablaba de las bestias del campo, inteligentes y veloces, que cazaban en sus madrigueras, y le describía sus costumbres, su olor, la clase de su pelo y para que servían. Le decía los nombres de las plantas y le enseñaba sus virtudes misteriosas. Al jorobado se le calmaban los deseos de salir al viento y al sol, y algo del llano, con sus secretos milenarios, entraba a acompañarlo a la alcoba.

La niña que la Médica había traído consigo de Sogamoso, y que afirmaba que le había sido recomendada por una comadre suya en el momento de morir, se llamaba Carmen Rosa. Siempre acompañaba a María a las habitaciones interiores de la casa y creció acostumbrada a la presencia del jorobado, quien le enseñó a leer. Su ropa y cuanto necesitaba eran pagados por este. Cuando fue mayor, la gente del ható decía que se había convertido en una muchacha bellísima. Sin embargo, ni las otras muchachas ni los peones se juntaban con ella. Carmen Rosa les parecía rara y los asustaba la blancura mate de su piel, que resaltaba entre las demás, inmune a los rayos del sol. Todo cuanto rodeaba a los llaneros se hallaba macilento y tostado. Solo Carmen Rosa se libraba de pagar su tributo al sol, encerrada entre las cuatro paredes de la casa. Pero las comadres aseguraban que estaba embrujada y que la Médica le preparaba brebajes especiales para aumentar su belleza, la cual duraría toda la vida, a condición de que el hombre que la amara muriera. Y aunque los peones no podían evitar seguirla con los ojos cuando entraba en la cocina, les causaba inquietud estar a su lado y deseaban alejarse rápidamente de ella.

Cuando murió don Fernando, el jorobado tenía dieciocho años y era muy rico. La grasa volvía la piel dura y tirante a sus reses. A lo ancho y a lo largo del llano poseía tierras que nunca había visto. Habría podido irse de allí y viajar por el mundo, pero no se atrevía. A pesar del dinero, se hallaba a merced de los demás, y La Isla era el único sitio donde podía imponer su voluntad y defenderse de las miradas. Hacía mucho que vivía solo, pues el maestro había regresado a la capital. Acostado en su cama, durante el bochorno de los mediodías, cuando caía sobre el llano un silencio cargado de mil ruidos comprimidos, sentía que llegaban hasta él voces dormidas e insinuantes. Eran iguales a palabras de amistad y brotaban lo mismo del chorro de agua del patio que del árbol de gaque, el cual se veía a aquella hora desde la ventana, quieto, sin que el aire le moviera una hoja, o de los pequeños abejones que golpeaban los anjeos. En cambio, otras veces no se veía ni oía nada. Entonces se creía muy fuerte y odiaba lo que lo rodeaba. Imaginaba que hacía amarrar al árbol a un hombre cualquiera de los que caminaban erguidos. Y que lo azotaban, y él desde arriba lo veía sufrir.

En esos momentos la Médica, como si una súbita inspiración le avisara, siempre aparecía a su lado. Encendía una vela y trazaba signos en el aire. Después tocaba la cabeza del contrahecho, mientras murmuraba:

—Humores malditos..., yo los conjuro... Por san Joaquín y san Cireneo...

* * *

Para los hombres del hato, la parte amable de la vida consistía en comer los buenos pucheros preparados por María, torear becerros y juntar plata durante largos meses, para ir a

Sogamoso y gastarla en una sola noche de trago y alegría. Después de correr el ganado, sentían los músculos adoloridos, pero el cansancio les daba la sensación de ser fuertes, más fuertes aun que los caballos y los toros. Un sentimiento tierno, que los sorprendía y los avergonzaba un poco, los envolvía cuando miraban los tallos de arroz que acababan de romper los terrones y ascendían firmes, dentro de su fragilidad.

A los hatos situados en las profundidades del llano no llegaba ningún extraño, y solo de vez en cuando se veía un hombre que atravesaba la llanura sobre su caballo. Llevaba las alforjas repletas de arrobas de sal, y los que encontraba le preguntaban sobre lo que había visto en el viaje. A veces los viajeros preferían marchar de noche en lugar de hacerlo de día, y se alumbraban con botellas en las que introducían miles de cocuyos que producían una gran luz. Cuando pasaban por el camino, los hombres y las mujeres veían desde sus ranchos un resplandor como el de una estrella errante, y decían:

—Allá va Celeste, el del hato de Las Flores. Le faltan quince días de camino para encontrar la sal.

Un día las cosas empezaron a cambiar en el llano. La antigua soledad se pobló de gentes que brotaban no se sabía de dónde, como si ahora la llanura se volviera contra ellas y las expulsara. Una tarde la Médica dijo a Fernando:

—El currucú cantó anoche siete veces y están llegando hombres que huyen de las riberas del Meta y del Arauca...

—¿Por qué huyen? —preguntó Fernando.

—Venga esta tarde a la cocina —le contestó María.

Acababan de dar las seis, cuando Fernando se envolvió en su capa y se dirigió al corredor desde donde se dominaba la cocina, llena en ese momento de gente. Junto a los peones que conocía, veía ahora caras nuevas, flacas y morenas,

de hombres y mujeres que sorbían el café, con la mirada lejos. El círculo de los peones se estrechaba en torno de ellos, desentendiéndose por primera vez de la Médica.

—En San Juan del Viento nos quemaron los ranchos y se rieron cuando una mujer, que estaba lavando en el río, se puso de rodillas para pedirles que la mataran porque su hijito se había quemado en la choza. Y a otra mujer que acababa de dar a luz, le estrellaron la criatura en el suelo, delante de ella...

Las voces sonaban monótonas. Se demoraban con una especie de delectación en cada detalle, pero sin diferenciar los importantes de los pueriles. Una vieja exclamó:

—Rompieron la taza de barro donde yo había sembrado una matica de heliotropo. Las flores acababan de abrir y perfumaban el rancho y el perfume se sentía desde lejos. Por las noches, cuando nos sentábamos en el corredor, nos bañaba a todos y parecía que nos llegaba un consuelo. Pero ellos pisaron las flores...

Los habitantes de La Isla estaban demasiado perplejos para formarse una idea de lo que ocurría. Pedían a cada instante nuevos detalles, porque querían saber más, conocer nuevos hechos todavía más terribles. Era un deseo oscuro que los llenaba de visiones de sangre y los hacía imaginar que habían estado expuestos a los mismos peligros que los otros, escapándose milagrosamente. Antes, en el llano, las cuchilladas que se daban los hombres, por celos o porque habían sido engañados, cortaban con un brillo metálico la regularidad de los días y permanecían durante mucho tiempo en la memoria de todos. Pero matar a las mujeres y a los niños no se había visto nunca.

Fernando ordenó a María que suministrara comida en abundancia a los fugitivos. El reparto se llevaba a cabo diariamente en el patio grande del interior de la casa, en el que

solo se levantaba el enorme árbol de gaque, de hojas brillantes y flores rosadas, pero opacas. Las ramas del árbol eran tupidas y sombreaban una parte del corredor del segundo piso. Allí se ocultaba el jorobado a mirar a los que llegaban.

A veces, las gentes que venían de un lado se encontraban en La Isla con otras que procedían del lado opuesto, y las primeras recibían noticias sobre la suerte que les esperaba al llegar a los centros poblados. Les decían que había campos rodeados de alambres y que los que encerraban allí morían de tifo o disentería. La piel se les ponía roja, se hinchaba y comenzaba a derramar un agua amarillenta que se coagulaba. Una oscura mezcla de inconsciencia, de punzadas de dolor y de recuerdos de cuando eran libres y cazaban escondidos entre los matorrales, las pavas, que después asaban y comían, les llenaban las cabezas. Por la mañana y por la noche, los guardias los llamaban a tragar una sopa fría, con aspecto de engrudo, y, mientras se inclinaban para tomarla, los contemplaban con curiosidad tranquila. Pero a las mujeres jóvenes les hacían señales desde afuera misteriosos personajes, que llevaban un sombrero grasiento demasiado inclinado sobre los ojos. Se decía que eran agentes de las casas de prostitución de Bogotá y de Cali, y aun de más lejos, hasta de Barranquilla y Panamá. Después de conversar con ellos, las mujeres esperaban la llegada de la noche y saltaban las alambradas para seguirlos. Al día siguiente se formaban grupos entre los presos, y los padres y los esposos oían a las madres y a las hermanas viejas relatar monótonamente lo que había ocurrido la víspera. Los hombres entraban entonces en calor y creían que sus fuerzas renacían. Recordaban cómo habían pasado en la vida con esas mismas mujeres y planeaban escapar también por la noche, para dar alcance a las desertoras. Pero cuando saltaban las alambradas en la

sombra, los que custodiaban el campo les disparaban y habían logrado matar a varios.

La gente del interior, después de escuchar esos relatos, no sabía en qué dirección marchar en adelante. Algunos pensaban en ir a otros sitios, distintos de Villavicencio o Sogamoso. Cuando tomaban la resolución de separarse del grupo, los ojos les brillaban y volvían a asentar los pies en la tierra como si el cuerpo no les pesara. Un día desaparecían de la vista de los demás, que no se asombraban. Habrían deseado seguirlos, pero se sentían muy débiles. El ejemplo de unos pocos no era capaz de moverlos y continuaban su marcha de inercia, a impulsos de la masa que no había oído nada y que con su fuerza los empujaba desde atrás.

Las dudas y temores que expresaban los fugitivos, y que Fernando escuchaba desde arriba, se transmitían a él. Le parecía vivir a la espera de un cambio, bueno o malo, que no tardaría en presentarse. Mientras tanto, pasaba la mayor parte del día en el mirador, a la sombra del gague. Abajo, en el patio, María y Carmen Rosa triplicaban su trabajo, pero estaban contentas porque todos veían que eran útiles.

* * *

Lanzando polvo avanzaba por la mitad del llano un *jeep* de color verde oliva, y las gentes que encontraba alzaban un momento la cabeza y lo seguían con los ojos. A medida que el *jeep* se acercaba a La Isla, la curiosidad que despertaba era mayor, pues hasta entonces ninguno se había desviado del camino principal para entrar a las tierras del ható.

Cuando el carro llegó frente a la casa, se apearon dos hombres, el uno joven, delgado y alto, y el otro de mayor edad y pelicolorado. María se hallaba en la puerta. Al verlos,

su cuerpo pareció volverse pesado y no avanzó con su ligereza acostumbrada a recibir a los huéspedes, que le preguntaban por el dueño.

—Nadie puede ver a don Fernando —dijo firmemente.

La irritaba la pretensión de los dos extraños, que rompía un rito. Pero al mismo tiempo se daba cuenta de que, para que hubiera sido formulada, los que llegaban debían hallarse investidos de poderes que no convenía desafiar, por lo que agregó rápidamente y en voz baja:

—El patrón no es como los demás hombres y nunca sale de la casa. Pero ustedes pueden hablar conmigo y yo le diré lo que quieran.

—Hemos dicho que buscamos al patrón, ¿lo oyes, vieja bruja? —respondió uno de los hombres—. Hazlo salir de su madriguera si no quieres que nosotros entremos a sacarlo.

De rasgos finos y cutis pálido, el que acababa de hablar miraba a la Médica con ojos grandes y rasgados. Su boca era muy delgada, apenas una línea de color en el rostro mate, y una como dulzura fija de los ojos hacía daño. Después de sostener un momento su mirada, María se decidió y entró bruscamente a la casa a llamar a Fernando.

Lo encontró en el corredor, cerca de la puerta. Sin esperar a oírla, Fernando le dijo:

—Tranquilízate, mujer. Yo hablaré con esos hombres.

María, asombrada, se quedó en el corredor, contemplándolo alejarse. Sobre sus espaldas, la giba se balanceaba como un barco. Sus oídos volvían a escuchar voces cantarinas y, no obstante, crueles, diciendo «mamá dice que es un monstruo... Queremos verlo».

—¿De modo que es usted el dueño de esta finca tan grande? —le preguntó, apenas lo vio, el hombre alto—. La verdad es que no llegaba a imaginarme su cara —añadió riendo.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Fernando.

El extraño no le contestó y comenzó a dar vueltas lentamente por el corredor. Luego se acercó despacio a la ventana y se dedicó a contemplar la llanura, como si lo ensimismara la vista que descubría desde allí y se olvidara de lo demás. Fernando seguía de pie. La luz le daba de lleno en la cara. La sentía clavarse en su cuerpo como un enemigo. No podía hacer nada para librarse de ella. Al cabo de un instante, el hombre alto se dirigió a él y le preguntó:

—¿Desde cuándo empezó a ser cómplice de los bandidos de estos lados?

—No soy su cómplice —contestó Fernando.

—Sin embargo —replicó el otro—, sabemos muy bien que usted recibe a los malhechores que pasan por aquí y les ayuda, de modo que se van más envalentonados que antes. Pero eso se acabó, puede estar seguro. Usted y su gente tienen un plazo de veinticuatro horas para abandonar la finca.

Fernando no contestó nada. El otro agregó:

—No admitimos disculpas ni desobediencias, ¿entiende? Cuando volvamos, dentro de veinticuatro horas, debe estar desocupada La Isla...

—Pero ¿usted no sabe que yo soy el dueño? —respondió al fin Fernando, como si saliera de un sueño—. Mi padre limpió la tierra de los potreros y el ganado lleva la marca de nuestra casa. Yo he vivido aquí desde que nací.

El otro hombre no lo oyó. Se hallaba acodado de nuevo en el marco de la ventana y sumido en la contemplación del llano. Como si abandonara ese sitio a pesar suyo, se dirigió a la puerta de salida. Allí repitió, sin mirar a Fernando:

—Si mañana a esta hora no se han marchado todos, los castigaremos. No lo olvide.

Su compañero lo siguió y el jorobado quedó solo. Cuando María, que había escuchado la conversación detrás de la puerta, se le acercó. Fernando empezó a hablar con voz rápida y ronca, y ella oyó que decía:

—No tenemos más remedio que hacer lo que nos mandan esos hombres. Dile a la gente que recoja sus cosas y se marche.

Cuando María salía, Fernando agregó:

—Repárteles los víveres que tenemos almacenados, menos unos pocos que me dejarás. Yo me quedo.

María contestó simplemente:

—Yo también.

Pero Fernando la miró con los ojos salvajes de los peores momentos, y ella por primera vez tuvo miedo y se alejó. Ya en la puerta, él le explicó:

—Si mañana esos hombres encuentran aquí a más de una persona, no tendrán piedad. En cambio, si estoy yo solo, comprenderán que no puedo hacer nada contra ellos y me dejarán en paz.

Esa noche nadie fue a la cocina de La Isla. Los peones se ocupaban en juntar lo poco que podrían llevar con ellos. La noticia de la salida de la finca no los había sorprendido. Parecía que la aguardaban y que en adelante ya esperarían todo. El jorobado caminó desembozado por el corredor, sin que ninguno se detuviera a espiarlo. Habían convenido que el lugar de reunión para iniciar la marcha sería el patio grande, y allí, en el corredor que tapaban las ramas del gache, Fernando se instaló desde el amanecer.

Cuando la caravana empezó a desfilar por la puerta de salida, María subió a despedirse. En unas horas la habían abandonado su antigua energía y la sabiduría que demostraba hasta entonces. Los secretos del llano se cerraban para

ella, como si se hubieran vuelto inútiles ahora. Lloraba lo mismo que las demás mujeres y se veía aún más insignificante que ellas. Fernando la abrazó, extrañado de que hubiera llegado el momento de hacerlo. Luego la miró alejarse, en la retaguardia del grupo.

«Carmen Rosa no subió a despedirse de mí», pensó. Tampoco la veía caminar al lado de María. Olvidando sus precauciones, sacó la cabeza por entre las ramas, a fin de abarcar un espacio más grande y poder verla. En ese instante, los que iban a la retaguardia de la caravana y alzaban los ojos para fijarlos por última vez en la casa, pudieron contemplarlo por fin a la luz del día y se estremecieron como ante un presagio de mal agüero. Pero él no pudo descubrir a Carmen Rosa.

* * *

«Debió haber salido adelante, con los primeros que dejaron La Isla», se dijo el jorobado y se dio cuenta de que podía expresar sus pensamientos en voz alta, pues nadie le contestaba. Antes, su soledad se hallaba poblada de voces y de ruidos, con los que llegaba hasta él la vida de los otros. Por la ventana veía a los hombres entrar a la cocina a pedir el café y a los chicos correr persiguiéndose por las enramadas. Las mujeres llamaban a las gallinas para echarles maíz y, después, gritaban. Pero ahora la casa de La Isla se hallaba tan silenciosa como un barco en la noche. Fernando se sobresaltaba mientras caminaba de un sitio a otro, porque tenía la sensación de que allí se encontraban todavía los que los habían habitado.

Cuando salió al campo, el viento le azotó la cara. Gritó, y su grito corrió por la llanura. Por fin la sentía suya, sin que nada se interpusiera entre ambos. Hasta entonces él no

había sido sino un prisionero, temeroso aún de la presencia de sus propios servidores. Pero aquello había terminado.

Al mediodía regresó a la casa y se dedicó a vigilar el camino desde la ventana del corredor. No podía pensar. Le faltaba aire, como si estuviera encerrado en una caja oscura. Fue al atardecer cuando descubrió en el horizonte un punto que se agrandaba, y poco después oyó el zumbido de un motor.

¿Qué ocurriría? La casa se hallaba sola, a excepción de él. Era un juego de vida o muerte el que había aceptado y no podía prever el final. Resolvió encerrarse en su habitación y no salir de ella sino en caso de que fuera necesario hablar con los hombres del *jeep*.

Mientras entraba rápidamente a su alcoba, creyó ver una sombra que se deslizaba por el piso. En ese instante no podía averiguar de qué se trataba, y, después de todo, quizá no era sino el reflejo del sol de la tarde, detenido un momento en la ventana.

Las voces de los hombres llegaban hasta él con claridad. Se encontraban en el comedor de la casa, y uno de ellos decía:

—Ya lo ves: los informes eran correctos. Hicimos bien en no traer testigos porque no hay nadie aquí.

—Es raro —contestó el otro, y Fernando reconoció la voz del hombre alto y pálido—. Creí que ese maldito jorobado nos daría más trabajo. Al fin y al cabo, contaba con muchos peones y hubiera podido organizar la defensa.

—Mira —dijo el otro—, la plata antigua que hay en los aparadores del comedor. Vivía bien esa alimaña. Tenemos que registrar cada cuarto antes de quemar la casa.

Eran ellos los que querían arrancar a Fernando de allí, de la tierra. Acababa de oír que uno lo había llamado «alimaña». Pero estas aman sus madrigueras, las conchas que

las protegen. ¿No sería él capaz de luchar para conservar su casa, lo único que poseía? Su familia de Sogamoso tenía dinero e influencia. Dependía de su voluntad nombrarla y hacerlos temblar. Sin saber cómo, se acercó a la puerta del dormitorio y la abrió. En el comedor, los dos hombres se inclinaban sobre un costal que llenaban rápidamente, pero, al descubrir a Fernando, el pelicolorado hizo un movimiento que obligó al otro a suspender su tarea y alzar la cabeza. Sus ojos penetrantes y acariciadores se cruzaron con los del jorobado, y dijo tranquilamente:

—Por lo visto, el monstruo desobedeció nuestras órdenes.

¿Qué palabras debía dirigirle para salvarse? Él había cruzado en su vida tan pocas con la gente que carecía hasta del recurso de saber enhebrarlas y hacerlas convincentes. Al fin se atrevió a decir:

—Tengo dinero aquí y en Sogamoso, en el banco, a nombre de mi familia. Será de ustedes si se marchan.

El hombre alto pareció no oírlo y se dirigió a su compañero:

—¿Qué opinarías si no quemamos la casa? Hay mucho que buscar aquí...

Bueno, ¿qué seguiría? La capacidad de angustia de Fernando se había ensanchado, ensanchado. Pronto estallaría. Antes fue unas veces desgraciado y otras feliz, pero en ese momento no recordaba sino los días buenos. ¡Si le quitaran aquel peso de encima, en adelante apreciaría su vida y no se quejaría! No pedía casi nada: que lo dejaran en un rincón sin que nadie lo mirara, como un animal inofensivo. No había podido escapar como María y los otros, porque se hallaba encadenado a aquel sitio desde que nació, escondido por su padre para que no lo encontraran. ¿Por qué no le reconocían su derecho a quedarse? Aunque fuera sin ninguna compañía, volvería a sentir sobre la cara el suave y áspero viento y así se

comunicaría con todo lo que palpitaba de la vida en el llano. Sería de nuevo una parte de ello, a pesar de su espalda torcida de contrahecho, y se estremecería de angustia, de delicia y voluptuosidad con la agonía que constituían los días de cada ser. El hombre alto lo miraba y ordenó al pelirrojo:

—Asegure a Esopo y llévelo al patio. Yo bajaré en seguida.

El pelirrojo le sujetó fuertemente las manos con una cuerda. Debía hacerle daño, pero Fernando no lo sintió. ¿Cómo se vería su cara de muerto? Las personas y las cosas le parecían de algodón y daban vueltas. Distinguió vagamente al hombre alto, que había dejado de observarlo y se inclinaba, con la atención de un conocedor, sobre un plato antiguo de la estantería.

Sin duda le haría bien el aire puro del patio, adonde lo conducía el pelirrojo. Recordó que a esa hora del atardecer la temperatura refrescaba mucho, y parecía un premio para los que habían soportado el bochorno del día. La corteza húmeda y tierna del árbol de gaque, al que lo ataba el pelirrojo, le rozaba la piel. Arriba se balanceaban las flores del árbol, sin aroma, tersas y rosadas como la porcelana. Necesitaba recordar algo que quería escapársele, pero que sabía que debía decir. Cuando vio que el pelirrojo cargaba el revólver, exclamó con una voz que quedó flotando en el aire, como una prolongación de sí mismo:

—Hasta ayer vivieron aquí dos mujeres, llamadas María y Carmen Rosa. Es mi voluntad que se las busque y se les notifique que las declaro herederas de mis bienes.

—¿Cuáles bienes, Esopo? —preguntó una voz fría que venía desde lo alto, desde el sitio que cobijaban las ramas de gaque. Y añadió—: Las cosechas están perdidas, el ganado suelto, saqueada la casa... Y todavía crees que te queda algo para repartir. Tiene gracia.

Parecía que su monólogo lo divirtiera, porque continuó:

—Dime una cosa, Esopo. Dímela antes de morir. ¿Abrazaste alguna vez a una mujer? ¿La deseaste?

Se oyó un disparo. Los nervios del pelirrojo le habían hecho traición y acababa de disparar sin esperar la orden de su compañero. Al mismo tiempo que se oía la detonación y que el cuerpo del jorobado caía, una mujer joven, que salió quién sabe de dónde, corrió hacia él. En medio de la oscuridad que había envuelto el patio, se destacaba por la blancura asombrosa de sus manos y de su cara. El hombre del mirador le disparó en el instante en que llegaba junto al muerto, y el cuerpo de la joven cayó sobre él.

Durante un momento la mancha blanca continuó agitando. Luego quedó inmóvil. A lo lejos, en el llano, cantaba de nuevo el currucú.



CUANDO NACEN
LOS NIÑOS



Si Mónica dejaba de escribir, veía por la ventana abierta las copas redondas y espesas o alargadas y ralas de los árboles del parque. Los árboles le brindaban una solidaridad muda pero verdadera, y la asombraba no haberla observado antes. Ahora se prometía ir, apenas naciera el niño, a pasear con él por el parque, para enseñarle a distinguir los ruidos de las ramas y las características de cada clase de hojas. Al niño se le aclararían los ojos en ese baño verde y ella podría seguir sonriéndole tranquilamente, pues estaría segura de haberle dado algo hermoso en el mundo a cambio de lo demás.

Hacía un año que se había casado, después de dos de noviazgo. Para celebrar el matrimonio en la forma que ella y Arturo deseaban, habían pasado meses economizando parte de sus sueldos. Así tuvieron lo suficiente para la fiesta de bodas, y Mónica tuvo un vestido blanco, de larga cola. Alquilaron un departamento claro y bonito, con cortinas de cretona en las ventanas, que el viento agitaba por las mañanas, cuando ambos despertaban, y ella puso acuarelas en las paredes y carpetas bordadas en las mesas. Mientras arreglaba las habitaciones, recordaba el tiempo en que era pequeña y recortaba papeles de colores para decorar su casa de muñecas. Ahora se trataba de su casa de verdad, en la que pasaba su luna de miel. Pero eso lo sabía mejor por la noche,

cuando apoyaba su cuerpo contra la piel tibia de Arturo y permanecía sin hablar, porque había descubierto que el silencio estaba hecho de música.

En las últimas semanas su cintura había engrosado mucho. Ya no le cabía el traje sastre azul marino y la avergonzaba entrar a la oficina, expuesta a las miradas de los empleados. El acto más simple se revestía para ella de un significado nuevo. Hasta cuando comía, masticaba con cuidado especial. En el espejo veía su cara hinchada y con las ojeras agrandadas, y no se inquietaba, aunque antes había tenido las facciones finas y los ojos limpios. Ahora, su cuerpo se independizaba de ella. De pronto, el vientre se le movía solo, con brusco temblor. Si entonces le hablaba el jefe de la oficina, tenía que realizar el mismo esfuerzo que para salir de un sueño, a fin de oír y contestarle.

Arturo ya no la acariciaba en la misma forma de los primeros tiempos. Mónica sospechaba que algunas veces se sentía incómodo a su lado, como si experimentara una gratitud que le pesaba. Parecía que ambos habían firmado un pacto en que las cláusulas que lo obligaban a él no se cumplirían sino posteriormente, pero que a Mónica le permitía esperar con confianza el futuro. Sin embargo, tenía momentos en que creía que lo odiaba. Él era el culpable de su paso fatigado, de sus movimientos torpes. No estaba obligado a pasar por delante de los compañeros de la oficina para ir al baño, ni a extenderse en el consultorio del médico, con la vergüenza de su desnudez. Tampoco lo esperaba nada terrible y sangriento. A Mónica la asustaba pensar en lo que llegaría, pero al mismo tiempo se resignaba a ello porque sabía que no podía cambiarlo. En esos momentos, Arturo intentaba consolarla y terminaba por callarse, asombrado de que ella fuera más fuerte que él.

La última vez que estuvo en el consultorio del médico, este le dijo:

—Señora, usted tiene derecho a cuatro semanas de vacaciones antes del nacimiento del niño y otras cuatro después. Ya es tiempo de que aproveche esa gracia y descanse, en lugar de trabajar en la oficina.

Mónica se miró el enorme vientre, pero le contestó:

—Doctor, prefiero que las ocho semanas que me concede la ley se cuenten a partir del nacimiento del niño, para poder quedarme más tiempo con él en la casa.

El médico le habló del reposo que necesitaba y de los peligros a que se exponía con su resolución, pero ella se mantuvo firme y obtuvo el permiso. Quedó orgullosa, como si hubiera salvado para su hijo el derecho de tenerla con él; pero Arturo, cuando lo supo, se marchó de la casa con sus amigos y bebió.

El jefe de la oficina tenía cara de bulldog, triste e irritada, sin que pudiera comprenderse el porqué. Al frente de su escritorio se hallaba el de Mónica. La vio abandonar el trabajo, cruzar las manos y quedarse con los ojos fijos en las copas grises y verdes de los árboles. Se le acercó y le dijo:

—¡Qué bonito perder el tiempo y cobrar el sueldo que le paga a uno el Gobierno!

Una nota en su voz, que insinuaba una complicidad, repugnó a Mónica. Habría querido responderle, pero algo la punzó por dentro y la hizo poner instintivamente las manos sobre su vientre. El jefe retrocedió mientras la miraba, como si hubiera advertido un peligro, y dos empleadas viejas cogieron del brazo a Mónica y la llevaron a la clínica.

Mientras esperaba allí, extendida en la cama, el dolor ascendía por su cuerpo en oleadas que, cuando lo habían cubierto por completo, empezaban a retirarse. En medio del

frío y del calor, a ella le gustaba darse cuenta de la vida de sus órganos y sentir que eran suyos. Estaba segura de que moriría, sin tener la dicha de las otras mujeres que se levantaban de la cama y alzaban un niño.

Los médicos hablaban del descanso que le había faltado. Luego la durmieron con los gases y el niño nació. Era grande y fuerte, pero Mónica no lo pudo ver. Las enfermeras se encargaron de cuidarlo, mientras ella luchaba contra la muerte. El tiempo que había ganado a la ley para estar con su hijo, se lo robaba la fiebre.

Un día vio a su lado un pequeño bulto blanco. Siempre había sabido que se hallaba allí, pero mientras se encontraba enferma tenía miedo de abrir los ojos. Cuando lo oyó llorar, una dulzura desconocida le causó dolor. Entonces comprendió que era su hijo, un niño con los ojos hermosos, asombrados y tiernos de Arturo. Y se dejó envolver por la atmósfera del cuarto, que era tibia y olía a leche.

Cuando regresó a la oficina, le pareció que el sitio donde dejaba la cuna pertenecía a un mundo distinto, en el que había flores a la orilla de los jardines, niños que gritaban y cortinas agitándose en los balcones. Ella también era diferente ahora. Ya no pasaba las horas inmóvil y con los ojos agrandados por la curiosidad, como en el tiempo de recién casada. Arturo era suyo, por fin. Procuraba despachar el trabajo rápidamente en la oficina, y todos los días, a mañana y tarde, se acercaba al escritorio de su jefe y le pedía permiso para salir a amamantar al niño.

Él no podía negárselo. La ley sobre maternidad consideraba que las madres empleadas podían separarse de sus hijos pequeños, pero les concedía unas horas para criarlos. La cara de bulldog se hacía más agresiva que nunca cuando Mónica le hablaba, y ella adivinaba qué pensaba: «¡Las

cosas que se les ocurren a las mujeres! ¡Irse a ver un niño y abandonar el trabajo!».

De pie, frente al escritorio, Mónica sentía que le chorreaban los senos y sabía que no podía esperar más. Los empleados la miraban. ¿Por qué la hacían avergonzarse? Al fin, el jefe inclinó la cabeza en señal de asentimiento y ella quedó en libertad de buscar a la criatura. Mientras atravesaba a la carrera el parque, vio que sobre las copas de los árboles había empezado a brillar el sol, aunque a la vez caían gotas de agua. Dentro de ella, una voz cantaba «lloviendo y haciendo sol». Era la misma voz que tenía cuando usaba trenzas y jugaba en el parque con las otras chicas. Ahora se hallaba en su corazón y comprendió que allí seguiría siempre, como si desde que tenía un hijo, ella también hubiera vuelto a ser niña.





UNA MAÑANA
A LAS SIETE



Cuando Hoja de Musgo abrió la ventana, la envolvió una bocanada de aire tibio y agradable. Parecía que la brisa la invitaba a salir y se sintió deliciosamente nueva y contenta.

Sin embargo, desde hacía meses le ocurría que si una cosa la entusiasmaba un momento, enseguida se ponía más triste que antes. «Es la depresión», pensó, «debo luchar contra ella». No obstante, se retiró de la ventana. Había recobrado el aire de resignación dulce que la caracterizaba, pero que no impedía que, por dentro, estuviera irritada.

Quizá la laxitud en que se encontraba, localizada en la cabeza y en las piernas, fuera una defensa de su organismo. Esperaba un niño. Pero cuando estalló la guerra no había dado muestra de debilidad y se portó lo mismo que otras mujeres, que tenían que resignarse a ver marchar a sus hombres. Realizó los preparativos que el suyo necesitaba para la partida y lo acompañó a la estación, a coger el tren. Allí vio otros soldados vestidos de caqui y otras mujeres que los abrazaban, y se asombró de encontrarse en ese lugar y hablar como si no ocurriera nada. Fue al regresar sola a la casa cuando empezó a ver al ausente por todas partes. Apenas entraba a su habitación o cogía un libro, él surgía a su lado.

Un día llegó la noticia de que había muerto en el frente. Hoja de Musgo se creyó capaz de soportarlo todo, y la

fuerza que demostraba la hizo crecer a sus propios ojos. En los días que siguieron, continuó imitando la conducta de los demás. Si sonaba la sirena de alarma, corría a los refugios y se ofrecía a curar a los heridos. No decía que tenía miedo y en su conversación procuraba rehuir los temas en los que siempre pensaba. Solo le era imposible soportar ciertas cosas: la belleza de una mañana de primavera o el espectáculo de los cerezos en flor, que no abrían sus corolas sino durante el intervalo de unas horas. En otra época, él se apresuraba a llamarla cuando era tiempo de verlos, y caminaban juntos por los campos que las flores habían vuelto de un rosado aurora.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Hoja de Musgo. Siempre que lloraba se sentía a gusto, pero ahora se enjugó los ojos y se dispuso a salir. En ese momento sonaban las siete de la mañana.

* * *

En el mercado público, Coral contemplaba pensativamente una cesta llena de melones. Hacía mucho que no había visto frutas, y, aunque estas eran raquílicas y descoloridas, la atraían de una manera asombrosa. Por anticipado escuchaba las exclamaciones de las demás madres de familia, cuando regresara a su barrio y les contara lo que había descubierto.

«La guerra cambiaba todo», pensó Coral. Ni las mujeres eran las mismas. Ahora no se ponían vestidos bordados de colores, que las hicieran parecer más jóvenes, ni se oprimían junto a sus hombres, persuadidas de que se hallaban seguras y de que ellos no permitirían que les faltara nada. Cuando los soldados volvían, el amor se hacía demasiado de

prisa. Al otro día por la mañana las mujeres no cantaban en las casas, como antes.

De repente, Coral experimentó la necesidad de comprar los melones. Los llevaría para dar una sorpresa a sus hijas. Costaban una suma escandalosa, pero el precio les confería el prestigio de lo accesible solo para unos pocos. Acariciadas por el aire fresco de la mañana, las frutas parecían una naturaleza muerta, extrañas a lo que las rodeaba. Coral vació el monedero y las tomó.

Desde la cesta, los pequeños melones despedían un aroma suave que daba una sensación de bienestar. Coral ya no tenía nada que hacer en el mercado, y decidió regresar a la casa, aunque era temprano. Apenas las siete.

* * *

Cuando empezó a amanecer, Wang saltó de la cama y se dedicó a escribir. Usaba los signos nacionales, a pesar de haberse educado en una escuela occidental. Pero sabía que pronto debía regresar al frente y esa mañana quería ser solo él mientras escribía.

La habitación se encontraba silenciosa. Allí, junto al estante de libros y el vaso con una rama de ciruelo que se destacaba, nítida, en el aire dulce de la mañana, Wang se hallaba protegido. Parecía muy lejos el tiempo de la declaración de guerra, cuando la gente se abrazaba en las calles como borracha y los comentarios que cada uno escuchaba eran iguales a respuestas oportunas de preguntas que no había alcanzado a formular. Luego llegó la hora de alistarse en los cuarteles. Los hombres tuvieron un presentimiento y habrían querido olvidar su frenesí anterior y que nadie se lo echara en cara. Pero las aguas los llevaban y ellos habrían necesitado

realizar un esfuerzo demasiado grande para hacerles frente. Entonces todos empezaron a sentir una especie de opresión. Dejaron de vivir el tiempo presente y empezaron a mirar a la vez el pasado y el porvenir, recordando los años viejos y esperando alguna noticia, buena o mala, pero que les diera de nuevo la sensación de la realidad.

En los campos de batalla, los soldados caían entre combates y emboscadas y obuses estallando. El peligro unía a Wang y a los otros con una fuerza semejante a la del amor. Allí, él era fuerte. En cambio, el regreso a la casa le traía un recuerdo. Hacía mucho, una tarde, había penetrado en un salón adornado con biombos y cajas de laca. El padre, la madre y el hermano segundo se hallaban con él, y el padre se acercó a Wang y le puso en el dedo un anillo de oro... Ahora Wang había perdido ese día como se pierden los sueños, y pronto perdería los demás, definitivamente. Quedaría estirado boca arriba y la sangre le escurriría rítmicamente de la cabeza, mojóndole la cara, hasta que dejara de correr y se volviera pegajosa y negra.

Casi sin darse cuenta, tomó el libro de poemas de Li Bai que estaba junto a él. Antes, cada una de las palabras sonoras de ese libro despertaba otras, dormidas en su corazón, pero ahora el libro permaneció mudo. Volvió a dejarlo sobre la mesa y recommenzó la escritura, mientras la vibración producida por las siete campanadas de la hora hacía que temblara imperceptiblemente la mano que sostenía el pincel.

* * *

Frente al reloj público de la esquina, Lao comprobó que las manecillas marcaban las siete de la mañana y que se hacía tarde para entrar a la escuela. Aún no había cumplido trece años.

Sus hermanos se hallaban en el frente, y si la guerra continuaba, pronto iría él también.

En la escuela, el maestro aprovechaba la menor ocasión para leer a sus alumnos las leyendas guerreras de los viejos samuráis y organizar desfiles militares. Pensaba mantener el entusiasmo de los muchachos con el soplo de un viento inmemorial. Pero Lao sabía que en el momento en que tuviera que vestir el uniforme, lo recorrería un escalofrío de la cabeza a la punta de los pies, lo mismo que cuando se realizaba, por fin, lo que había temido o deseado en lo más íntimo.

El aire nuevo de la mañana le ponía en la cabeza proyectos de viajes y aventuras. ¡Cómo le gustaría ir a un país lejano, a Australia, por ejemplo! Recorrería los bosques para que el oído se le llenara de ruidos de hojas y contemplaría la bahía, abierta como una flor. Si no fuera por la guerra, obtendría permiso para viajar a Sídney y subiría a un avión, igual al que en ese momento ha empezado a zumbar perezosamente en el cielo...

* * *

Primero no hay sino una claridad deslumbradora. Allí surge de pronto la forma de una flor gigantesca. Ha caído del cielo y su corola lo toca, mientras el tallo se hunde en la tierra. El viento no la puede arrastrar, aunque está hecha de humo.

En medio de las paredes de fuego de la bomba, los hombres y las mujeres, como pequeñas pajas, se retuercen y crepitan. La cascada de llamas los azota. En las ramas de los cerezos crecen ahora flores de fuego.

Hoja de Musgo acababa de cerrar la puerta de la pieza y su mano tocaba furtivamente su vientre redondo. Corral apretaba la cesta de frutas. Wang había encontrado las

Ángela y el diablo

palabras que buscaba para su poema, y Lao tuvo la sensación de que su deseo había sido oído y volaba por los aires. Entonces cayó la bomba sobre la ciudad, a las siete de la mañana.



*Este libro de la escritora
Elisa Mújica
se terminó de imprimir
en noviembre de 2021.*

Bogotá, Colombia